



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Aubón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borrajo, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cabele, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorra, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Calhamaque, Dacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivaz, Echevarría (J. A.), Espín y Guillén, Estrada, Echevaray, Eguiluz, Escorrua, Estrella, Eulate, Fabi, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Formin Toro, Flores, Figuerola, Figueras (Augusto Suárez de), García Gutiérrez, Gavangos, Galeote de Moína (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gómez Marín, Güell y Reñé, Güelvenzu, Guerrero, Incenza, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Lavrañaga, Lasala, Lezama, López Guíjarro, Lorenzaga, Llorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Mollins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pineto, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Marzall, Poey, Reinoso, Retes Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Romero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanroma, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueta, Tubino, Urua, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes ora por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Agosto de 1882.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hce.—Concepto de la democracia, por D. Manuel Pedregal.—España y Portugal, por D. Eusebio Asquerino.—Pensamientos, por D. Alfredo de la Escosura.—Un prólogo, por don Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas.—Las letras germanas, por don José María Prellero.—El Prólogo de un drama, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Crónica científica, por D. P. Ruiz Alblstur.—La música Árabe-Persa, por Giovanni Aberle.—Historia de tres secuestrados, por D. Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

La cuestion de la crisis egipcia nos atañe en alto grado. Como nacion interesada en el Océano, tenemos que cuidar las Filipinas, y no es preciso encarecer los perjuicios que nos resultarían si llegara á interrumpirse la libre navegacion por el canal de Suez; como nacion cuyo ideal está en parte del Africa, donde tiene una mision sagrada que cumplir civilizando Marruecos, el movimiento panislámico y los sucesos que la solacion de la crisis puedan originar, debian encontrarnos prevenidos. El soldado que en un dia de ataque probable queda dormido en su alojamiento y no acude á la brecha donde há de ser preciso su valor, está deshonrado, y ningún epíteto sería harto fuerte para condenar su conducta y su abandono. Nada de esto, sin embargo, es bastante para sacarnos de nuestra apatía. Como si los siete siglos que vivimos íntima vida con los árabes hubieran cambiado nuestro natural, tenemos en nosotros algo del fatalismo musulmán. ¡Sea lo que Dios quiera! decimos nosotros, traduciendo al cristiano el testamento escrito: de los que fueron nuestros compatriotas durante siete centurias. Y puesta en lo desconocido la confianza, esperando siempre lo imprevisto, dormimos apaciblemente y nos entregamos al ócio descuidados sin que un mal sueño preocupe nuestra atencion ni venga á perturbar nuestro reposo.

Olvidamos que dice el proverbio «ayúdate y Dios te ayudará» y como siempre hemos sido tan religiosos, echamos sobre Dios todo el peso de la tarea que debíamos hacer entre los dos. Resultando de todo esto, que así estamos los españoles como estamos: relegados á este rincón del Occidente, sin influencia en Europa ni en otra parte del mundo, arrastrando una vida que las demás naciones ponen de cuando en cuando en duda, y manteniendo un presupuesto costosísimo para que llegado un instante de empeño como el presente, el ministerio se desbände y cada miembro del Gabinete vaya á don-

de se le antoje á hacer consideraciones de sobre mesa acerca de la cuestion de Egipto, durante el dia, y á leer por la noche en la *Correspondencia* los telegramas de la *Agencia Fabra*.

¡Y luego queremos que los demás países nos respeten y traten mano á mano con nosotros! ¡Valientes garantías de formalidad, las garantías que les ofrecemos!

Abandonada á sí misma la iniciativa individual, aquí donde es casi nula, y donde nada se comprende si antes no interviene en ello la accion abrumadora del Estado, rémora más que estímulo muchas veces, se propone muy pocas cosas, y consigue aún muchísimas menos de las que se propone.

Esto ha sucedido en la cuestion del *meeting* que el lunes pasado se verificó en el teatro de la Alhambra, con objeto de proveer á las necesidades imperiosas y urgentes de nuestra marina de guerra.

Hay ciertos movimientos en la opinion que periódicamente se repiten. Surgen en la imaginacion proyectos salvadores, se dan los primeros pasos conducentes á su realizacion, y á los pocos instantes se abandonan, no sin perjuicio de resucitarlos y volverlos á poner sobre el tapete otra vez, en idénticas circunstancias. Del mismo modo el propietario que tiene una casa en punto peligroso, así que nota la aproximacion de la tempestad, piensa, y piensa con terror, que por una desidia indisculpable, no ha puesto pararrayos en su finca. Propónese enmendar su desacierto, y mientras truena sobre su cabeza calcula el coste de los trabajos que vá á mandar hacer al otro dia. Y, en efecto, cuando pasa la tormenta, apaga el cirio que encendió devotamente á Santa Bárbara, guarda en su pupitre el pliego en que alineó cifras y cifras, deja para más adelante la realizacion de sus proyectos, y sale á dar un paseito por los campos, á enterarse de los destrozos que ha causado la nube en las propiedades inmediatas á la suya y tan desamparadas como ella.

No es esta la primera vez que la cuestion de la marina preocupa á los españoles; no es esta la primera vez que la opinion pública reconoce que, si en efecto, tenemos pocos barcos, son tan malos que mejor sería que no tuviéramos ninguno, pues así sentiríamos más urgente la necesidad de arreglarnos una escuadra para nuestro uso particular. Se habla mucho, se escribe mucho, se calcula mucho, y siempre se deja para más adelante la enmienda de la falta que todos unánimemente reconocen, siempre en espera de lo imprevisto á que hemos aludido más arriba.

El hecho se ha repetido una vez más. El que escarmentado por esperiencias anteriores nada aguardaba de él, ha visto confirmado sus presentimientos; el que, por el contrario, cegado por su cariño á la patria, acudió aquella tarde al teatro de la Alhambra, acariciando sueños de grandeza, salió de la vasta sala dejando en ella sus engañosas ilusiones, y llevándose el convencimiento íntimo de que tendremos marina el dia que todo se trastorne y se vuelva de arriba á abajo, que no otra cosa es precisa para poner orden en nuestra desdichada administracion.

Hubo en el *meeting* lo que en toda reunion entre españoles: mujeres guapas, amor patrio, discursos elocuentes, datos abrumadores, sanos propósitos, arranques idealistas, y nada positivo, nada práctico. Resaltó en él lo que siempre resalta en toda discusion que se sostiene en España: un ataque al Gobierno y la fundada conviccion de que en este malaventurado país la mayor parte, la parte del leon, es del desórden y la incuria, cuando no de la mala fé. Resultó de él lo que resulta de nuestras reuniones: que se habló mucho y no se hizo nada, y que se dió á la oratoria el tiempo que debía haberse dado al trabajo. Se nombró una comision, que no se reunirá, ó que, si llega á reunirse, no hará nada, y todo el mundo se quitó un peso de encima. No podrán ya tacharnos con justicia de negligentes y poco cuidadosos de la defensa de la patria. Ya nos hemos reunido, ya hemos hablado, ya hemos nombrado una comision. Nada más se puede hacer. Ahora, esperemos lo que haga la comision.

¡Oh, las comisiones! Si todas las que se eligen en España hicieran la millonésima parte de lo que se proponen al nombrarlas, nuestro país sería uno de los más florecientes del mundo. Pero no hay cuidado que, ni por escepcion, haga nada ninguna de ellas. Desde que se nombró la comision de emigraciones, con motivo de lo de Saida, la cifra de nuestros emigrantes vá en aumento. Y lo mismo sucede con todas las demás comisiones.

Algo quedó de todo aquello, sin embargo, impreso con rojos caracteres, con caracteres de fuego, en la imaginacion del infeliz contribuyente á quien se priva hasta de lo más preciso para que otros disfruten lo supérfluo. Juan Paga oyó allí muchas cosas que, seguramente, no dará al olvido en mucho tiempo, y que son afirmaciones rotundas, y pequeñas operaciones aritméticas al alcance de todo el mundo. En los seis últimos años —dijo el Sr. Figuerola—se han gastado en marina 86 millones de pesetas, de los cuales solamente se han aprovechado 38. España sostiene cinco arse-

nales cuando la basta y sobra con uno, pero no hay ministro que se atreva á suprimir los otros cuatro por las influencias que en seguida malogran su buen deseo. No contamos un solo barco—dijo el Sr. Gonzalez Fiori—que oponer á los barcos de las otras potencias; los nuestros son todos inútiles para defenderse, y más inútiles todavía para defender nuestras costas y nuestras posesiones. En los puertos tenemos cañones de bronce, cuya importancia es hoy nula. Se han comprado algunos de acero, y están sin colocar todavía porque no alcanzan las troneras. En un arsenal están estropeándose los torpedos que últimamente hemos adquirido, porque no hay quien sepa situarlos.—Fuera de Inglaterra, Rusia, Francia y los Estados Unidos—dijo el Sr. Ruiz de Castañeda—España es el país que más dinero gasta en el sostenimiento de la marina, pues destina á este fin 52 millones de pesetas, y no tiene un solo barco que la haga honor; mientras Alemania, Italia, Holanda y Austria solo emplean 49, 44, 27 y 21 millones respectivamente, y atienden con ellos al mantenimiento de una poderosa escuadra.—

Vivar, Beránger, que hablaron para alusiones, lejos de desautorizar estas afirmaciones, las ratificaron, conviniendo en el estado deplorable en que se halla hoy nuestra marina, resultado de su mala administración.

Y todas estas verdades que una tras otra se alzaban amenazadoras é imponentes, acusando un vicio de organización mil veces más peligroso para la vida de un pueblo que el mal cuyo remedio se buscaba, las oía el país contribuyente, preguntándose acongojado á dónde van á parar esas sumas que se le arrancan tan pensosamente y el importe de sus tierras vendidas por falta de pago á la Hacienda un año de mala cosecha. Todas esas verdades las escuchaba con terror el país que se muere hambriento en Andalucía; que se ve obligado á emigrar á Orán, aun después de los sucesos de Saida, prefiriendo los tormentos de Bou-Amema á los tormentos del hambre, y que sigue al primer marqués de Rays que le ofrece un pedazo de pan á muchas leguas de su patria y bajo un clima mortífero.

Porque aquella tarde, después que hablaron los distinguidos oradores citados, la escena representaba el Calvario; un Calvario en el cual el país hacia de Cristo, y la incuria y el abandono de ladrones.

Desde que la cuestión de Egipto se inició, aun en aquellos días relativamente tranquilos en que parecía reducirse á disensiones entre el jedive y Arabi, todo el que en Europa sigue atentamente la marcha de la política internacional comprendió que aquella causa tan pequeña, podía producir grandes efectos.

Y los produce. Aunque solo hubiera ocasionado uno de ellos, el más insignificante para Europa, sacar á España de la atonía en que se halla y hacer sonar su nombre confundido con el de las demás potencias, este sólo hecho bastaría á justificar las predicciones del profeta.

Si; el nombre de España se ha pronunciado; alguien ha vuelto su mirada hacia nosotros reconociendo que tenemos intereses en Oceanía, y proponiéndonos á Europa para tomar parte en la acción colectiva que las potencias tratan de emprender sobre el canal de Suez. Italia ha sido el firmante de esta proposición que, según todos los telegramas, ha encontrado favorable acogida en el concierto de las naciones, pues solo Inglaterra se ha reservado su opinión y la Puerta no la ha manifestado todavía. Alemania, añade la Agencia Fabra, ha sido quien con más interés ha tomado nuestro partido.

¡Dios se lo pague á las naciones! Ya era hora de que pensasen en este pequeño rincón del mundo al que tienen harto olvidado, sin duda porque su recuerdo les trae á la memoria otros recuerdos ménos gratos. En el proyecto se hace constar que las fuerzas expedicionarias se dividirán en dos grupos: uno de ellos desembarcará y guardará las orillas del canal; el otro permanecerá á bordo de los buques protegiendo la navegación.

Excusado parece añadir después de esto que pensándose en nosotros ha de ser, naturalmente, para asignarnos el puesto de honor, que es siempre el más peligroso. España, pues, será la nación que tendrá á su cargo la primera de estas dos tareas. Las potencias que no hace mucho cerraron de golpe la puerta del salón en que celebra sus sesiones la conferencia de Therapia para que no nos enterásemos de lo que allí sucede, reconocen nuestra aptitud ahora que se trata de pelear, aptitud que nos negó cuando solo se trataba de discutir; lo cual no puede negarse que es en extremo honorífico para nosotros, investidos, en las orillas del canal de ese título de mandatarios de la Europa, que no quiere concederse al mismo Sultán de Turquía.

No nos extraña la proposición; por el contrario la encontramos natural. Las naciones que la presentan, ó la apoyan, no ignoran por experiencia que sabemos batirnos y se lo hemos probado muchas veces. Pero antes de aceptar esa sombra de poder con que se nos brinda, el Gobierno debe obrar muy poco á poco, presentando las condiciones con que España aceptará por su parte la tentadora proposición.

Tiene tanta gravedad el hecho de comprometer al país en una política de aventuras, y más cuando

aun tiene abiertas las heridas que en las guerras civiles recibió, que hay que pensarlo mucho antes de dar un paso que nos comprometa, uniendo nuestra suerte á la suerte de las potencias. Honrosamente, lo que ante todo debe recabar nuestro Gobierno, es un puesto en la Conferencia. Ya que vamos á movernos, queremos saber á donde vamos; si se cuenta con nuestro brazo es preciso también contar con nuestra abeja, que ambos miembros están íntimamente unidos para que pueda nadie considerarles por separado.

Y luego que nos digan á donde vamos, deben decirnos á qué vamos allí; qué es lo que vamos á hacer; qué es lo que vamos á ganar. El interés es, en los países como en los individuos, el móvil de las acciones buenas ó malas que el hombre lleva á cabo; 25.000 hombres según unos, 30.000 según otros, hemos de enviar á Egipto.

Esas vidas valen mucho y son muy queridas para la patria. Antes de sacrificarlas es necesario que esta misma patria aprecie si debe ó no imponerlas como deber filial el sacrificio. Ningun resentimiento antiguo, ninguna ofensa reciente tenemos que vengar de los egipcios; si mandamos allí á nuestros soldados ha de ser solamente por el engrandecimiento de la patria, y para eso si no bastan ese número de españoles todos están dispuestos á luchar y á morir por conseguirlo. Es, pues, necesario que no nos dejemos sorprender llevados de nuestro natural impresionable, y olvidemos aquellos otros tiempos en que hacíamos la guerra por afición y orgullo nada más, tiempos que nos costaron mucha sangre y mucho oro, y de cuya pasada grandeza es hija nuestra postración presente. Vamos á Egipto si algo tenemos que ganar; no vayamos para recibir los golpes dirigidos á otros, y presenciar cómo las demás potencias se reparten el botín conquistado por nosotros.

¡Y, oh prevision de nuestros ministros! Ante esta cuestión de tanto interés para España, que necesariamente ha de prestarse á largas y profundas cavilaciones, tenemos al Gobierno desperdigado por todo el país, en vez de estar aquí, dispuesto á todo Sagasta en Aguas Buenas, Albareda en Ponferrada, Pavia en Santander, Alonso Martínez y Vega Armijo en la Granja, Leon y Castillo en Biarritz, y Martínez Campos y Camacho en Madrid.

No es más dichosa la Francia en este punto. Ella también se encuentra huérfana de Gobierno en las actuales circunstancias, críticas verdaderamente, y más aún para ella que para nosotros. Vencido por inmensa mayoría (400 votos contra 75) que le negó su confianza, el ministerio Freycinet tuvo que abandonar el poder, víctima de su falta de iniciativa, de su carencia de criterio fijo en la cuestión egipcia.

Comprometido de antemano con Inglaterra y no queriendo, á pesar de ello, hacerse solidario del atentado contra Alejandría; queriendo mantener su influencia en Europa, y resistiéndose, no obstante, á intervenir decididamente en Egipto, pedía créditos extraordinarios para disponer tropas que no habian de disparar un tiro, como si esto fuese posible.

La irresolución en circunstancias como las actuales es delito que no perdona la opinión pública, y el Ministerio Freycinet cayó por esa indecisión que le movió á retirar su escuadra á Port-Said después de haberla enviado á Alejandría; á no hacer nada después de haber firmado con Inglaterra un ultimatum que á tanto la comprometía; á abandonar el puesto en que podía sostener las decisiones de la Conferencia, después de haber sido una de sus dos promovedoras.

Más de una semana ha trascurrido desde que Mr. Grevy aceptó la dimisión del Gabinete presidido por Freycinet, y á la hora que escribimos estas líneas la crisis no se ha resuelto; continúa en el mismo estado, y todavía no tiene trazas de resolverse, como lo exige la gravedad de estos momentos.

Y es que Francia padece la misma indecisión que censuraba en Freycinet; es que Francia ha perdido la brújula en las cuestiones internacionales. Se enemistó con Italia por su expedición á Túnez, se separa ahora de Inglaterra, con quien la habian aliado sus intereses en el canal, y en el instante en que va á resolverse la cuestión egipcia, de donde solo Dios sabe las complicaciones que saldrán, se aparta á un lado, como abdicando su antigua influencia, falta de un plan de conducta, de un ideal político que la guie. Quiere y no quiere intervenir; quiere y no quiere retraerse. Mala senda la de la duda y las vacilaciones para una nación que quiere sostener en el mundo su preponderancia.

En el estado á que han llegado los acontecimientos, la cuestión de Egipto atraerá sobre sí la atención de toda Europa hasta que el problema se resuelva de un modo ú otro, y surja de cualquier parte un Alejandro que de un sablazo corte el nudo que sus manos torpes no aciertan á deshacer. De aquí que la opinión la otorga todo su tiempo, los periódicos la prestan todas sus columnas, el telégrafo le dá todos sus hilos, el correo le dedica todo su espacio.

Poco ha adelantado desde nuestra última Revista la situación de aquel país bajo el punto de vista militar. Sigue Arabi en Kafr-Dawar llevando

á cabo grandes trabajos de fortificación con que oponerse á los ingleses, si, como todo lo hace temer, se deciden á atacarle, ó á los otomanos, no obstante su igualdad de religión, si por fin es la Sublime Puerta la encargada de poner orden en las cosas, como soberana de Egipto y mandataria de la Europa.

Por su parte, los ingleses prosiguen con toda actividad sus preparativos militares, y todo se vuelven movimientos que tienen como objetivo la pronta reunión del cuerpo expedicionario. Este constará de 17 ó 18.000 hombres y será mandado por el general sir Garnet Wolseley, que tanto se distinguió en la guerra con los ashaites. De un momento á otro va á romperse el fuego. Una vez desembarcados en Egipto los expedicionarios ingleses y disparado el primer tiro, ¿quién puede calcular cuando se disparará el último de la campaña, ni cuál será la nación que lo dispare!

Considerada bajo el punto de vista meramente político, la situación se manifiesta más complicada y embarazosa cada vez; la crisis se acentúa, y la cuestión de Egipto parece avocada á convertirse, por obra y gracia de los intereses encontrados que perjudica, en un *casus belli* universal.

Resentida por la falta de iniciativa de Francia, Inglaterra ha acudido á Italia en demanda de su apoyo para el desarrollo de sus proyectos, pero Italia se ha negado en absoluto. Ante esta negativa, la soberbia Albion ha declarado que llevará adelante y por sí sola la prosecución de sus proyectos, á reserva, como en nuestro número anterior digimos, de cobrarse con usura el precio de los trabajos que se impone. Pero no contaba con Bismarck.

El canciller que hasta ahora sostenía á la Puerta en su actitud indecisa, constante en su deseo de poner obstáculos á la Francia, viendo lo poco dispuestos que están los ánimos en este país para meterse en aventuras antes de restañar las recientes heridas que la guerra de 1870 la causara; no queriendo que Inglaterra sea la única potencia que lleve á cabo la intervención y se reserve luego Alejandría para añadir este punto importantísimo á Gibraltar, á Malta, á Chipre, y ser la dueña absoluta del Mediterráneo, ha dictado órdenes á Turquía, y en consecuencia de estas órdenes el Sultán ha manifestado su deseo de intervenir en Egipto en virtud de su soberanía contestando de este modo á la comunicación que hace ya días le pasaron los ingleses.

El despacho de éstos ha sido grande. Contaban ya con ser los únicos factores de la empresa, y esta colaboración de última hora echa por tierra todos sus proyectos. Reconocida, porque es indiscutible, la autoridad del Sultán y su derecho á poner orden en Egipto que, hoy por hoy, no es más que un país tributario y que depende de la Puerta, reconocida esta autoridad—repetimos—Inglaterra nada tiene que hacer allí; solo en el caso de ser llamada por el Sultán podría llevar á cabo sus proyectos de ocupación. Entre tanto debe reembarrancar sus tropas, entregar Alejandría á los soldados del Sultán, y retirarse á sus barcos en expectativa de los acontecimientos por venir.

No es esto lo que pensaba ni lo que quería, y trata por todos los medios de cobonestar esa actitud de la Puerta. Exige de ella que declare rebelde á Arabi, y en la negativa que el Sultán dá á tal exigencia que pudiera costarle cara dado el carácter de que las circunstancias han revestido al dictador, funda su oposición á toda acción armada de Turquía. Últimamente la ha hecho saber por boca de su embajador lord Dufferin, que, si tratan de desembarcar antes de conformarse á sus condiciones, lord Seymour se opondrá á su desembarco.

No la acompañan en tan laboriosa empresa las simpatías de ninguna otra nación. Por el contrario, se hace el vacío en torno de ella, y hoy Inglaterra está sola, completamente sola, frente á la tierra de Egipto, y cuidadosa más que de la resistencia que van á presentarla los egipcios, de las complicaciones á que su conducta puede dar lugar. No se trata ya del abandono de la Francia, sino de la reprobación unánime de las grandes potencias que condenan su conducta, y que parecen dispuestas á no tolerar que se anexionen parte ninguna de la costa egipcia, sea cualquiera el especioso pretexto con que trate de distraer sus ambiciosas pretensiones.

Tal es, en el campo de la política internacional, la situación de Europa en el momento que escribimos estas líneas. De un lado está Inglaterra arrojándose apresuradamente, organizando sus reservas, sacando 6.000 hombres de la India, y haciendo toda clase de preparativos militares, decidida, según parece, á arrostrar todas las consecuencias que pueda tener su afán de dominio y engrandecimiento; del otro lado, Turquía, fuerte con el apoyo de Alemania, disponiendo á su vez un ejército expedicionario que á las órdenes de Derwisch-bajá vaya á restablecer en el Egipto la autoridad debilitada del jedive; apartadas, y como espectadoras de los hechos, mas preparadas á todo evento por sí su intervención es necesaria, las demás potencias, fija al parecer la vista en el canal de Suez, pero no distraídas por esto del término más interesante de la fórmula en que el canal no es más que un factor, y no por cierto de los que más importancia tienen, pues la libre navegación por él es fácil de asegurar, y fácil así mismo de restablecer dado caso de que llegara á interrumpirse.

En este orden de consideraciones, el Egipto, y su independencia, Arabi y el jedive, no son más que el fondo del cuadro, sobre el cual se destacan las figuras; causas promovedoras del conflicto que en el conflicto se pierden y confunden; algo así como la mano del niño que con su inesperienza prende fuego á un pajar, y que por acaso muere en el incendio ó por acaso se salva, desconocedor, en ambos casos, de los peligros que imprudente ocasionó.

Largo es el plazo que de nuestra próxima revista nos separa. ¡Quién sabe cómo hallaremos las figuras de ese cuadro que acabamos de trazar, cuando vengamos á referir á nuestros lectores los sucesos de la quincena!

Hoe.

## EL CONCEPTO DE LA DEMOCRACIA.

RESÚMEN DE LA DISCUSION SOSTENIDA EN LA SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS DEL ATENEO, CURSO DE 1881-1882.

(Conclusion.)

Antes de llegar el partido republicano al poder, notáronse diversas tendencias, y señaladamente una diferencia trascendental, en lo que se llamó Manifestación de la prensa, respecto de la nacionalidad, de la organización y atribuciones del poder central. Merced al silencio, impuesto á la sazón por el directorio del partido, quedó latente una divergencia, y se ahogó una discusión, que hubiera sido muy conveniente. Dentro del partido federal había dos importantes fracciones, favorable una á la unidad indivisible de la nación, y con tendencia la otra á relajar los vínculos de la nacionalidad. Nunca supe dar cuenta de cómo un partido republicano federal podía señalarse en el orden político por su tendencia á descomponer, para reconstituir después, la nacionalidad española. En los Estados-Unidos el partido federalista, á cuyo frente estaba Jorge Washington, una de las más nobles figuras que brillan en las páginas de la historia, se distinguió por su firme propósito de establecer un fuerte lazo de unidad entre los nacientes Estados, que habían sido colonias independientes las unas de las otras. El partido llamado entonces democrático propendía á mantener una federación, expuesta siempre al peligro de disolverse, reservando á los Estados particulares todos los atributos de la soberanía. En Suiza, se unieron Schwytz, Uri y Unterwalden, municipios que se regían como los nuestros desde el siglo undécimo, para resistir al poder invasor del conde de Habsbourg. Cuantos esfuerzos desde entonces hicieron, y cuantos triunfos alcanzaron, desde Morgarten hasta Marignan, fueron siempre en el sentido de la unidad. Y cuando se restableció la constitución en 1815, dada por Napoleón á la República Helvética, fué por breve tiempo: los suizos la reemplazaron por el Pacto federal; y más tarde, en 1848, para consagrar el triunfo de la unidad nacional, alcanzado contra el Sonderbund, se promulgó el Acta federal, en la cual se procuró tomar por modelo hasta cierto punto la Constitución de los Estados-Unidos. Todos vosotros sabéis cómo se instalaron los jesuitas en el cantón de Lucerna, apoderándose de la dirección de las escuelas públicas; cómo exasperados los liberales, organizaron un ejército de voluntarios, que invadió el cantón con el objeto de expulsar á los jesuitas, invasión que fué rechazada; cómo entonces se formó la liga, llamada Sonderbund, de siete cantones católicos, con un ejército de 50.000 hombres, que puso en grave peligro la confederación; y cómo la República hubo de armar apresuradamente 100.000 hombres para someter á los cantones, que pretendían separarse de la unión. En el Acta federal, que después se publicó, quedaron prohibidas las alianzas de los cantones entre sí, y la organización de fuerzas cantonales en número superior á 300 hombres. Ahora, recientemente, se derogó en Suiza como ley federal, ó se declaró que no era de la competencia de la federación, la que había suprimido la pena de muerte, y ese triunfo, alcanzado por los cantones católicos, en unión con otros que todo lo proponen al espíritu, más bien separatista que autonómico, tuvo por objeto el restablecimiento de la pena de muerte en algunos cantones. En Suiza, pues, el espíritu liberal no está representado por los cantones, que tienden á mermar los poderes de la Asamblea federal.

Todos vosotros recordais también que la sangrienta guerra separatista de los Estados-Unidos fué sostenida con encarnizamiento por los Estados del Sur, y conducida con igual heroísmo por los del Norte, á causa de una odiosa institución: la de la esclavitud. Pretendían los del Sur, primeramente extender la esclavitud por toda la Unión, después sustraer esa institución maléfica á la deliberación del Congreso federal, y acometieron por último la fatal empresa de romper la Unión, para conservar la esclavitud. Fueron vencidos. La justicia y los fueros de la civilización reclamaban con potente voz el triunfo de los Estados del Norte. La Unión se conservó y se reforzó, para bien de los progresos de la democracia en América y en el mundo entero.

Si en España se desligasen las provincias, al constituirse en Estados particulares, en términos de quedar tan mermado el poder central que fuese lícito á determinadas comarcas restablecer leyes las más contrarias á los intereses de la democra-

cia, ¿qué sucedería? Sucedería, señores, que en España, como en Suiza y en los Estados-Unidos, seríamos guardadores del espíritu liberal y democrático de la época los mantenedores de la más perfecta unidad nacional, y que pondrían á todas horas en peligro de muerte la nacionalidad y las instituciones democráticas aquellos que, cuidando principalmente de arraigar la soberanía en los Estados particulares ó provincias, se olvidasen de que las instituciones políticas son un medio de asegurar la integridad del derecho y la práctica de la libertad. Entendía yo que el partido republicano federal se proponía estrechar más y más los lazos de unión entre las diversas provincias, para afianzar el triunfo completo de los derechos del hombre y el armónico desenvolvimiento de todas las libertades, restituyendo á los municipios el poder y las facultades, de que han menester para la dirección y gobierno de sus intereses propios. Las corporaciones locales tienen su esfera de acción; llega su competencia hasta donde alcanzan sus intereses peculiares; pero se desenvuelven dentro de la nacionalidad, y viven como el individuo, que no es ménos santo y respetable que el municipio, bajo el amparo de las leyes del Estado. En este sentido era yo federal, inspirándome en las ideas de los fundadores de la república de los Estados-Unidos; esas mismas ideas conservo, sin dar más importancia, que la que en realidad merecen, á denominaciones, que carecían, al parecer, de significación fija y bien determinada.

Excusado sería añadir que el partido federal señalaba una tendencia; no proclamaba un régimen de gobierno, perfectamente determinado. ¿Quién ignora que, siendo federales las repúblicas de Suiza y los Estados-Unidos, existen diferencias muy notables entre los gobiernos de una y otra nación? ¿Quién desconoce que repúblicas federales son las de Méjico, Buenos-Aires y otras del centro de América, sin que haya perfecta igualdad entre las instituciones de esos países? El partido republicano español, apellidándose federal y exponiendo únicamente las bases, que habían de ser el punto de partida para la organización de los diversos poderes, no llegó á determinar, ni podía, ni debía fijar de antemano soluciones, que en el orden político dependen en no pequeña parte del giro que toman los acontecimientos.

Recientemente se ha desplegado una bandera por un hombre ilustre, que viene á demostrar de una manera más completa, que los federales españoles distábamos mucho de constituir un partido de gobierno, sin embargo de que dentro de él existiesen elementos y fuerzas para formar dos grandes partidos. La nueva doctrina, á que me refiero, es la del pacto, que se remonta nada ménos que al origen de la nacionalidad. Si la democracia española hubiera tenido la misión de deshacer la obra perdurable de la historia, prescindiendo de que las naciones representan el esfuerzo de cien generaciones, que se unen en vínculo estrecho por el más eficaz de los pactos, cual es el consentimiento tácito consagrado por el tiempo, y respondiendo á la unidad de tradiciones, de lengua, de literatura y de leyes, unidad reclamada por la continuidad de territorio, por las necesidades de la defensa común, y por el íntimo y frecuente comercio, en que viven los pueblos comarcanos; si hubiera venido á luchar contra todas estas fuerzas, que surgen del seno de la historia, que se entrelazan y viven en el presente más estrechamente unidas todavía que en el pasado, triste destino sería el de la democracia española. Afortunadamente no viene con la misión de borrar la historia patria; sí, con el noble y levantado propósito de completarla. Por eso la teoría del pacto, que se anuncia con el intento de constituir lo que existe ya con vigor indestructible, no puede ser aceptada por la democracia republicana.

Después de todo, ¿qué es el poder? Se empieza reconociendo en el libro, elegantemente escrito, «Las Nacionalidades», que existe una sociedad política, primordial, que es la Ciudad, formada por grupos de familia, «que acercó la necesidad y la comodidad del cambio.» No fué el pacto, ni se requiere que hoy lo sea, el principio fundamental de la Ciudad, que nació y subsiste por las necesidades del cambio. De manera que, en donde hay una causa tan poderosa como esa para constituir un grupo de diversas familias, bastan las exigencias que impone la vida social. ¿Y cómo se aproximaron las ciudades para constituir pequeños Estados, y de qué manera los pequeños Estados formaron las grandes naciones? ¿No fué también porque así lo requerían las exigencias del cambio, y la necesidad de la defensa y la de atender en común á los servicios, que son comunes, por la naturaleza de las cosas? ¿Hay alguna razón para que en el primer caso se tenga por constituida la Ciudad, sin que sea menester el pacto expreso, y que el mismo criterio no prevalezca cuando se trata de la formación de las grandes nacionalidades? No adivinamos cuál puede ser la razón de diferencia tan sustancial.

El Sr. Pi, que define la federación como «un sistema por el cual los diversos grupos humanos, sin perder su autonomía en lo que les es peculiar y propio, se asocian y subordinan al conjunto de los de su especie, para todos los fines, que le son comunes.» sabe perfectamente que esas son las condiciones esenciales de toda nacionalidad. Lo que es común para todos, cae bajo la acción del Poder central; lo que es peculiar y propio de los diversos organismos, ó grupos huma-

nos, queda reservado á los poderes autonómicos de esos grupos. Mas no quiere decir esto que la nacionalidad ó federación haya de nacer del pacto expreso. Por el contrario, en donde existen fines que son comunes, y un orden de intereses políticos, y una combinación de fuerzas que por necesidad acompaña al estado de sociedad, que es inseparable de la criatura humana; en donde todos estos elementos constitutivos y fundamentales de la nacionalidad existen ya, estaría de más el pacto. Una particularidad digna de ser notada hay en esa teoría. Es la siguiente: bajo la preocupación de que la soberanía política radica en el municipio, el cual la trasmite á la provincia, y ésta á la nación, se sostiene que, para deslindar los intereses entre el municipio y la provincia, no hay más autoridad competente que la del municipio; y cuando ese deslinde es de intereses entre la provincia y la nación, á la provincia corresponde resolver el conflicto. La razón, en que estas afirmaciones descansan, no es otra que la de «no tener derecho la nación para corregir al de las provincias,» puesto que de ésta recibió el poder que aquella tiene. En el fondo de este razonamiento late un error trascendental. El poder de la nación, ó el de la totalidad de los ciudadanos, no es una delegación del poder municipal, que difiere no poco del poder del Estado. La soberanía de la nación, que tiene por objetivo los intereses comunes, radica en la multitud, en la totalidad de los ciudadanos. El conflicto de los intereses de un municipio, ó provincia, con los intereses de la nación se resuelve por el sufragio de todos, ó por el poder que á todos representa. No hay justificación posible para anteponer la voluntad ó los intereses de un municipio, ó provincia, á los intereses de todas las demás provincias ó municipios, que en unión con el municipio disidente constituyen la nación. La idea de la nacionalidad está íntimamente ligada con la solidaridad de intereses determinados, y la existencia de algo, que es común á todos, excluye la posibilidad de que una de las partes, ó elemento constitutivos de la nación, imponga su voluntad, como ley, á los demás, en aquello que es común á todos. Lo importante en el orden social, es conocer y determinar con precisión el objeto que se ha de realizar. En donde existe un fin ó propósito que á muchos interesa, allí está un principio de organización, que se desenvuelve con sus órganos propios y funciones especiales, para atender á las necesidades que los asociados sienten. Cuando ese fin es común á todos, y á todos interesa por igual, como la realización del derecho, entonces aparece el Estado, que cuida de mantener y amparar el ejercicio de los derechos, que á cada cual corresponde. Después de estas breves consideraciones no hay para qué añadir que estimo incompatible el pacto con los principios, que sirven de asiento firmísimo á la democracia.

Veamos ahora si es un fenómeno de estos tiempos la democracia, como dice Hipólito Passy, ó si por el contrario es el hecho más antiguo, continuo y persistente, como asegura Maillet, repitiendo las palabras mismas de Tocqueville. Tiene razón Passy, en cuanto se refiere á las condiciones actuales de la democracia; pero es indudable también que, atendiendo á sus elementos esenciales, es el hecho más antiguo, continuo y persistente, que se conoce en la historia, con tal que hagamos caso omiso de la India con sus castas, su religión y la abyección de las masas; de la Persia, con su despotismo militar; del Egipto, con sus gerarquías, su espíritu teocrático y sus nebulosidades; y de la misma China, con su paternal administración, bajo el imperio de sus *Letrados*. Todo es inmovilidad en el Oriente. Si la raza inglesa lograra introducir el *self government* en la India, ganaría para la civilización pueblos, en donde el concepto de la personalidad humana difiere mucho del que entre nosotros tiene. Un pueblo democrático hubo en Oriente: fué Israel. Además de ser absoluta la igualdad de todos los ciudadanos, que tenían por señor á Jehová, y escogieron rey, porque así les plugo, el pueblo conservó siempre el poder supremo, como lo reveló en la tragedia del Calvario, y nunca dejó de manifestar sus quejidos y su voluntad, por medio de los profetas. Fué indudablemente vigorosa la democracia en la civilización de Israel; pero al pueblo griego cabe la gloria de haber esparcido la semilla, que trajo al Occidente, como principio de vida, las ideas democráticas. No es esto decir que nuestra democracia sea la democracia ateniense, ni tampoco la espartana. La sociedad antigua tenía por inmensa base la esclavitud y aristocracias de poder incontrastable. Por tal razón, no podía vivir la democracia en las sociedades helénicas, donde con tanto brillo resplandecieron el arte y la filosofía, de otra manera que en gérmen, y muy rícidamente combatida. Eran, sin embargo, los demócratas el número mayor de ciudadanos y los más pobres, según espresión de Aristóteles, no obstante la esclavitud, que llevaba sobre sus hombros la enorme carga del trabajo corporal.

En Roma fueron incesantes los esfuerzos de la democracia, para llegar á las esferas del poder. Desde la admisión de la plebe en los *comicios curiados*, con la adquisición del monte Aventino, y el creciente poder de los tribunales, que convocaban las asambleas, de donde salían los *plebiscitos*, una de las fuentes del primitivo derecho romano, la democracia no dejó de luchar, aunque con adversa fortuna. Era la guerra ocupación permanente de los romanos; y si bien la plebe tenía parte en

las tierras conquistadas, no era bastante rica para adquirir esclavos que la cultivasen. No conservaba por esta razón la propiedad de las tierras, que había conquistado, y estaba siempre agobiada de deudas. De ahí el cancer de las guerras sociales y las leyes agrarias de Licinio, los Gracos y Publícola. La masa del pueblo romano sirvió nuevamente de instrumento en las luchas de Mario y Sila, de César y Pompeyo. Así es que la democracia fué realmente en la civilización romana un elemento importante, sí; pero en cuanto aspiraba con vigor á los más altos poderes, é infiltraba su espíritu en las leyes del pueblo-rey.

Al cristianismo debe la democracia sus triunfos más decisivos. La humillación de los grandes y la exaltación de los pequeños; la predicación ardiente de los principios de justicia y de igualdad; la elocuencia con que se santificaba la caridad; la organización de la primitiva Iglesia, que llegó hasta la comunidad de bienes; la fraternidad, que reinaba entre los primeros cristianos; todo, en fin, era profundamente democrático en la primitiva sociedad cristiana. Trocose aquel espíritu en afán de dominación, cuando la Iglesia se sintió fuerte, y se alzó en frente del poder civil, y tuvo por firme apoyo la conciencia y las creencias del pueblo. Pero, escritas quedaban las predicaciones del Evangelio, que habían de dar, como dieron, óptimos frutos.

Vino despues el feudalismo, que, avasallador y todo, llevaba en sus entrañas el principio de personalidad, que exageraron los guerreros y grandes propietarios, en sus abusos respecto del pueblo, y en sus querrelas con reyes y emperadores. Por fortuna, crecían á la vez y se multiplicaban, cual si brotasen del seno de la tierra, los municipios con sus fueros, que estaban impregnados de espíritu democrático, á la par que se resentían de la influencia, que en la Edad-Media ejerció la tendencia al privilegio. Junto al municipio, y muchas veces como fundamento del municipio, se organizaban los gremios de trabajadores, que se armaban para la defensa y constituían el nervio de las milicias populares. Formábanse ligas de municipios, á que se daba el nombre de hermandades en Castilla. Por otra parte, las *Hansas* acortaban la distancia entre las ciudades, que, necesitadas de protección recíproca en los mares y en el comercio terrestre, conseguían que su derecho fuese respetado y buscada su alianza por los poderosos. Liga de municipios fué en su origen la República Suiza; producto de las libertades municipales eran las repúblicas italianas y la Liga lombarda, que debieron su poder á los artesanos y ricos mercaderes, que se concertaban para la defensa común. La misma Venecia, que era una república aristocrática, magestuosa y soberbia, estaba constituida por opulentos mercaderes. Era el carácter de los municipios y repúblicas de la Edad-Media esencialmente distinto del carácter de las repúblicas antiguas, por cuanto la democracia triunfaba de los señores feudales, que como propietarios territoriales representaban un principio semejante al de los soberbios aristócratas de Grecia y Roma. De esta manera se explica que fuera tan desastroso en la Edad-Media el propósito de imitar las repúblicas antiguas, propósito que llevó á la exageración, ó hasta la extravagancia, el tribuno Rienzi.

El Renacimiento, y más aún la Reforma, contribuyó poderosamente al engrandecimiento de la democracia. Aquella especie de resurrección del saber del mundo antiguo, que se extendió con la traducción de libros traídos de la humillada Bizancio, por una parte, y el esfuerzo, por otra, que hacían los protestantes para restituir á su primitiva pureza la doctrina del Evangelio y la organización de la Iglesia, comunicaron vigoroso impulso á los principios de igualdad y libertad. No se me oculta que el pensamiento de Lutero, cuando decía á los paisanos insurrectos de Dinamarca: «No combatais jamás contra vuestro señor, aunque éste sea un tirano», y el de Calvino, al escribir en su *Institución cristiana*: «Los reyes son de institución divina; la aristocracia es el mejor de los gobiernos», distaban mucho de alentar á la democracia en su marcha progresiva. Pero la Reforma invocaba la libertad de conciencia, daba vuelos á la libertad del pensamiento humano, traspasando los límites, señalados por Lutero y por Calvino, y de la Reforma salieron las publicaciones de Languet, de Hotman, de Locke, de Manix de Saint Aldegonde y de tantos otros escritores notables. Sobre todo, señores, la libertad política, en los Países-Bajos, en Inglaterra y en los Estados-Unidos, está íntimamente relacionada con las vicisitudes del protestantismo. Ninguno de vosotros desconoce la prudencia, el heroísmo y triste fin de Guillermo de Nassau, llamado el *Taciturno*, que era un católico sincero y tolerante, esforzado capitán, que había servido á las órdenes de Carlos V de Alemania y I de España. Encontrábase en Francia con una misión de Felipe II, y escuchó, con asombro y pesar profundo, de labios del rey francés, Enrique II, que tenía concertado con el rey de España el exterminio de los protestantes en los Estados de ambos, y que la obra principal estaría encomendada á los tercios del ejército español. Calló Guillermo, que era la prudencia en él característica, y desde aquel momento pensó en la manera de evitar un crimen tan horroroso. No tardó en presenciar los comienzos de la cruel empresa, que tomó á su cargo en los Países-Bajos el sanguinario duque de Alba. Guillermo de Nassau

se retiró de Bruselas, organizó pacientemente la resistencia en Holanda; preparó leyes muy liberales para sus conciudadanos; estaba dotado de grandes cualidades, como guerrero y como hombre de Estado, y si el crimen puso término á sus días, no por eso dejó de triunfar su espíritu con el establecimiento de la República en Holanda. Una de las mayores glorias de Guillermo de Nassau es que sus escritos hayan sido objeto de profunda meditación para Jorge Washington, que los leía y anotaba como quien deseaba establecer en su país instituciones parecidas á las que inspiró el *Taciturno* al pueblo holandés.

La historia de Inglaterra es familiar para todos vosotros. Los Estuardos se atrevieron á luchar con el protestantismo inglés, y fueron vencidos. El efímero protectorado de Cromwell no fué el triunfo de un César; era la encarnación pasajera de ideas, que luchaban, y necesitaban concentrar todas sus fuerzas por un momento. Cometió una gran falta Cromwell, la cual fué causa de su ruina, ó de la caída del protectorado. Buscó el apoyo exclusivo de un ejército, que estaba compuesto de una pequeña secta, la de los *independientes*; se apartó de los *presbiterianos*, los combatió; y no podía durar la obra de Cromwell, en lo que tenía de personal; pero el germen de las doctrinas democráticas arraigó en el pueblo inglés, á pesar de continuar el poder en manos de la aristocracia.

Como las persecuciones religiosas llevaron á las costas del nuevo mundo con los puritanos la sinceridad en las creencias religiosas y la libertad de conciencia, podemos asegurar que en ningún otro pueblo se descubre tan á las claras como en el de los Estados Unidos la parte principal, que tuvo la reforma en el crecimiento de las instituciones democráticas. Hubo un largo período, durante el cual, el espíritu de intolerancia se apoderó con furia, no tan solo de los católicos, sí que también de los protestantes. Refugiáronse sucesivamente en las playas y bosques del Norte de América, unos en pos de otros, los que lograban sustraerse á las iras del vencedor, y al encontrarse en tierra extraña, disidentes y ortodoxos de las diversas iglesias, mutuamente se respetaron; y despues de conocer cuán injustificadas eran las persecuciones, que de todos habian sido víctimas, se guardaron recíprocamente profunda estima, consagrándose todos con empeño á mejorar su situación, mediante el esfuerzo individual. De ese modo arraigó en suelo virgen el árbol de la democracia, que tan óptimos frutos está dando en la gran República de los Estados-Unidos.

En Francia, lo mismo que en España, fué distinta la suerte de las instituciones democráticas. Las dos naciones se encontraron, durante los dos últimos siglos, sometidas á un régimen monárquico absorbente, que sustituyó el formalismo burocrático á la iniciativa de las corporaciones populares y á la enérgica acción de las antiguas aristocracias. La Francia de la Edad Media no habia gozado de las libertades municipales, en el mismo grado, ni con tan buen éxito como España. Las protestas de la *Jacquerie* y las sangrientas represalias de la *Contre-Jacquerie* denotaban un estado de represión, de malestar y profundos rencores en la clase popular, que no existía, en España; pues aunque entre nosotros el feudalismo imperó, estuvo siempre contenido por el vigor de las villas y ciudades, que, dotadas de fueros municipales y de vida propia, se organizaban para la defensa, formaban hermandades y combatían con perfecta legalidad, en nombre del derecho, los abusos de los ricos-hombres. Ciertamente es para desarraigar del espíritu popular el sentimiento de la libertad, cometieron la Monarquía y la Inquisición horrores, que, por lo duraderos, produjeron efectos más deplorables que las guerras religiosas en Francia. De ahí el que nuestro abatimiento haya sido más profundo. ¿Qué era, sin embargo, Francia antes de 1789? Disuelta su antigua organización política; sin prestigio y sin autoridad la Monarquía; con existencia nominal tan solo la aristocracia; anulados los Parlamentos; sin clase media y sin pueblo, porque la clase media andaba esparcida por diversos países desde la revocación del edicto de Nantes, y el pueblo no tenia conciencia de sus derechos, ni la menor noción de sus deberes; con un clero intolerante, ¿qué fuerzas orgánicas quedaban á la Francia? Los enciclopedistas, entre quienes habia sabios de merecido renombre y verdadero saber, se distinguían en lo general por la incredulidad, más bien que por el amor á la libertad. Era necesaria, y fué providencial, aquella sacudida de 1789. Estaban como adormecidas, ó yacían desconocidas, las fuerzas íntimas de la sociedad francesa, bajo el peso de una desorganización política, que se prestaba á todos los excesos. Lo que despues aconteció no es para relatado en la ocasión presente. La revolución de 1789 era resultado de la incapacidad de unos y de los sufrimientos de otros; por cuya razón habia de ser muy agitada y descompuesta la lucha de elementos, que, sin educación, sin preparación anterior, tendían á sacudir la oprobiosa dominación de corrompidos gobernantes. Habían de ser por necesidad grandes las dudas y las vacilaciones. El pueblo sentía un profundo malestar; no adivinaba el remedio; faltábale una clase media ilustrada y poderosa, que dirigiera sus primeros pasos. ¿Quiénes son los responsables de los tristes acontecimientos, que, bajo el terror y con posterioridad, ensangrentaron el suelo de Francia? La responsabilidad es

toda de los que estaban llamados á gobernar y dirigir. La gloria de haber creado una situación nueva, con elementos nuevos de vida y á costa de grandes sacrificios, es de los que se alzaron en defensa del derecho desconocido y de la dignidad atropellada.

Gloria, no tan estruendosa, como la de los franceses, aunque sí más costosa en sacrificios, es la del pueblo español, que, despues de haber caído en el mayor de los desfalecimientos, recordando sus pasados triunfos, y tan subyugado por la esclavitud de su conciencia como por las ligaduras que estrechaban el círculo en que vivía encerrado el pensamiento, supo desplegar el esfuerzo de facultades, que hoy le permiten aspirar á más altos destinos que los soñados por los legisladores de 1812. Si no hubieran sufrido las libertades municipales el eclipse prolongado que experimentaron, con el establecimiento de la Inquisición y con el predominio absoluto de la monarquía, otra hubiera sido la suerte de la civilización española, que puede enorgullecerse de haber precedido á la nación inglesa en el llamamiento de las clases populares á la formación de las leyes en Cortes. Estas se reunían con regularidad, gozaban de gran autoridad y contaban en su seno, á la vez que representantes del clero y de las clases privilegiadas, los enérgicos procuradores de villas y ciudades, que sabían defender sus fueros, y practicaban tan bien, sino mejor que en ningún otro pueblo, el *self-government*, base hoy de las grandezas de la nación británica.

Es hora ya de que ponga término á éste resumen, diciendo en breves palabras cuál es mi pensamiento respecto del porvenir de la democracia. La prosperidad de los Estados-Unidos y Suiza, el renacimiento de las Repúblicas hispano-americanas, la grandeza de Francia, estrechamente ligada á la vitalidad de sus instituciones democráticas, cuyo ascendiente se hace notar cada día más en el seno de la civilización inglesa, los progresos de Italia y sus tendencias; todo, en fin, anuncia que el triunfo de la democracia es definitivo. Los temores del insigne Tocqueville ya no tienen razón de ser. El cesarismo podrá reinar, como perturbación pasajera, en determinados pueblos. Nunca faltarán espíritus menguados, que se consideren grandes con una dominación efímera. Pero los derechos de la personalidad humana constituyen el patrimonio de la civilización universal. Son la base indestructible de toda organización política; y cuando llega á proclamarse una verdad tan clara como esa, que se impone con toda la fuerza de un dogma, desde el momento en que aparece en toda su integridad, no puede quedar la menor duda de que las sociedades modernas son y serán por necesidad democráticas. Los que más recelaban de sus triunfos lo proclamaron ya con elocuente voz. Chateaubriand decía en 1825 que todo anunciaba una revolución profunda en la sociedad humana; y, viendo como se aproximaba á pasos de gigante la República, se tranquilizaba considerando que no habia porqué alarmarse, puesto que la República no duraría dos días, sino era sabia y justa.

Sábía y justa es la vecina Francia; y es necesario que sea sabia y justa, más bien que en gobernar demasiado, en amparar el gobierno, que de sí mismo y de sus propios intereses haga el ciudadano. Necesita también la República, para llenar el vacío, que dejan las antiguas aristocracias, ó para ejercer las funciones sociales y políticas, que en pasados tiempos ejerció la clase aristocrática, el eficaz auxilio y cooperación de las grandes asociaciones, que condensan la acción individual, la multiplican, le dan mayor eficacia y atienden á necesidades, que están fuera del alcance de los gobiernos y reclaman el poderoso auxilio de las fuerzas sociales. Menester es también que la República en las sociedades democráticas cuente con el concurso de la acción municipal; acción, que por sí propia se desenvuelve, cuando la centralización no se interpone en el camino, y cuando los pueblos quedan dueños de sus destinos. Mas tened en cuenta que la tutela del poder central ha de suprimirse para todo lo que al municipio atañe, y los pueblos han de buscar en sí mismos los recursos de que hayan menester, y no reclamarlos, como favor, á cambio de los gravámenes más onerosos. La *asociación* y el *self-government* son los más sólidos fundamentos de la democracia moderna. Fíe cada uno en su propio esfuerzo, desenvolviendo las facultades, de que estamos dotados, para la satisfacción de nuestras múltiples necesidades; confiemos todos en el esfuerzo individual y en la asociación para cubrir atenciones que tengan carácter general, y no exijamos de los gobiernos sino aquello que les incumba; es á saber: la defensa del derecho y el cumplimiento de los servicios que sean comunes á la Nación. Para todo lo demás recordemos la enérgica frase del pueblo inglés: *self-help*.

He dicho.

MANUEL PEDREGAL Y CAÑEDO.

Segun un telégrama de Alejandría, recibido á última hora, las fuerzas de Arabi han tenido que evacuar las avanzadas, cerca de Ramieh, despues de haber perdido mucha gente, y dejar muchos prisioneros en manos de los ingleses.

Este parte se halla confirmado por otro expedido de Londres con fecha 6.

## ESPAÑA Y PORTUGAL.

## III Y ÚLTIMO.

A raíz de la revolución de 1868 vió la luz pública un notable folleto con el título *Historia de una idea*, y aunque carecía de la firma de autor, advinamos por el elevado y culto estilo que campeaba en el citado opúsculo, que era debido á la elegante pluma de un ilustrado y veterano publicista, con quien nos unen vínculos de antigua amistad, y que durante el largo período de cuarenta y cuatro años, mantiene viva y perseverante su fe, en la firme esperanza de la futura union bajo un mismo cetro de los dos reinos de España y de Portugal.

Con tan bellas frases termina el Prólogo-Advertencia, de su concienzudo trabajo.

Solo discrepamos de la opinion esclarecida de tan eminente escritor, en el origen monárquico primitivo que atribuye á tan levantado pesamiento, porque hemos recordado en nuestros artículos anteriores, sobre tan importante materia, que la union peninsular republicana, nació en el mismo seno de la nacion lusitana, cuando nuestros padres se vieron obligados á emigrar al país vecino, huyendo de la tiranía de Fernando VII, que amenazaba sus cabezas, y que indudablemente las hubiera cercenado de sus hombros el verdugo, en patíbulo afrentoso.

Entonces expusimos, que vive eternamente en nuestra memoria el recuerdo de las expansiones íntimas, fraternales, de los beneméritos patriotas, que reunidos con frecuencia en el modesto hogar del autor de mis días, sintieron los más puros goces al referir sus inmensos infortunios, los incidentes más tristemente dramáticos de su tempestuosa vida, sus conspiraciones misteriosas con algunos jefes del ejército portugués, que odiaban el despotismo de D. Miguel, y de comun acuerdo aspiraban á constituir la *República ibérica*.

Pero debemos consagrar nuestro exámen del folleto á la parte que se relaciona con la última revolucion, nacida al calor de la batalla de Alcolea:

«La solución más conveniente, en su juicio, después de haber visto aclamada la monarquía en principio, era la candidatura de D. Fernando de Portugal para ocupar el trono vacante de España. Su realización, y estamos de acuerdo en este punto, debía quedar enteramente sujeta á la voluntad, á la conveniencia, á los deseos de los portugueses. Nada era más justo y político.»

Cuando visitamos la ciudad de Oporto, en algunos talleres nos admiró la simpatía y el respeto que D. Fernando inspiraba á muchos artistas, quienes espontáneamente enaltecían las relevantes dotes del padre del rey, su carácter franco y cortés, su amor al arte, y la protección que dispensaba á los que se consagraban á su cultivo. Le tributaban tambien grandes elogios por su recto proceder en el tiempo que fué Regente del reino; y en efecto, parece que ejerció este cargo supremo con beneplácito universal.

Era muy generalizada la opinion de que el ex-Regente carecía del incentivo de la ambicion, sin fascinar su alma el esplendor y el fausto de la corte; vivía en la majestuosa Lisboa ajeno á toda vana ostentacion de grandeza; saludaba con afable sonrisa al último menestral con su sombrero en la mano; consagrado especialmente á los gustos artísticos, de los que vimos algunas muestras en su palacio *Da Penna* en la encantadora Cintra. Eran unos objetos de barro y de madera, modelados con primor, que revelaban su aficion y su inteligencia en este arte; pintaba, y tambien se distinguía como músico, y se nos dijo que poseía un timbre de voz muy agradable, que modulaba en alguna ocasion, dulces armonías, en la soledad de su palacio de Cintra.

En nuestra última permanencia en Lisboa, más de tres meses, al pasear todas las tardes con nuestro buen amigo el distinguido general D. Manuel Mendoza, que se encontraba al frente de la direccion del ferro-carril construido por su primo el marqués de Salamanca, veíamos sin cesar á don Fernando, que nos dirigía afectuosos saludos, muchas veces en el paseo público.

Citamos todos estos detalles, para demostrar que D. Fernando, al parecer, amaba más la tranquilidad y la dulzura de la vida privada, que las tempestades y los sinsabores de la vida pública. La situación que atravesaba España, no debió sin duda despertar deseos ambiciosos de sentarse en un trono el que siempre caminaba á pié por las calles de Lisboa, querido y respetado por las clases populares, de lo que vimos constantes ejemplos en la época citada.

Considerada esta cuestion bajo el punto de vista monárquico que dilucida el autor del folleto, sin duda hubiera sido una solución conveniente para atraer á los portugueses, y estrechar los lazos fraternales entre las dos naciones para destruir antiguas rivalidades y desconfianzas injustas.

Naturalmente el desarrollo de este pensamiento abarcaba el porvenir, porque tendía á colocar en un tiempo más ó menos distante, la corona de España y de Portugal en la frente de D. Luis, hijo de D. Fernando.

Concebimos que los portugueses no hubieran mirado entonces con repugnancia la union ibérica, porque no debían alimentar el temor y la sospecha de que sentados los hijos de D. Fernando

en el trono de ambos reinos, España abrigaba el proyecto de dilatar su poder, anexionándose el territorio lusitano. La experiencia les habria convencido de que tan pérfido proceder era indigno del noble y proverbial carácter español, y el conocimiento mutuo de las cualidades más relevantes de los dos pueblos, desvaneciendo tan odiosas prevenciones, la confianza engendraría el afecto fraternal, que es el más sólido fundamento para establecer la union peninsular.

No podemos limitarlo á un estrecho horizonte; pensamiento tan grandioso se extiende por estas muy dilatadas, y no descansa en la base movidiza y transitoria de una dinastía, de una familia, porque las lecciones elocuentes de la historia contemporánea nos demuestran que desaparecen las monarquías, y los imperios, y solo son eternas la voluntad y la soberanía de las naciones.

¿Y cuando se trata de los intereses más respetables, de los derechos más sagrados de los pueblos, de su libertad, de su independencia, á quien compete la decision de sus destinos, más que á los mismos pueblos?

Por estas razones, no se realizará jamás la union ibérica sin el consentimiento, sin el acuerdo de España y de Portugal, en uno de aquellos solemnes momentos, de sublimes expansiones populares.

La monarquía destruyó la unidad peninsular por sus desaciertos y su tiranía.

Todas las antiguas soberanías de España se unieron poco á poco, como aconteció por el enlace de Fernando de Aragon é Isabel de Castilla. Estos reyes vencedores de los moros constituyeron la España.

Juana, la pretendida hija de Enrique IV, escitó algunas disensiones, por haber sido prometido su casamiento á Alfonso de Portugal, para unir las dos coronas y los dos reinos. Alfonso vino con este pretexto, con un ejército á atacar á Castilla y la hizo proclamar reina, pero batido después, sus proyectos se convirtieron en humo, y la desgraciada jóven, denominada por la historia *la Beltraneja*, fué sepultada en un convento.

Bajo el reinado de Rodrigo, el último rey de los godos, Portugal, que abarca en parte las provincias que los romanos comprendían bajo el nombre de *Lusitania*, cayó con el resto de España en poder de los moros, pero cuando Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon, se lanzó al combate contra los moros, Enrique, hijo segundo de Roberto, duque de Borgoña, se presentó para servir en esta guerra, y Alonso, por premio de sus servicios dió á Enrique por esposa á Teresa, su hija natural, y por dote un título de conde, todo lo que los cristianos poseían en Portugal, donde están situadas las ciudades de Braga, de Coimbra, Viseo, de Lamego, de Oporto y la provincia de Tras-os-Montes.

Le dió además el poder de conquistar sobre los moros, y de guardar para sí todo el país que se extiende hacia el Guadiana, con la condicion de que fuera vasallo del rey de Leon, que compareciera en la Asamblea de sus Estados, y que en tiempo de guerra sirviese al rey con trescientos caballos. Enrique murió en el año 1112, dejando á su hijo Alfonso en una edad muy tierna.

Durante la minoría de Alfonso, su madre se volvió casar con Fernando Paez, conde de Trastámara, que se apoderó pronto de todo el país. El jóven conde, apenas llegó á la edad viril, tomó las armas contra su padrastro, y después de haberle vencido y expulsado de Portugal, encerró á su madre en una prision.

Esta, para vengarse de su hijo, llamó en su socorro á Alfonso VII, rey de Castilla, con la promesa de cederle Portugal y desheredar á su hijo; pero éste venció en una batalla á los castellanos, y pretendió por esta victoria ser emancipado completamente de su dominacion.

En 1139 fué proclamado rey de Portugal, y derrotó á Ismar, que reinaba al otro lado del rio Tajo, y arrebató las banderas de cinco reyes moros que vinieron en auxilio de Ismar; y en memoria de esta derrota, él puso cinco escudos en las armas de Portugal. Alfonso ganó muchas ciudades á los moros, entre otras la ciudad de Lisboa en 1147, asistido para esta empresa por la armada de los Países-Bajos; pero en 1171 fué hecho prisionero por Fernando, rey de Leon, que le puso en libertad con la condicion de que le restituyera las ciudades que habia conquistado en Galicia.

Después que Alfonso extendió los límites de su reino, murió en 1185, á la edad de ochenta y un años.

El rey D. Dionis fundó la universidad de Coimbra á principios del siglo XIV.

Fernando, rey de Portugal, fundado en que Beatriz, su madre, era hermana de Sancho IV, rey de Castilla, hizo la guerra á Enrique de Trastámara, que penetró en el reino lusitano en 1373; y muerto después Fernando, dió su hija Beatriz en casamiento á Juan, rey de Castilla, á condicion de que los hijos que nacieran de esta union heredarían el trono de Portugal, lo que dió motivo á furiosas guerras á la muerte de Fernando.

El rey de Castilla entró en Portugal, y se apoderó del gobierno; y aunque atrajo á su partido algunos grandes y varias ciudades, el mayor número eligió por su rey á Juan el Bastardo, que derrotó á los castellanos en la famosa batalla de Aljubarrota en 1385.

La guerra se encendió después, hasta que fué concertada la paz entre los dos reinos en 1399, y Juan conservó el reino de Portugal. Su hijo des-

cubrió la isla de Madera en 1415. Alfonso V conquistó en la costa de Africa á Tánger, Alcázar y otras plazas.

Ya hemos indicado la lucha que se estableció entre Alfonso y Fernando el Católico, que reconquistó de los portugueses las plazas que le habian tomado; y Alfonso, desesperando de alcanzar ventajas en esta guerra, renunció á su proyectado enlace con Juana, hija de Enrique IV, ó de D. Beltran de la Cueva, y se hizo la paz, porque la guerra habia sido fatal para Alfonso, que al parecer murió del pesar de no haber podido reinar en Castilla.

Juan II abrió el camino á la navegacion de las Indias orientales, que llevó á cabo esta empresa Vasco de Gama, en el reinado de D. Manuel, que para afirmar la corona contrajo enlace con Isabel, hija de D. Fernando el Católico.

El duque de Alburquerque extendió las conquistas de los portugueses en las Indias, se hizo dueño de Malaca, Goa y otras ciudades, y de este modo Portugal se atrajo el comercio de Africa, apoderándose de los puertos y de las ciudades más importantes en la costa occidental, en la Mauritania, la Guinea, el Congo, Angola, San Thomas, y otros no ménos fecundas para su comercio en la costa occidental. Desde la embocadura del Mar Rojo hasta el Japon, Portugal acumuló riquezas inmensas.

En 1500, Americo Vesputio descubrió el Brasil donde los portugueses enviaron muchas colonias. Portugal llegó al apogeo de su grandeza en este reinado.

El rey D. Sebastian murió en su desgraciada expedicion de Africa.

A la muerte de Enrique, rey de Portugal, en 1579, Felipe II, invocando el derecho de poseer esta corona, por ser hijo de Isabel, hija del rey don Manuel, envió un ejército al país vecino al mando del duque de Alba, y se apoderó de aquel reino. La isla Tercera opuso una heroica resistencia al poder de Felipe; los franceses que quisieron defenderla, perdieron una sangrienta batalla, y Felipe se hizo dueño de la isla, de las Indias orientales y occidentales, las dos fuentes de las más grandes riquezas.

En 1640 los portugueses se emanciparon del dominio de España, cuando Felipe IV convocó á los nobles de Portugal para combatir en la guerra contra los catalanes que se habian sublevado.

Cuando se vieron armados y se comunicaron sus designios, al ver el embarazo en que se encontraba España, formaron la resoluzion de emanciparse y de proclamar rey al duque de Braganza, que fué en seguida nombrado Juan IV.

España se encontró en una situación embarazosa, en guerras abrumadoras con Francia, Holanda y Cataluña, y los portugueses se prevalieron de las críticas circunstancias de nuestra patria, para declararse independientes.

Después de haberse separado de España, hicieron la paz con los holandeses que se habian apoderado antes de una parte del Brasil y de muchas plazas sobre la costa de Africa. Esta paz no fué duradera, porque las villas y ciudades que los holandeses conquistaron á Portugal, sublevadas contra aquellos, volvieron á la obediencia de los portugueses.

Holanda volvió á declararles la guerra, y aunque se vió obligada á abandonar el Brasil, les tomó en revancha Malaca, las plazas situadas sobre las costas de Ceilan y Coromandel, y sobre la costa del Malabar, Cochín, Cananor, Ganganor y otros muchos fuertes. Los holandeses, sin duda, los habrian arrojado enteramente de Goa, si los portugueses no hubiesen concertado la paz con ellos en 1661.

España la hizo el año anterior con Francia, en la isla de los Faisanes, próxima á los Pirineos, y acometió á Portugal, más después de algunas victorias, fué batido el ejército hispano en la famosa batalla de Estremoz, en 1662, y en la de Villaviciosa en 1665. Pero las derrotas sufridas primero por D. Juan de Austria, y después por el marqués de Carasena fueron debidas principalmente al socorro que prestó Francia á los portugueses, violando lo que habia prometido en el tratado de los Pirineos, permitiendo al mariscal Schomberg, alemán al servicio de la Francia, y á otros muchos de sus capitanes de combatir á favor de Portugal.

En fin, cuando el rey de Francia invadió los Países-Bajos, España concertó la paz con Portugal, cediendo todo el derecho y todas las pretensiones que podia tener sobre este reino. Este tratado se celebró en el año 1668; y fué ratificado posteriormente, cuando por el testamento de Carlos II se designó á Felipe V para ocupar el trono de España.

La entrada de su rival Carlos de Austria en Portugal impulsó á Felipe á invadir el suelo lusitano, y tomó á Salvatierra, Cebrons, Castel-Blanco, Montalvan, y algunas otras plazas que él no guardó largo tiempo.

Al fin se concluyó un tratado para afirmar entre los dos monarcas de los dos Estados una amistad recíproca; renunciando España á todas sus pretensiones sobre Portugal, y reconociendo Don Pedro por rey de España á Felipe V, obligándose á no dar abrigo en sus puertos á los ingleses, ni á los holandeses en caso que se declarasen á favor del archiduque, pero faltó á sus deberes, porque apenas aparecieron los aliados sobre las costas de Portugal, contrajo una nueva alianza con la Inglaterra y la Holanda que firmó el 16 de Mayo de 1703.

Portugal corria mucho riesgo, si los aliados no le hubiesen comprendido en el tratado de *Utrecht*, pero viendo á Felipe V afirmado en el trono, hizo negociar un doble casamiento, el del príncipe del Brasil con la infanta de España, y el del príncipe de Asturias con la infanta de Portugal.

Los pueblos no pueden ser responsables de las ambiciones y de las iniquidades cometidas por los reyes, que han sido los promovedores de las hostilidades y del encono que divide á dos naciones hermanas. Francia é Inglaterra han explotado en su provecho tan funestas rivalidades. Los primeros han pretendido siempre dominar en Portugal. España se vió en un gran peligro despues de su desastre en *Aljubarrota*, porque los ingleses acudieron al socorro de Portugal á las órdenes del duque de Lancastre, y terminó esta querrela con la condicion de que el príncipe de Castilla celebrara su himeneo con la hija del duque de Lancastre.

Aunque Inglaterra convirtió en un mercado á Portugal, le abandonó miserablemente en la cuestion del *Cárlas Jorge*.

Portugal apenas contiene cinco millones de almas, pero su historia no puede ser más gloriosa. Hoy dejamos hablar á un publicista dotado de buena fé y de inteligencia madurada en el ejercicio de los cargos públicos que ha desempeñado en las colonias lusitanas. Aludimos al Dr. José Barboza Leao. Este concienzudo escritor dice en un folleto que vió la luz en Oporto en 1881, con el título: *O Futuro de Portugal*, las frases siguientes: «Yo, que acababa de ver, estudiar y apreciar nuestro dominio ultramarino, ví que no es sombra de lo que fué. A principios del siglo XVI no teníamos rival en influencia en el Océano Atlántico y en los mares de Oriente; hoy, ninguno hace caso de nosotros. Nuestras colonias son el país más atrasado y abandonado. Conservamos Macao, por merced de los *vinces*. Tenemos la India, un padron de nuestras glorias, por la voluntad de la Gran Bretaña. Mantenemos el pequeño dominio de Timor, porque los holandeses no nos le han disputado. El leopardo británico fijó mucho sus ojos codiciosos sobre Mozambique y Angola, y demostró haber jurado que serian su presa. Cuando se realice esa calamidad, perderemos al mismo tiempo San Tomé y Príncipe, á Guiné y Cabo Verde. La isla de Madera, todo el mundo sabe que tiene relaciones muy íntimas con los ingleses, y las Azores están ligadas á Francia, á Inglaterra y los Estados-Unidos, como á Portugal»

Y añade despues este escritor: «La situacion de las colonias no mejoró; por el contrario, empeoró, porque se inventó el medio de gastar allí todos los años sumas fabulosas improductivamente. Fué la creacion de unos estados mayores de obras públicas, á cuenta de las que se votaron este año 800 contos de reis, habiéndose votado antes 1.000 contos, algunos de los cuales fueron comidos por esos lobos, otros se afirma que no se sabe el fin que han tenido, pero en tal caso es de creer que se dieron de gratificacion á los encargados de tratar de ellos.»

Este es el tristísimo cuadro que pinta el escritor lusitano. Los sucesos recientes en Portugal demuestran evidentemente el malestar de un pueblo hermano, y los gritos repetidos de *República y paz* nos revelan las tendencias populares.

Mucho nos duele la situacion crítica que atraviesa el pueblo que nos inspira las más vivas simpatías, y abundamos con el Dr. Barboza Leao, en el pensamiento fecundo de la union económica de la Península, ventajosa para las dos naciones, y que debe consistir en la supresion de las aduanas que unan el centro de Lisboa con España por el valle del Tajo, y con Oporto por el valle del Duero, convirtiendo estas dos grandes ciudades en dos grandes emporios del comercio de la Península en el Atlántico, igualdad de banderas para las naves de los dos países, tanto en los puertos de la Península, como en los de Ultramar, y un tratado de propiedad literaria é industrial.

Estos son nuestros ardientes votos, hasta que llegue el día venturoso en que se realice la union política de España y de Portugal, que ha de constituir la sólida grandeza y la verdadera libertad de los dos pueblos.

EUSEBIO ASQUERINO.

### PENSAMIENTOS.

Quando meditamos bajo las ruinas de un monumento, que simbolizó en tiempos pasados la grandeza de un pueblo gigante, el sentimiento que conmueve nuestro espíritu es inmenso como el cielo, y grande como el amor más puro; pero es triste como el recuerdo que despiertan en nosotros los olvidados restos de un cadáver.

El hipócrita cubre con la belleza de sus palabras el egoismo de su alma. Se parece á uno de esos lagos que cubren con blanca espuma el asqueroso cieno de su fondo.

La amargura de un gran hombre, tiene muchas veces por fundamento un mal desconocido. El necio sólo llora cuando le hieren; herido, aplaca su sed de venganza con lágrimas ajenas. ¿Quién no siente más gloriosa la desgracia del génio que la felicidad del ignorante?

La última mirada de un moribundo, habla al alma con la elocuencia de la muerte.

Nada nos hace tan infelices como el desconocimiento de la dicha que gozamos.

La adversidad, como el placer, nos une á la vida. ¡Es tan puro el cielo cuando le vemos á través de nuestras lágrimas!...

Una mujer que se muere despues de habernos querido, es un astro que desaparece despues de haber iluminado el cielo de nuestra esperanza con su última sonrisa.

El primer rayo de sol, convierte en claridad las sombras de la noche, y las nubes en gotas de rocío. El primer rayo de amor, convierte en caridad el egoismo; y las pasiones en lágrimas. El amor es, pues, al alma, lo que la luz al cielo.

Admiro al hombre que habla ventajosamente de otro que es dichoso; pero elevaría sobre los altares á aquel que defendiese á un desgraciado. El hombre tiende su mano á quien puede caminar sin ayuda de nadie, y espera que el cielo proteja al miserable que sólo pide un pedazo de pan y una mirada de cariño!

Nuestro placer es una sombra que hace invisible al dolor ajeno.

Un dolor momentáneo es muchas veces una aurora que embellece el cielo de nuestra dicha.

Nuestros destinos pueden compararse á esas montañas, sobre cuyas cimas resplandecen la nieve y el aire, y á cuyos flancos se aglomeran pesadas nieblas. La esperanza resplandece en la frente del hombre, hasta que el viento del mundo arroja sobre ella la oscura nube del desengaño.

Nada hay más sublime que el amor de una madre virtuosa. Si el inocente sér que «tuvo por altar sus entrañas» padece ó llora, una mujer, que en la felicidad era pequeña, siente reconcentrado en su corazón todo el dolor de su hijo, y en su profunda pena encuentra á Dios, adivinado por el amor inmenso de la madre.

Los sentimientos que están en nosotros, parecen á nuestra vanidad grandes y nobles, mientras que los sentimientos de los demás, son, para nosotros, hijos de un censurable egoismo. El mezquino planeta que pisamos, nos asombra con sus montañas, sus desiertos y sus mares, mientras que los luminosos astros que pueblan espacios inmensos, parecen átomos de luz, próximos á desaparecer al débil soplo de los huracanes.

Nada hay fuera del alma dolorida que no sea sombrío; nada hay en ella que no sea luminoso: la naturaleza sobra cuando un gran pesar nos hace sentir el cielo!

Los extravíos de la juventud, nacen de la grandeza de un alma que, no desconfiando de sí misma, no duda de nadie.

Vale tan poco el hombre, que muchas veces apoya en la virtud la realizacion de sus proyectos más criminales: ¡Llama al cielo, y pretende encontrar en él, no á un Dios justiciero, porque éste es siempre rechazado por el temor de un alma cobarde, sino á un poderoso defensor de sus extravagantes caprichos!

La mujer pobre que resiste las seducciones de su amante, pierde el amor de su alma; la que sucumbe pierde su honra, y gana el desprecio de una sociedad que la condena sin comprenderla! Un poco de dinero haría simpática la desgracia de la que sacrificó su dicha en obsequio á su honor, y haría perdonable la debilidad de la que quizá fué débil despues de haber creído en la santidad de un juramento. Esta es la ley: la virtud solo brilla al lado del oro.

El hombre disoluto jamás procura enaltecer al caído, pero está siempre pronto á tender una mano á la inocencia para mancharla en el cieno en que él se hunde. Hay quien priva á los árboles de sus flores para tener el placer de deshojarlas.

Desconfío de la virtud que se halla bajo la salvaguardia de una llave, porque nunca falta al vicio una ventana que le muestre un horizonte, ó un estrecho rincón que le ofrezca un poco de sombra.

La esperanza es la luz del alma que nos hace entrever por un momento la divina belleza de una felicidad eterna, á la manera como el rayo nos permite entrever el cielo por un claro de las nubes que le oscurecen.

Todos se burlan de los enfados del niño, sin comprender que muchas veces tienen toda la pureza de la inocencia y toda la fuerza de las primeras resoluciones. Si los hombres tuvieran presente que el cariño más puro sólo nace de la armonía de los sentimientos de dos almas, habría menos indiferencia en el corazón de los hijos que son niños, y menos lágrimas en los ojos de los padres que son viejos!

La supersticion es un velo que da sombra á la virtud de un alma. La tiranía es un manto fúnebre caído sobre la libertad de un pueblo.

Yo he visto reflejada en un espejo la hermosa luz de los ojos de una mujer enferma. Aquella luz, mezcla quizás de la pureza de un corazón dolorido y de las lágrimas de unos ojos que se cerraban bajo el peso de la muerte, hizo nacer en mí un dulce presentimiento, parecido al que experimenta el alma cuando posamos nuestros labios sobre los labios del cadáver de un sér querido. ¿Por qué odiamos la vida cuando sentimos sobre nuestra cabeza el peso de una mano moribunda?

No hay calma ni tempestades en la naturaleza; en el alma están el rayo que mata y el resplandor que vivifica.

Un génio vive eternamente en sus obras, jóven y hermoso como sus sentimientos.

El olvido es patrimonio del hombre; la humanidad nunca es ingrata.

Quando somos dichosos nada mitiga el sentimiento que tenemos de la inestabilidad de las cosas humanas, mientras que, en nuestro dolor, la esperanza sustituye al recuerdo del placer perdido. El buque arrastrado por vientos favorables, camina sobre encontradas corrientes, ocultas bajo una débil capa de murmurante espuma; la nave azotada por las olas y por los vientos, mira al faro que luce sobre una roca para anunciar al conmovido navegante la presencia de una tierra hospitalaria.

Las primeras satisfacciones de la vida son los primeros dolores.

Nada podrá levantar de su postracion al alma que siente el peso de la virtud de los demás.

Siento insultos que nadie me dirige, y desengaños que no me hieren. Siento un dolor que no tengo; otros le tienen y no le sienten.

¿Quién llora? La felicidad agena profana nuestra desgracia, porque no la comprende. A semejanza de esas ruinas, que pierden su belleza al ponerse en contacto con el aire, la melancolía, que es la única belleza del alma, se marchita al contacto de una mano que se finge amiga. Por eso oculto con sonrisas mis dolores.

Fuí siempre amigo del mar, porque sólo su inmensidad puede hacerme olvidar mis recuerdos. Ante la majestad del cielo y de las olas, el alma permanece muda.

Nuestras ilusiones se asemejan á los objetos que vemos en el cristal de un espejo: nada los empaña, pero nadie los toca.

Las horas de dolor no son infructuosas; durante ellas el mundo está lejos, muy lejos de nuestro deseo, pero Dios está cerca, muy cerca, dentro de nosotros mismos.

La grandeza del hombre tiene una tristísima semejanza con los arruinados muros de uno de esos castillos edificadas sobre escarpadas rocas. Desde lo más alto de las murallas caen piedras que se sumergen en un torrente, ó se ocultan bajo la espesa maleza que cubre algun terreno inculto: la mano del tiempo se encarga de despojar á las obras humanas de lo que fué orgullo del hombre. Poco despues, de aquellas imponentes fortalezas, sólo encuentra el viajero algunas piedras, sobre las cuales se deslizan asquerosos reptiles, ó se oye el chirrido de algunas aves, eternas amantes del silencio y de las ruinas. El viajero que remueve el polvo con su planta para encontrar vestigios de un antiguo poderío, piensa al sentirse abatido:—¿Quién llevará pegado á sus piés el polvo de mis huescos?

El árbol se parece al hombre: durante la primavera la brisa embalsama y refresca sus hojas; en el invierno caen éstas, dejando su puesto á la escarcha, y los perfumados céfiros van en busca de otros cielos y otros climas.

No nos hieren las afrentas, sino el desconocimiento de la idea que tenemos formada de nosotros mismos.

Para el jóven el tiempo es ligero como el deseo y hermoso como la esperanza; para el viejo es pesado como la muerte y triste como el recuerdo. Muchos, muchísimos hombres miran á la tierra para encontrar en ella su dicha; pocos, muy pocos miran al cielo para encontrarla en Dios.

A la mitad de su carrera piensa el hombre que sus recuerdos pueden embellecer el ocaso de su vida. ¿Quién no desearía conservar la primavera con sus aves, sus flores y sus brisas, para templar con ella los rigores del aterido invierno?

El hombre, antes de llegar al cielo, abate su frente y pasa sobre los restos de sus quimeras.

En la sombra leemos mejor la historia de nuestra vida. Iluminemos esa sombra con un rayo de felicidad... ¿qué queda? Un cielo y un mundo, aquél oscurecido por un velo en el que trabaja la humanidad entera. Echemos sobre ese cielo oscurecido un rayo de dolor... ¡Ah! El mundo ha desaparecido: solo quedan Dios y el alma.

El amor á Dios, el amor á la mujer, el amor á la patria y el amor á la madre, forman la sintesis gloriosa del espíritu humano. Estos sentimientos, herencia de todos los pueblos, patrimonio de todas las conciencias, código augusto

impreso en el corazón del hombre con indelebles y misteriosos caracteres, desfallecen en la inacción vergonzosa producida por las pasiones, y se engrandecen y purifican cuando el dolor los combate, á la manera como se purifican y engrandecen las devorantes llamas de un incendio cuando el viento las desprende de la tierra para convertirlas en agitas y luminosas espirales.

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

## UN PRÓLOGO.

(Conclusion.)

Realmente para el marqués no hay argumento pequeño. Por concreto, reducido ó insignificante, que á primera vista parezca, su rica imaginación hallará seguramente medio de ennoblecirlo y ensancharlo; y esto, no diluyendo el asunto en lánguidas ampliaciones, sino relacionándolo con otros mil más ó menos conexos, pero traídos siempre con discreta ingeniosidad, y hallando motivo de hacer ostentosa gala de sus variados conocimientos y vasta erudición. De todo, absolutamente de todo hay en la animada narración objeto de este ligero análisis; de geografía, de historia, de filosofía, de política, de indumentaria, de arte culinario, de costumbres antiguas y adelantos modernos. Y todo viene como por la mano; tan oportuna y artísticamente presentado, que el lector, muy complacido, se deja ir por donde el autor le quiere llevar. Trátase de la descripción del tipo de la manchega... ¿Qué importa al que lee llegar tarde ó temprano al punto principal? No es la prosa del marqués de las que fatigan, y harto interés encierran para tener suspenso el ánimo los capítulos *La Mancha*, *La mujer echada en casa*, *Ordenes militares*, *Don Quijote redivivo*, *Cantares y seguidillas*, que sirven de extensa preparación para entrar en los tres hermosos y dramáticos cuadros, en que ya se nos ofrece á la manchega en tres tipos diversos, pintados de mano maestra. ¿Qué tres condiscípulas, la Mostillera, la sobrina del Corregidor y la Condesca! ¡Qué bella y simpática figura la de la santa hidalgas, aunque sólo la conozcamos por los recuerdos del calatravo y la gráfica relación de Villora el mulero! Y ¡qué retrato á lo Van Dick, el del mismo calatravo! ¿Quién puede olvidar aquella noble figura, cuyo «espeso y rizado cabello más parecía eucanecido por adorno que por vejez;» aquel ejemplar de caballero á la antigua, «más que á los estudios y especulaciones del entendimiento, aficionado á la caridad y á los ejercicios corporales;» apegado al solar, viviendo en sus tierras, rindiendo culto á sus timbres nobiliarios y á la honra heredada de sus abuelos, pero sin asomo de hinchazón; llano, accesible, pródigo de su riqueza con los pobres, querido y respetado del pueblo, y no creyendo deslustrar su venera, tomando, no obstante sus canas y sus pergaminos, parte en el baile de casa de su ahijada la Mostillera, el día de su boda con el contrabandista. Bien se ve que el autor se ha gozado en la pintura del calatravo, presentándonos, lo que no ha debido serle difícil perteneciendo á ella, no un sér peregrino y excepcional, sino un tipo verdadero de la nobleza española, ó á lo menos tal cual era todavía hace cincuenta años; franca, religiosa, caritativa y popular.

Mucho hablamos ahora de igualdad y de democracia; pero ¡qué nobleza más democrática, si es lícito juntar estas dos palabras, que la española! ¿Ni cuándo ha habido aquí esas barreras entre las clases, que vemos aún en la libre Inglaterra ó en la aristocrática Alemania? Ya nos podríamos contentar con que los que hoy se llaman á sí propios demócratas, como se llamarían príncipes ó reyes, descendiesen un poco de su olímpica vanidad, y se pareciesen, en lo benéfica y sencilla, á nuestra rancia nobleza.

Volviendo á *La Manchega*, diré desde luego que de los tres ejemplares que nos presenta el marqués, con ser todos tan bellos, naturales y acabados, el que á mis ojos encierra mayor hechizo, es el de la mostillera. En pocas páginas y en una serie de breves cuadros en que rebosan el sentimiento y la vida, ha desarrollado el marqués una verdadera novela, llena de interés dramático y de color local. La historia de la mostillera mueve y cautiva como las patéticas relaciones de Fernán Caballero, á las cuales en cierto modo se parece. No que el marqués haya copiado en nada á la célebre novelista; mas por la índole de su fábula, por la calidad de los personajes, por las costumbres que describe, por los delicados sentimientos que pone en juego, y hasta por los cantares con que sazona su narración, no es posible leerla sin recordar á la autora de *Simon Verde*, *La Gaviota* y *La familia de Alvareda*. Pero si en el fondo hay las analogías indicadas, no así en el estilo, en que profundamente difieren ambos escritores. De buen grado transcribiremos aquí el retrato de la garbosa manchega ataviada con las galas de novia cuando va á desposarse con el contrabandista; mas no habría razón para citar este pasaje y no otro cualquiera: las páginas de la mostillera no tienen desperdicio.

Como ya indiqué antes, la pluma del marqués no se ha ejercitado en obras de imaginación solamente; y graves trabajos de historia, de erudición y crítica literaria ocupan buena parte de la presente publicación. Ya desde 1836 en que dió á luz

su opúsculo sobre *La coronación de nuestros reyes*, se advierte su afición al estudio de los anales patrios y á las investigaciones históricas; afición que creció con la edad, y de que son brillante testimonio varios de sus escritos.

En el bello discurso que desde la silla presidencial del Ateneo dirigió el marqués á aquella sociedad, ha ya algunos años, declaró sencillamente que no era filósofo; lo cual ciertamente no quiere decir que no conozca á los grandes pensadores cristianos (hartas pruebas tiene dadas de lo contrario), ó no esté al corriente de las evoluciones del espíritu humano en la época actual; sino que, como ya manifestó otras veces, no cree en la eficacia de la razón, sin el auxilio de la fe, para iluminar la conciencia ó satisfacer las aspiraciones del alma; ni fuera de las doctrinas del Evangelio ve remedio á los males que afligen al mundo.

Sin duda por su escasa afición á vagas é inciertas teorías, el marqués, en sus estudios históricos, se muestra más inclinado que á generalizaciones y aventuras síntesis, á investigaciones eruditas sobre puntos determinados, ó al esclarecimiento de personajes y sucesos poco ó mal conocidos. Más que á buscar en lo pasado los derroteros de lo porvenir, se complace en realzar y divulgar nuestras glorias. Dijérase que el amor patrio lo impulsa y lo guía, y que, al revolver códices, anales y antiguas crónicas, su principal deseo es acrecentar el brillo del nombre español. ¿Habré de probarlo? Léanse sus preciosas cartas sobre Avila, en que, bajo su animada pluma, reviven los héroes y los santos de aquella augusta ciudad; léase el discurso sobre Elche, hermoso cuadro de la historia de España, visto desde las palmeras de aquel afortunado suelo; léanse los artículos en que nos traza las vidas de Roger de Lauria, Colón, Isabel la Católica y otros escelsos personajes de la Edad pasada.

Donde más cumplidamente se revelan las peculiares dotes del marqués para esta clase de trabajos, es en el extenso y erudito informe que escribió, por encargo de la Academia de la Historia, sobre el códice presentado á la misma con el título de *Crónica del Rey Enrique de Inglaterra*, códice que dió á luz aquella docta corporación con las ilustraciones del marqués, y que ahora, entre las obras de éste, sale reimpresso de igual manera.

Siguiendo las tradiciones y altos ejemplos de la noble Academia, donde tantos sabios historiadores tienen asiento, el marqués, á quien jamás arredran las asperezas del camino, y las dificultades parecían como que aguzan y avivan su ingenio, dió con su concienzudo informe nueva muestra de competencia y valer en este linaje de empresas.

Compulsando el códice, cuya importancia estaba llamado á apreciar, con otros de la misma especie, y examinando preciosos documentos en nuestros archivos y bibliotecas, y trayendo oportunamente á colación antiguas crónicas, ignoradas correspondencias é historias españolas y extranjeras, si no logró fijar exactamente la fecha en que fué escrita la *Crónica del Rey Enrique*, probó de un modo que no deja lugar á duda, que debió serlo á mediados del siglo XVI, y por consiguiente antes que la Historia del cisma de Inglaterra, del padre Rivadeneira; si no llegó á rastrear quién fué su verdadero autor, convence el ánimo con sagaces inducciones y claros razonamientos, de que otro no pudo ser que alguno de los aventureros españoles que asistieron con el duque de Alburquerque al sitio de Bolonia y pasaron luego á la Gran Bretaña, quedándose allí á sueldo de Enrique VIII y de su sucesor Eduardo VI.

Pero si no le concede la fortuna dar con el verdadero autor, aunque cerca le anda, en cambio con un inesperado descubrimiento, le otorga una de aquellas satisfacciones cuya viveza é intensidad solo un erudito es capaz de sentir y comprender.

Entre los mercenarios á sueldo de Enrique VIII, halla el marqués un tal Julian, bizarro tipo de nuestros aventureros del siglo XVI, hombre de temple y de brío, pródigo de lo suyo y de lo ajeno, atrapado hasta los ojos, pendenciero al extremo de hacer una excursión al continente sólo para batirse en duelo con uno de sus paisanos y camaradas; y con todo eso, flojo en la disciplina, y más libre de lengua de lo que á su posición conviniere; costándole imprudentes palabras en que motejaba de herejes á sus señores, ser acusado ante el Consejo de Regencia, de cuyo grave apuro, merced á su feliz estrella, logró salir sano y salvo.

El tal aventurero, aunque capitán Julian á secas en el manuscrito, desde luego cautiva la atención del marqués; y estudiando su carácter y circunstancias, y combinando fechas y sucesos, asáltanle vehementes sospechas de que este oscuro soldado de la misma patria y madera que los Almagro, los Mina, los Morillo, y tantos otros del propio jaez, no sea el mismo que el célebre capitán Julian Romero que toma parte en la batalla de San Quintín el 10 de Agosto de 1557, y que diez años después aparece de maestro de campo sirviendo al Rey en Lombardía.

Muñoz Soliva, paisano y biógrafo del capitán Romero, nada sabe de su vida antes de 1554. El marqués, no obstante sus atinadas inducciones y su convicción moral, no acababa de hallar de un modo irrefragable el lazo que une al mercenario de Inglaterra y al célebre capitán y maestro de campo. Así que solo se aventuraba á hacer indicaciones y conjeturas... Pero dejemos aquí hablar al mismo marqués: «Juzgen ahora los curiosos

cuál sería mi alegría, cuando en el Códice letra I, número 198, al margen del epígrafe del capítulo LIX, leí en letra de la época esta anotación: *Desafío y combate de Julian Romero y el capitán Mora*. He aquí con un testigo de mayor excepción, por ser coetáneo, probada la exactitud de mi sospecha.»

Aparte del feliz hallazgo, el trabajo del marqués es apreciableísimo por los datos y noticias que reúne sobre los últimos días de la Reina Doña Catalina de Aragón, rectificando ó completando las narraciones de eminentes historiadores. Lo es también por llamar la atención de los doctos sobre un vacío de nuestra historia militar; no teniendo-se aún más que vagas é incompletas noticias sobre aquellas tropas de aventureros españoles, que de Flandes pasaban á Inglaterra, como las mesnadas de los condottieri italianos, y puestos al sueldo de aquellos reyes tomaban participación en guerras y disensiones, dando siempre gallarda muestra, si no de rigurosa disciplina, de arrogancia, firmeza y valor.

La Crónica del Rey Enrico va acompañada de numerosos apéndices, que, en junto, valen tanto ó más que el libro que ilustran. Entre ellos los hay tan interesantes como el marcado con la letra P., en que el marqués, teniendo á la vista los nobiliarios y genealogistas españoles é ingleses, compendia la curiosa historia de Lady Willoughby, ó sea Doña María de Salinas, la noble dama que acompañó á Inglaterra á la desgraciada Doña Catalina de Aragón, y que fué hasta la muerte de esta princesa su más fiel y devota amiga.

Del mismo género que el estudio de que acabo de hablar, aunque de fin diverso, y emprendido igualmente por encargo de otra Academia, la Española, de que era entonces el marqués dignísimo director, es el que lleva por título *La Sepultura de Cervantes*. La Academia, no obstante su convicción moral de que los restos del príncipe de nuestros escritores yacían enterrados en el convento de las Trinitarias de Madrid, deseosa de tener pruebas que en lo posible confirmaran su creencia, encomendó el hallarlas y reunir las á quien sabía de antemano que había de salir airoso del empeño. Y, en efecto, no quedaron frustradas las esperanzas de la ilustre corporación. El marqués no perdonó medio de esclarecer el asunto. Como él mismo refiere, las oficinas públicas, el archivo del Ayuntamiento de Madrid, el de Simancas, otros de particulares, las bibliotecas Nacional y de Palacio, las crónicas, la tradición, la literatura, todo lo puso á contribución, y en verdad que logró pingüe y sazonado fruto; pues dando amplitud al tema de la Academia, produjo un curioso é interesantísimo libro, que bien podríamos llamar de historia anecdótico-literaria de la primera mitad del siglo XVII; libro que, á pesar de hallarse empedrado de citas y de fechas, está todo dispuesto con tal arte y discreción y tan galanamente escrito, que resulta de amenísima y sabrosa lectura.

Si el autor se hubiera ceñido á rectificar el erróneo aserto de D. Martín Fernández Navarrete, probando (lo que le era fácil, una vez en su poder el precioso *Códice de las vidas de las religiosas*) que la traslación de la comunidad á la calle del Humilladero no se verificó hasta el año de 1639, no habiendo sido posible, por lo tanto, que Cervantes, fallecido en 1616, fuese enterrado en otro convento de Trinitarias que el que á su muerte existía en Madrid, la opinión de la Academia habría quedado plenamente acreditada; pero el marqués que, al par que erudito, es poeta y artista, dejándose llevar de su temperamento literario y engolfándose en las incidencias del asunto, engrandeció el cuadro, y mezclando á los datos que le suministran sus pacientes exploraciones los vivos colores de su privilegiada fantasía, hace desfilar á nuestra vista los más conspicuos personajes de la época: Felipe III, el duque de Lerma, su tío el Arzobispo de Toledo, el *gran conde de Lemos*, protector de Cervantes; el conde de Saldaña, que tenía en su aposento academia de poesía; el marqués de la Laguna, la segunda mujer de éste doña María de Villena y Melo, el duque de Sesa, el marqués de Povar, la marquesa de la Tela, el Fenix de los Ingenios, Calderon, el padre Ortensio Paravicino, y cien personas más, todas relacionadas por algun modo con el humilde convento de la calle de Cantarranas y la sepultura de Cervantes.

El marqués, con su pintoresco estilo, nos describe el oscuro y olvidado entierro del manco de Lepanto, cuyo féretro trajeron en hombros al sagrado recinto cuatro hermanos de la Orden Tercera á que el finado pertenecía: «Estaba, dice, amortajado con el sayal de San Francisco; no llevaba cruzadas las manos, con la diestra empuñaba una cruz, á guisa de espada.» Luego pasa á considerar la diferencia y contraste entre aquellos pobres funerales y los fastuosos é inusitados que el pueblo, el clero y las órdenes monásticas tributaron al Fenix de los Ingenios, ante cuyo túmulo,

«cifra hermosa del arte en rasgos de oro,»

ofrecieron el Santo Sacrificio tres Obispos, y cuyas alabanzas pregonaron desde el púlpito los más célebres predicadores. Tiene razón el marqués: aquello fué un triunfo más que un entierro. Lo cual no quita para que la misma dolorosa miseria encerrasen ambos féretros.

Confieso que de todo el libro, lo que más me interesa es la hija de Lope, sor Marcela de San Fé-

lix, que, dechado de gentileza y discrecion, amor y encanto de su padre, y halagada por los esplendores del mundo, á los diez y seis años, sin haber sufrido penalidad ni probado amargura, por mera vocacion corre á sepultarse en un convento; y luego en la soledad del claustro, digna hija del Fenix de los Ingenios y émula de la doctora de Avila, describe en fáciles é inspirados versos sus deliquios y arrobamientos, y compone romances, como el de *La soledad de las celdas*, en que hallamos esta sencillez y elevacion de conceptos:

En la soledad se quitan  
las nubes grandes y opacas,  
y el alma, llena de luz,  
toda la verdad abraza;  
En la soledad se vencen  
las pasiones mal domadas,  
los sentidos se componen,  
los apetitos se matan.  
.....  
Que la celda material  
ha de servir como caja  
que guarde la interna celda  
donde el esposo descansa.

Imperdonable seria, tratándose de los estudios de historia crítica y literaria del marqués, pasar en silencio el prólogo, mejor dicho, el libro con que ilustró la notable version al castellano de la *Divina Comedia*, hecha en igual clase y número de versos (verdadera obra de benedictino), por su amigo y compañero el señor conde de Cheste. El tema se prestaba, sin duda; y el filósofo, el católico, el poeta, el artista, el erudito, el apasionado admirador del vate florentino, hallaban vasto campo en que explayarse al tratar del grandioso poema, que encierra y resume en sí uno de los más interesantes períodos de la historia de la humanidad. Ciertamente se ha escrito mucho sobre él, y que desde Boccaccio á Lamennais es ya larga la lista de intérpretes y comentaristas que se han propuesto explicar su sentido literal ó el esotérico, así como el propósito del autor y las tendencias del libro; pero esto no amengua el valor de la obra del marqués, que con excelente método y sana crítica ha recogido lo mejor de lo que otros han dicho, y aun puesto de su propia cosecha, si no en los datos y noticias, en la arte dialéctica y doctrinal de su trabajo.

Tomando el asunto en grande, y tratándose de una manera general y comprensiva, el marqués, en su animado estilo, nos refiere el estado político y social de la Península itálica desde el nacimiento de Dante, en 1265, hasta su muerte, en 1321, proscrito y desgraciado, lejos de su ingrata patria.

Para los que no quieran meterse en honduras, ni tengan tiempo de consultar los comentadores del Dante (que será la mayor parte de los lectores), el estudio del marqués es verdaderamente útil; pues en cuanto lo hayan leído, se hallarán con la debida preparacion para aventurarse entre las sinuosidades del poema, sin verse obligados á recurrir á cada paso á las notas ó á algun Diccionario enciclopédico.

La dilucidacion que hace el marqués de la parte intrínseca de la obra, es á saber, de su espíritu, de su tendencia, de su doctrina teológica y política, no puede ser más acertada para guiar y precaver al lector desprevenido. La *Divina Comedia*, por su misma índole universal y simbólica, por algunos errores históricos en que incurrió el autor, y hasta por sus audacias y desahogos apasionados contra los Papas Nicolás III, Bonifacio VII y Clemente V, que ocuparon la Sede Romana en vida del poeta, ha sido un arsenal de donde han solido sacar armas, tanto los enemigos como los defensores del Pontificado; no habiendo faltado entre aquellos quienes hayan querido convertir á Dante en herejía. Este punto importantísimo de historia religiosa, política y literaria, que se enlaza á tan áridos problemas, planteados y no resueltos aún, desde el tiempo del vate florentino, está ampliamente esclarecido por el marqués; el cual, católico tan fervoroso como amante de la libertad y apasionado del poeta, defiende con irrefutables argumentos, y cubriéndose con excelsas autoridades, que en la parte teológica del poema nada hay contrario al dogma cristiano; y así mismo prueba con los propios versos del Dante su respeto y veneracion á la Santa Sede, á pesar de los resentimientos del gibelino.

Avete il vecchio e il nuovo Testamento  
E il Pastor de la Chiesa che vi guida:  
Questo vi basti á vostro salvamento.

El marqués combate naturalmente los juicios de Rosseti, Foscolo y Lamennais sobre el Dante; lo cual no significa que sea enemigo de la libertad de Italia; la quiere, como la han querido César Cantú, Manzoni, Gioberti, Azeglio y otros insignes católicos, no creyéndola incompatible con la Santa Sede. Desgraciadamente el problema está todavía por resolver. Los güelfos y gibelinos de la presente edad no parecen más dispuestos á concertarse y avenirse que los del tiempo de Dante.

Por último, pocos habrá, como el marqués, que tanto hayan sobresalido en la elocuencia académica, donde ha obtenido verdaderos triunfos. El posee, como nadie, el arte de componer discretos y elegantes discursos, y sabe además leerlos en público con gran lucimiento y expresion.

Nada más bullicioso y animado que cualquiera de las Academias el día en que el marqués debe

pronunciar una de esas elocuentes y amenísimas oraciones que tan merecida fama le han conquistado. El salón viene estrecho al brillante concurso que en él se apiña. Las damas de la aristocracia, los hombres públicos de más nota, prelados de la Iglesia, diplomáticos extranjeros, los más conspicuos representantes de las letras y de las artes, poetas, actores, periodistas; todo lo que Madrid encierra de más noble, ilustrado y distinguido, acude con avidez á admirar la agudeza de ingenio, el variado saber y las galas en el decir del noble académico.

El estilo elevado y un tanto solemne con que suele empezar sus discursos, fija desde luego la atencion; pero no haya miedo de que el orador, obstinándose demasiado en la misma nota, acabe por cansar y adormecer al auditorio: con arte sumo recorre todos los tonos; y tan conocedor del corazón humano como de los recursos y primores de la lengua, sin violencia ni esfuerzo pasa de lo grave y levantado á lo sencillo y natural, de lo serio á lo humorístico, de lo sentencioso ó doctrinario á lo anecdótico y ligero. La imagen, el símil, la figura brotan como espontáneas flores de su pluma meridional. Para el marqués, ya lo hemos dicho, no hay tema pequeño, y al más leve estímulo su impresionable imaginacion se enardece y vuela en todas direcciones. Nadie como él para descubrir analogías y coincidencias entre cosas opuestas ó discordantes, y con frecuencia se complace en paralelismos y comparaciones, que aun no siendo, á veces, de rigorosa exactitud, siempre deleitan por la novedad y el ingenio. Hé aquí un bello ejemplo de este peculiar estilo. El marqués describe en una carta las catacumbas de Roma. «No solo no hay cruces, dice, pero ni aun siquiera flores: como estamos debajo de tierra, no hay más que semillas. La Providencia, que sacó de estos arenarios ladrillos para fundar la Roma pagana, puso tambien aquí la verdad para edificar la Roma cristiana.» ¡Qué elevado y conceptuoso pensamiento, y en qué noble forma expresado!

Su importancia social, la autoridad de su nombre, su benevolencia característica y sus múltiples relaciones con escritores y artistas, han sido causa de que muchos de ellos al tomar asiento en las Academias, por afecto los unos, por estimacion los otros, todos por acrecentar lo solemne y lucido del acto, hayan solicitado la honra de ser recibidos por el egregio prócer. De aquí el considerable número de discursos sobre tan diversas materias por él pronunciados; algunos de verdadera importancia, amenísimos y discretos todos y modelos de dición elegante y castiza.

Hasta aquí el vasto cuadro de sus obras y las prendas del escritor. En cuanto al hombre, todos conocen sus finos modales, su afable sonrisa, su porte señorial. Por su tipo meridional y expresivo semblante, bien se ve que el ardiente sol de las comarcas del Júcar iluminó su dorada cuna.

El hábito de Calatrava sienta mejor al aire de su persona, que el bordado uniforme; y cuando lo hallamos en los Divinos Oficios, entre otros caballeros, grave la faz, y tendido el manto sobre los hombros, nos parece que estamos viendo, mezcla de monje y guerrero, á algun antiguo prior de la ínclita Orden.

A pesar de que habla á menudo del peso de los años, y en efecto debe tener algunos quien ya en 1829 era aficionado á declamar escenas trágicas, cualquiera que lo vea ágil y apuesto ginele acompañar bellas amazonas en los paseos, ó lanzar vehementes apóstrofes al Ministerio desde los bancos de la oposicion en el Senado, ó trasnochando en aristocráticos salones, fácilmente se convencerá de que, sin ser ya jóven, está lejos de ser viejo todavía.

Tambien suele á veces quejarse en sus escritos de amarguras y desengaños. ¿Quién no los tiene en la vida? Pero ¡cuán pocos hay que hayan sido tan halagados de la fortuna! Salud, altos dones del espíritu, felicidad doméstica, encumbrados honores, merecidos aplausos, todo lo ha obtenido el marqués. Es verdad que allá por el año de 1854, merced á las vicisitudes políticas, se vió obligado á emigrar, viajando entonces por Italia en la grata compañía de su discretísima consorte, y estableciéndose luego por algun tiempo en París. Pero ese azar de su vida pública fué sin duda bastante dulcificado por la simpática y obsequiosa acogida que halló en todas partes, y tambien debió serlo por el derecho que adquirió de quejarse en sentidas y elegantes epístolas, en prosa y verso, que aumentaron el brillo de su gloria literaria.

El rozamiento de intereses y la pugna de la vida suelen producir émulos y advesarios; ignoro si el marqués tiene algunos; lo que sí me consta es que su nombre inspira general consideracion; que todos respetan al caballero, honran al hombre público y aplauden y alaban al brillante orador y al egregio poeta.

ENRIQUE R. DE SAAVEDRA,  
Duque de Rivas.

#### LAS LETRAS GERMANAS.

La historia literaria de los pueblos del Norte en el movimiento del desarrollo europeo, se encuentra retrasada con relacion á la de los pueblos del Mediodía.

El siglo XVII es la *edad de oro* de las letras en Alemania, época en que aparecieron en su hori-

zonte Klopstock, Wieland, Lessing y Goesner que abren la marcha ilustrando el primer período; luego Goethe cuyo génio descubre caminos enteramente nuevos; y el gran Schiller y los Stolberg, en sus géneros respectivos, que vienen de seguida á enriquecer con monumentos la literatura germánica, en cuyo seno se encuentran los ilustres nombres de Herder, de Muller y los Schlegel, sobre los cuales brilla la personalidad de Kant que alumbró á la humanidad la senda del porvenir con la luz purísima de la *Razon Pura*.

Universal la reputacion de los nombres citados, bien merece la reseña histórica de los tiempos y las circunstancias que concurrieron al desenvolvimiento de una etapa que mirará con debido respeto la posteridad.

A la caída del imperio romano, las invasiones de Occidente tuvieron su flujo y reflujo, mientras se formaba la nueva civilizacion, en el choque de la antigüedad decadente con las nuevas fuerzas de lo que en su orgullo postrero apellidaba *barbarie*, como apóstrofe de la muerte, la Roma de los Césares.

Alemania, raza y nacion á la vez potente y reflexiva, la *Germania Mater* segun Tácito, se inicia insensiblemente en el movimiento del progreso comenzando á ejercer influencia desde la época de Carlo Magno en que extiende la enseñanza al mejorar los métodos en la lengua latina dominante aun sobre los dialectos que más tarde formarían la lengua alemana.

Bajo los Hohenstauffen es cuando empieza á bullir la literatura nacional, época en que el génio germánico se enciende al soplo de la poesía caballeresca que lleva hasta allí el canto de los trovadores provenzales.

Federico Barba-Roja, Enrique VI, Federico II, Conrado y Conrado, protegieron el movimiento literario, y la poesía fué cultivada entre las más altas clases de la sociedad sirviendo de medio á algunos hombres para alcanzar honores y fortuna.

Los *Minnesoenger*, á semejanza de los trovadores, aparecieron en todas las reuniones más brillantes para deleitar con sus cantos de amor. La *lírica* apenas dejaba lugar á la *épica* que comenzaba á incubir los *Nibelungen*, poema popular que resume los hechos nacionales y los nombres históricos de Hermanrich, Atila y Teodorico, y el cual se atribuye á Enrique de Ofterdingen que vivió en el siglo XIII. Las crónicas carlovingias, y las tradiciones caballerescas de *Arthus* y la *Mesa Redonda* (conocidas ya de los Anglo-Sajones) dieron nacimiento á la poesía heroica, mientras algunos imitadores de la antigüedad hacían versiones serviles en la lengua vulgar. Veldeke escribió una *Eneida*, y Conrado de Wurtzbourg compuso una *Guerra de Troya* y la *Expedicion de los Argonautas*.

Desde la caída de los Hohenstauffen hasta el siglo XIV en que la literatura alemana toma carácter propio, hay una laguna notable; pero ya en esta época las letras revisten un sello particular.

La poesía, en vez de permanecer encerrada en los castillos de los nobles al servicio de los ocios feudales, baja á buscar expansion entre los artesanos de las villas; y Maguncia, Straburgo y Nuremberg, abrieron concursos poéticos á los Menebrales. De aquí este nuevo orden de poetas que tomaron el nombre de *Meistersoengers*, cuya influencia en la civilizacion fué profunda, porque sus composiciones, como de origen plebeyo, retrataban la fisonomía de las costumbres populares. Estos Maestros-Cantores no hacían mención de los altos nombres de personajes en sus fugitivas canciones, sino que, con el tono y ajuste de la sátira, combatían, contando, las querellas que entre sí sostenían las villas unas con otras. Su carácter marcadamente lugareño fué causa sin embargo de su importancia histórica.

La prosa alemana en tanto se desarrollaba con más vigor que en otras naciones, tomando un carácter grave y austero por su forma, para contar, con interés la historia, en *Crónicas*, al mismo tiempo que se hacia didáctica con la teología y la jurisprudencia, y en lugar de largos poemas se consagra á rimar todo género de acontecimientos, multiplicando hasta el infinito cantos populares y canciones guerreras. La escuela de Tauler puso en boga los *Cánticos* y los *Misterios* imitados, como en Inglaterra, de los *Autos Sacramentales* españoles, que trajeron á su vez, y en pos de sí, las *Farsas*, *Mascaradas* y Piezas de Carnaval por el lado burlesco para complemento de la dramática que ya fundaba las bases del teatro en Alemania. La prosa continuaba adquiriendo ligereza y soltura ejercitándose en la traducción. Muchas obras fueron *translatés*, como se decía en lengua germánica, del francés como del italiano (las obras de Petrarca entre otras) y muchas de ellas serias, con objeto de propagar conocimientos. Pero estaba reservado perfeccionar fijando la lengua al génio de Martin Lutero, que fundia los dialectos del alto y bajo alemán para propagar su doctrina, formando un idioma nacional con intento más trascendental que lo hicieron Shakespeare en Inglaterra y Dante en la Italia del Papado y el Imperio.

#### II

La regeneracion intelectual toca al siglo XVI bajo la influencia del *Renacimiento*.

Su influencia portentosa hizo volver hácia los modelos de la antigüedad la vista del pueblo ale-

man. Las obras maestras literarias fueron objeto de atención por parte de los primeros talentos que se pusieron a la cabeza del movimiento intelectual reformando el método de enseñanza en las escuelas.

Erasmo de Rotterdam, Reuchlin y Melancthon, fueron gloria de su época, y con sus lecciones en que inspiraban á sus discípulos el gusto por los clásicos y griegos latinos, produjeron una generación sabia que fué la base de la regeneración completa del pueblo germano.

Las Universidades establecidas en Jena, Strasburgo, Malbourg, Altorff, Koenigsberg, Helmstadt; y los colegios de Bremen, Frankfurt, del Mein, Meissen, Dantzig, Breslan, Berlin y Pforta, se hicieron célebres en el mundo; y distinguieronse como eruditos, entre los geógrafos Peutinger; como filólogos, los Sturm y Camerarius; en filosofía Justo Lipsio, Paracelso entre los médicos, y como astrónomo Copérnico, y los Gessner como naturalistas.

Y en medio de este gran movimiento intelectual estalló la reforma. El estandarte levantado por Lutero contra la Iglesia Romana, no hubiera logrado grandes fines sin esta preparación en los espíritus. El Fraile Reformador ejerció notable influencia por sus cánticos, sus sermones y sus obras. Apoderado de la lengua vulgar en la cual tradujo su *Biblia*, enriqueció la lengua con multitud de expresiones y giros que le sugerian las circunstancias á su espíritu vivaz y atrevida imaginación en la lucha tenaz que habia empeñado contra el poder pontificio. Despues de Lutero, uno de los que más contribuyeron á la formación de la literatura nacional, dando lustre á la lengua fué el célebre Ulrico de Hutten, aunque no se encuentran prosistas notables entonces sino en el género caballeresco, en que brillan las célebres historias de *Amadis*, los *Cuatro Hijos de Aymon*, *El Emperador Oclaviano* y la *Bella Maguelona*, mientras las tradiciones nacionales daban origen al cuento de *El Hilo de Oro*, de donde ha salido despues la novela del *Judio Errante*, y el vulgar romance de la *Mágia Negra* de que más tarde Goethe habia de sacar su inmortal poema *Fausto*.

El génio fácil de Hans Sachs, que abrazó todos los géneros, descollaba en el cáustico, dejando cientos de obras á la posteridad. Y Fischart á quien pretenden llamar el Rabelais de ultra-Rhin (sin tener la gracia y verbo del cura de Meudon) lució su impiedad y cinismo, ensayando vanamente el género épico. La poesía lírica lucia en los cantos sagrados, y en las canciones populares que se basaban en los goces de la caza y las bravuras de la guerra. Y el drama apenas progresaba con traducciones como la *Ifigenia* de Eurípides y el *Eunuco* de Terencio.

Y tal era el estado de Alemania al principiar el siglo XVII cuando la sorprendieron los desórdenes de la «Guerra de Treinta Años», en cuya época la falta de tranquilidad y reposo para el estudio, convirtió en ardor bélico los esfuerzos del pueblo alemán.

La Paz de Westfalia vino despues á echar los cimientos de la nueva era que habia de producir los monumentos de la nueva literatura.

La escuela Silesiana que tuvo por jefe á Opitz, enriqueció con los tesoros de la antigüedad clásica la literatura nacional, cultivando la lengua patria, y trazó los principios que poetas y prosistas debían seguir para obtener la pureza, la claridad y la armonía, que son las principales cualidades del estilo. Sus excelentes preceptos y buenos modelos en el cultivo de todos los géneros literarios, hicieron célebres á los Silesianos, á pesar de carecer de génio creador, llegando por el éxito obtenido á conseguir el dictado de Padres de la Poesía Alemana.

Tanto Opitz como sus discípulos imitaron á los autores franceses que prepararon el siglo de Luis XIV, y á los autores holandeses que se formaron al mismo tiempo. Esta doble imitación dió á sus composiciones elegancia y nobleza, pero les dió algún amaneramiento por lo forzado de la forma contraria al carácter de la lengua.

Tras esta vino la segunda escuela Silesiana, ya en otras condiciones, la cual formaron Cristiano Hoffman y Gaspar de Lohenstein como jefes. Conociendo estos sobre la antigüedad los poetas más célebres de la época moderna; pero á fuerza de caer en el *extranjerismo*, alteraron el gusto y cayeron en un género falso, resultado de la amalgama de todos los principios y métodos que se dieron á imitar. Así, tomaron la galantería francesa, el sensualismo italiano, y creyendo enriquecer la lengua con la afectación y el prodigar las imágenes, empleando multitud de expresiones extrañas á la lengua, no hicieron en su novedad reformista más que exagerar los defectos, viniendo á caer en la extravagancia, para no dar al cabo más que un género de composiciones, en que campeaba lo jocoso y lo caricato.

En cambio, durante ese tiempo la ciencia de Puffendorf era conocida y admirada en toda Europa; y la erudición y la filosofía comenzaban á ponerse á una altura que ha hecho desde entonces respetada á la Alemania. Los Freinshemius, los Gronovius, los Morhof y los Fabricius asombraron al mundo por sus conocimientos; pero por sobre todos ellos brilló el hombre de quien puede decirse sin exageración que tuvo el talento más firme, más profundo y nutrido de conocimientos más extensos y variados. Este era Leibnitz. Al revés de los otros sabios que escribieron en latín, Leib-

nitz fué el primero que se sirvió de la lengua vulgar para escribir las obras científicas con el objeto de propagar en el pueblo la instrucción, y tras él su discípulo Wolf acabó por introducir tal uso en las obras de erudición, elevando la lengua alemana al rango de una lengua sabia.

Al siglo XVIII estaba reservado ver elevarse tal nación á su apogeo. A su principio, discusiones acerca de principios sobre gusto y estilo, y fijar con reglas gramaticales lo que habia de incierto en la lengua, fué la ocupación de los eruditos. Haller y su escuela se ocuparon de cuestiones de crítica; y entre él y Gotsched se entabló una polémica acerca de palabras y giros de construcción, con la cual ganó mucho la lengua en precisión y claridad, por lo que fueron ventajosos los resultados de tal contienda pericial al parecer.

## III

Dos grandes escritores aparecieron tras este período de preparación.

Klopstock es el primero. La Abadía luterana de Quedinburgo, de que su padre era procurador, fué la cuna del desapicado jóven que más tarde en la escuela de Pforta habia de despertar su génio poético en la portentosa concepción de su *Mesiada*, la cual dió á luz á los veintitres años de edad en la ciudad de Bremen.

Extraordinaria pareció la aparición de obra tan elevada por su concepto, como brillante por la riqueza del estilo. Los hombres de talento la elogiaron con entusiasmo, pero las medianías envidiosas la criticaron con acritud, aduciendo la poca edad del autor. Desde Lutero, á la verdad, ningún autor habia logrado causar más profunda sensación. Y su importancia desde luego causó la guerra de que fué objeto en la opinion este monumento literario.

A Suiza tocaba brindarle á Klopstock reposo para gozar de su gloria, donde permaneció algun tiempo, hasta que pasó á Copenhague, á donde fué llamado por el rey Federico V que le dió protección decidida, y bajo cuyos auspicios concluyó su obra, á más de otras composiciones líricas, que le colocaron en el rango de los primeros poetas.

El nombre de Klopstock va unido á su poema, que sin duda tiene la grandeza y majestad de la epopeya.

Lo que más seduce de la *Mesiada* (en sus diez primeros cantos) es el interés de la acción, la elevación de las ideas y el carácter de los personajes; y no así en los otros, en que decae por falta de viveza, bien que brillan á veces en algunos trozos rasgos notables de poesía épica.

Tambien en la lírica sobresale dicho poeta por la espontaneidad, como por sus imágenes atrevidas, sentimientos profundos, y perfección y armonía de sus cuadros.

Pero la posteridad fué con él más justa que sus contemporáneos. Con su muerte se despertó el interés que inspiraba su nombradía. El Gobierno dinamarqués le consagró régios funerales en la villa de Altona, donde murió (1703), y el pueblo, al verle asociado á su sentimiento, vertió lágrimas gratísimas sobre su tumba.

Wieland, de constitución tan delicada como ardiente espíritu, vió la luz en Holzheim de Suabia. A los quince años traducía las tres lenguas muertas que mejor desarrollan la inteligencia: el hebreo, el griego y el latin; así como conocia las matemáticas, la lógica y la historia. Con tan sólida base, su talento poético pudo elevarse á gran altura en punto á concepción. Wolf y Bayle se lo atrajeron al campo de la filosofía. La lectura de Fontenelle, y sobre todo de Voltaire, le volvieron tan escéptico que llegó á rayar en el ateísmo.

A imitación de Lucrecio compuso otro poema *De Rorum Natura* en que expuso las doctrinas de Platon y Leibnitz con los más brillantes colores. Valióle esto la amistad de Bodmer, al lado de cuyo crítico se fijó por algun tiempo en Zurich.

Su musa flotaba en la indecisión entre el dogma religioso y la filosofía. Sus *Simpatias*, sus *Psalms* y sus *Consideraciones Platónicas*, fueron dictadas por la inspiración del sentimiento religioso; así como revelan opuesta tendencia sus otras obras, *Bahora*, *Zamin* y *Gulindy*.

Lanzado de una vez á tales vías, logró por su exagerada incredulidad ser llamado el *Voltaire Aleman*. Pero la juventud pensadora de Alemania al ver todo lo vago y superficial que habia en las producciones de Wieland, que no resistian al escarpelo de la crítica seria, impidieron que ejerciese influencia sobre su siglo.

Y esto que su forma cautivaba por la asombrosa facilidad de la narración, y la ligereza y gracia de su elegante decir. Su espíritu cáustico al tratar un asunto cualquiera, tan ligero como superficial, hizo que, aún en las cuestiones filosóficas, tuviesen poco peso sus opiniones, hijas siempre de la simple lectura más que de la meditación del pensador.

## IV

El arte dramático en Alemania estaba siendo presa del mal gusto y lleno de faltas de buen sentido cuando apareció Lessing, hijo de un ministro protestante de Lusacia, á cuyos estudios teológicos consagró sus primeros años en Leipzig, el jóven kameziano que más tarde habia de colgar los hábitos para unirse con una tropa de cómicos ambulantes, y consagrarse al teatro como actor y autor á imitación de Shakspeare.

De Leipzig es la primera tragedia alemana, Sa-

ra *Samson*, tras la cual compuso la *Emilio Galotti*, su drama *Nathan* y la comedia *Minha de Barnheim*.

Lo filantrópico del fondo en sus obras, la perfección de los versos, y la calma y nobleza de sus caracteres, salvan sus producciones dramáticas.

Como crítico es superior Lessing, y sus mejores composiciones en el género son notables, porque expone en ella los principios aplicados á los diversos géneros literarios. Así su *Dramaturgia* es un erudito juicio de las obras teatrales de mayor estima; en su *Laocoon* se ven las relaciones que existen entre las bellas artes, poesía, pintura y estatuaría; y en su *Teoría del Apólogo* y el *Epigrama* da muestras de conocer ambas especies de composición.

Pero la obra maestra del plebeyo hijo de Kamenz es su *Educación del Género Humano* en que á grandes rasgos resume la historia de la civilización. Domina en él el racionalismo, y nos muestra á la Humanidad desarrollándose al través de los siglos por la sola energía de sus facultades. El cristianismo es la fórmula natural de ese desarrollo, y el dogma de la Trinidad su símbolo.

Gessner, hijo de un librero de Zurich, se dió á conocer en Berlin (1756) por sus *Idilios* en que cantó los risueños paisajes de su cara Helvecia cuyo cielo fué para el jóven poeta lo que el de la Grecia para Teócrito.

Su poema de la *Muerte de Abel* se eleva á la altura de la epopeya. Imitador de Milion é inspirado en el Viejo Testamento, ha sabido pintar con gracia y frescura los costumbres patriarcales. En sus dramas se vé el talento de trazar un carácter y conducir una intriga, sobresaliendo en sus composiciones el encanto y la viveza del colorido. Poeta y pintor á la vez, sabia trasladar sus pensamientos, lo mismo al papel que á la tela, con la seguridad de manejar lo mismo los pinceles que la pluma para hacer bellas sus creaciones.

## V

El gran poeta, la primera potencia de nuestro siglo, es el buen Goethe, honra de las letras y gloria de Alemania. Nacido en Francfort del Mein, su infancia fué atormentada de enfermedades, lo cual hizo penoso su desarrollo físico, mas no así en lo moral, pues su clara comprensión facilitóle el estudio del latin, la gramática, las lenguas modernas, la historia natural y la música, ramos todos á los cuales dedicaba todo su tiempo sin fatigarse dado su gusto por la soledad y el retraimiento, efecto sin duda de su melancólico carácter.

La división que la guerra de siete años echó en las familias alemanas, alcanzó á la suya, y así la incertidumbre de los acontecimientos influyó en su vida, origen natural de sus dudas.

Púber ya comenzó su estudio de la teología, pero la metafísica le condujo al excepticismo, hasta que la poesía le arrebató completamente seduciéndole por el gusto dramático.

Las doctrinas Spinoza le condujeron pronto al *panteísmo*, y concluyó por no creer más que en la emoción, la inspiración y el sentimiento.

Cierto misticismo mezclado de ideas platónicas, y una afición decidida, venían á ser su culto religioso; todo lo cual unido á su idealismo venía á componer lo que él llamaba su filosofía.

Amante y admirador de los ingleses como enemigo de los franceses en punto á literatura, su gusto literario se decidió por Shakspeare, cuya lectura cultivaba, y así dió rienda suelta á su imaginación, reconociendo únicamente la independencia como primera condición de lo bello.

Antes de los veinte y cinco años se dió á conocer por su famoso drama *Goetz de Berlichingen* que habia compuesto misteriosamente durante su permanencia en Strasburgo, el cual fué acogido con admiración en toda la Alemania. Y se comprende bien. Esta tragedia histórica, que no posee la elegancia ni las justas proporciones de las clásicas griegas, tiene no obstante el mérito de expresar con toda fuerza y verdad las costumbres, usos y creencias de la época, viniendo á ser el cuadro completo de la vida social de su país á fines del siglo XIV.

*Werther* despues propagó la celebridad del poeta, llegando á interesar tanto, que cada cual se vió retratado en el tipo del amante novelesco, hasta el extremo que era de buen tono desear la muerte y aún dársela; pero á la verdad, están tan perfectamente encadenados los relatos y los personajes concebidos con tanta viveza, que á pesar de concluir desfavorablemente, el mundo de la juventud cogió pasión por todas las manías y vicios que sancionaba el autor.

Durante algun tiempo el génio de Goethe pareció dormir produciendo solo algunas poesías ligeras.

A su retorno del viaje á Italia que le preocupaba, dió á luz obras de mayor estimación: *Torcuato Tasso* es una de ellas, luego *Ifigenia en Aulida*, y *Herman y Dorothea*. Pero sobre ellas luce su *Wilhelm Meister* en que se destaca el simpático tipo de *Mignon*, que no es otro que la *Gitanilla* de Cervantes, tomado de la tradición española.

El *Egmont* que Mme. Staël prefería á las demás obras del poeta, es trabajo que honra al autor de *Stella y Clavijo*. Aunque imitación del teatro francés, *El capricho del amante* y los *Cómplices* son muy aceptables, así como *Hermano y Hermana*, *Lila*, y *Tery Bately*.

Quien lea las composiciones poéticas, *Calma del Mar*, como *El Lago* y el *Lied Nocturno* é *Ino-*

encia, no puede ménos que sentir con el autor de *Fausto*, cuyo amor por la poesía se reveló desde su juventud, con tal gusto de invención en la fábula, que su verbo de artista había de expresar con esta frase introducida: *Lust zu fabuliren*.

Pero su obra maestra es el *Fausto*. Esta obra alegórica hecha á semejanza de los *Autos Sacramentales* españoles en su forma, comparable sólo á la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, es digna de estudio en todo tiempo, porque enlaza dos edades de la historia, siendo á la vez creación poética y obra filosófica.

Schiller mismo escribía á Goethe desde Jena (1797) con motivo del sujeto:—Páreceme el asunto predestinado á ser la arena en que el espíritu y la razón librarán un combate á muerte. El diablo, gracias á su *realismo*, tiene razón ante el buen sentido; como á su vez está justificado Fausto ante el corazón. Sin embargo, en el cambio de papeles de tan opuestas creaciones, al defender el Diabolo contra Fausto que quiere el goce, las aspiraciones del alma, parece contradecirse la existencia *idealista* del personaje *realista* por carácter.—A lo cual respondió Goethe que solo se había propuesto tocar las cuestiones más elevadas sin pretender resolverlas.—Lo cual es verdad porque el poema dramático de Goethe (en otro estudio aparte lo consignamos) es la duda del espíritu humano que sintetiza el siglo IX.

Pintar en un cuadro con el más brillante colorido y á delicados trazos de pincel el siglo XVI con su pueblo, sus mujeres, sus estudiantes, soldados y brujas, con la verdad en que lo cómico y lo trágico, las angustias, el terror, la locura, la piedad, el dolor, son llevados á término sin exageración ni gongorismo; eso es lo que ha hecho Goethe con mano maestra, para eterno devaneo del cerebro de todas las edades.

El autor de *Goetz* preferido de los viejos, como el autor de los *Bandidos* favorito de la juventud, es el representante del *Panteísmo* de Spinoza, á la manera que su antagonista es el delegado del *racionalismo* del filósofo del Koenigsberg, del sabio Manuel Kant, para quien la naturaleza ofrecía dos espectáculos verdaderamente grandes á su contemplación:—el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, y el sentimiento de la ley moral en el fondo de nuestros corazones.

El teatro de Weimar fué escalón para Goethe por el cual había de subir al trono de su popularidad. Amigo de los artistas y amante del arte, su afición á las tablas le hizo actor y de ahí autor á la vez. Muy joven, cuando la ocupación de Francfort por las tropas francesas, se ligó á una compañía de cómicos con objeto de perfeccionar el idioma, y su creación de *Wilhelm Meister* no es otra que su vida de entonces, entre esas mujeres que siempre tienen encantos para todos, y entre esos hombres familiarizados con las pasiones que interpretan, y para todos los cuales el vulgo tiene á veces aplausos mientras ellos no recojen el olvido como triunfos de la escena.

De ahí sus espirituales personajes. Guillermo (Wilhelm) libre, rico, enamorado del amor, se contrata como poeta de la compañía y llegará ser actor: *Serlo*, el apuntador que goza con el éxito de su inapreciable trabajo; *Filina*, la loca noche sobre la escena, con la magia de sus encantos, llena de celos y orgullo; y el delicioso tipo de *Mignon*, sencilla, tierna, amor toda y toda desgracia, con su fantástico cambio de sexo (muestra hermenéutica de algún secreto) son todos atrevidos engendros del genio del poeta que tiene un *Tasso* italiano y una *Ifigenia* griega, además de un *Fausto* de los tiempos por venir.

El genio de Goethe es tan universal y profundo que lo abraza todo, ciencias como letras y artes. Todos los géneros de poesía y prosa le son literariamente indiferentes. Novelas, tragedias, dramas, comedias, poemas, baladas, elegías, canciones, epigramas, en todo brilla su genio, con igual suficiencia que en trabajos científicos, tales como su *Teoría de los Colores*, los *Fragmentos de Óptica*, y las *Metamorfosis de las Plantas*, á más de sus trabajos de crítica filosófica. Su segundo *Fausto*, en que trabajó toda su vida, es obra abstrusa y de trascendental alcance, concluida tres años antes de su muerte (1831) la que coronó su gloria, y le llevó á reposar junto á las cenizas de su íntimo amigo Schiller.

## VI

Marbach, en el reino de Wuttemberg, fué cuna de Juan Federico Schiller (1759.)

El estado eclesiástico atraía las inclinaciones de Schiller desde su infancia, y su familia alimentaba el deseo de verle predicar las verdades del Evangelio; pero la protección del Duque de Wuttemberg le llevó al Colegio militar de su nombre, (Karl's Schule) donde los sueños teológicos se convirtieron en ardor guerrero al son de aquella vida acompañada á toque de tambor. La sujeción á la regla, y lo estrecho de la ordenanza, hicieron saltar su genio, que se rebeló contra toda autoridad, incubando así los gérmenes de la obra con que se había de dar á conocer más tarde, y en la cual Schiller se retrataba en Carlos Moor, héroe de los *Bandidos*, que no era otra cosa que la *nueva* sociedad abriéndose paso á la fuerza por entre las viejas preocupaciones contra los muros resistentes del pasado.

Más tarde el estudio de la jurisprudencia le decidió por el foro; pero su inclinación poética, y el gusto por Homero, Virgilio, Klopstock y la *Biblia*,

le distrajerón de sus estudios científicos, impulsándole á la senda de las letras, donde á fuer de ensayo dió á luz en 1781 su tragedia *Los Bandidos*, en que reveló su genio ardiente causando honda sensación en Alemania.

Pintura del desorden social, con la moralidad por objeto, el novel autor no pudo desarrollar bien su pensamiento todavía; y así expuso en la escena las vergüenzas é infamias que degradan la especie humana; concluyendo en favor del exceso, y haciendo por inspirar deseo de imitación á los que tenían en la vista tan vivos como exagerados ejemplos.

Así la impresión causada en la juventud por tan bizarra como monstruosa concepción, hizo que se dispusiesen jóvenes inexpertos á formar asociaciones de bandidaje en los bosques, para realizar el sueño que Schiller había representado con tan enérgicos toques de pincel.

Después de este resultado que coronó el éxito, retiróse Schiller á Franconia, y compuso la *Conjuración de Fiesco* y *Amor é Intriga*, las cuales le valieron el título de *poeta del teatro* de Mannheim. Luego, su *Luisa Miller* y *Juana de Arco*, para alcanzar mayor gloria con la *Maria Stuardo*, que es una de sus mejores obras. Pero su trabajo más apreciable es, á juicio de los críticos, el *Guillermo Tell*.

La idea de su *Don Carlos*, tipo histórico que había de ser tratado en conciencia, le forzó á hacer estudios que aprovechó escribiendo la *Historia de la Revolución de los Países Bajos*.

Su amistad con Goethe, cuya influencia era grande, le valió ser nombrado profesor de historia en la Universidad de Jena, publicando por entonces una colección de *Memorias* que abrazan desde el siglo XII hasta los tiempos modernos, para dar á luz después su *Historia de la Guerra de Treinta Años*.

De allí salió la idea de su célebre *Wallestein*. Impresionado por los acontecimientos de aquel cuadro, cuyo héroe era Gustavo Adolfo, concibió una epopeya; pero no queriendo acometer el desenvolvimiento de tan vasta concepción, redujola á las proporciones del teatro, convirtiendo el asunto, usanza griega, en una trilogía, cuya primera parte es el *Campo de Wallestein*; la segunda, *Picolomini*, y la tercera la *Muerte de Wallestein*. Brilla en ella el talento de Schiller con todo el vigor de su vida.

Sus composiciones líricas son excelentes y sus trabajos críticos recomendables. La *Campana*, su revista dramática titulada la *Talia del Rin*, las lecciones de *Estética*, y sus imitaciones de Shakespeare y Racine son trabajos de mérito. Y trabajando el asunto trágico de *Demetrio* le sorprendió la muerte en 1805 á los cuarenta y seis años.

La época de *irrupción y asalto* que dicen en alemán *Sturm und Drang*, en que el espíritu moderno invadió las esferas del pensamiento marcando nuevas sendas al arte y las letras, está personificado en estos dos genios, Goethe y Schiller, enemigos en un principio, amigos y compañeros después, que tanta gloria habían de dar á las letras germanas.

Pero todo lo afortunado que fué Goethe fué desgraciado Schiller. Los primeros años de la vida viril fueron templados por el infortunio, y como Rousseau, por quien tenía pasión, sufrió los combates del mundo, pasando las amarguras de vivir sin amor amando, comiendo un pedazo de pan empapado en lágrimas, y pasando en vela largas noches de angustias sin un lecho en que reclinar la cabeza.

La Convención francesa le hizo ciudadano de la República por una ley que se votó en favor de los amigos de la humanidad, cuyos destinos fijaba la Francia, y el nombre de Schiller figuró entre los de Washington, Kosciusko, Hamilton, Bentham, Pestalozzi, Madison, Klopstock, Payne y Wilberforce.

El acta enviada al publicista alemán está firmada por Danton y Clavière, y sellada por Roland ministro del interior, apareciendo el nombre del poeta el último de la lista en el *Monitor* del 28 de Agosto de 1792. Muestra de consideración de la Francia á la Alemania que llamaba «cabezas sin dirección» á los hombres del 89 (richtungslose kopfe.)

## VII

Poetas distinguidos fueron también los hermanos Leopoldo y Cristiano de Stolberg, admiradores de la poesía genuinamente nacional, en cuyo servicio hicieron esfuerzos por elevarla á su mayor rango, inspirándose en los mejores modelos de la antigüedad.

Una buena versión de la *Iliada* se debe á Leopoldo y tragedias á la antigüedad con coros; pero en donde más descuellan es en sus admirables composiciones líricas, que son de lo mejor en literatura alemana. Sus disertaciones críticas é históricas son excelentes, y el monumento más bello que el genio haya levantado al catolicismo, es sin duda su *Historia de la Religión Cristiana*.

El prusiano Herder fué hijo de un pobre maestro de escuela, que no le permitía otra lectura que la *Biblia* y el *Psalterio*. El pastor Trescho, cautivado de las disposiciones del joven, le dió clases de griego y latín, en lo cual hizo rápidos progresos, llegando en su ánimo á despertar el estudio tal pasión, que se procuraba libros en secreto, escondiéndose para leerlos á veces en el bosque.

La universidad de Koenigsberg le vió con asombro explorar fácilmente todos los ramos de los conocimientos humanos, y sus numerosas obras prueban claramente que sabía distinguirse como filósofo, historiador, teólogo, crítico, filólogo, poeta, anticuario y traductor. Su obra mejor es la *Filosofía de la Historia*, trabajo que supone grandes investigaciones, y que es un cuadro magnífico, concebido por tan buena inteligencia, como ejecutado por una fuerza de ingenio de primer orden; pero que preocupado por el método experimental, se inclina á la teoría sensualista.

Juan Muller es el gran historiador suizo, cuya primer obra escribió en latín, titulada *Bellum Cimbricum*; y estudioso de los anales patrios, produjo al cabo la *Historia de la Confederación Helvética* (Berná—1780), de la cual ha dicho Chénier que es obra de erudición, abundante en reflexiones juiciosas, llena de investigaciones acerca del origen de Suiza y sus tradiciones, tratando el asunto con mano maestra, á más de la forma majestuosa del estilo.

No ménos importante es su *Historia Universal*, que llega hasta la Reforma.

Conocedor Muller de la antigüedad y sus diversas literaturas, profundizó los padres de la Iglesia, conocimientos todos que le valieron para llevar á término con felicidad los trabajos de su pluma.

Poetas críticos, filósofos é historiadores, fueron los Schlegel, naturales de Hannover, los cuales dieron brillo á la Alemania.

Augusto Schlegel fué colaborador con Schiller en publicaciones notables. Su hermano Federico escribió buenas críticas literarias y mejores poesías, que se publicaron en el *Athenaeum*: Los *Cursos de Historia y Literatura*, y su *Filosofía de la Historia*, son obras muy conocidas, y la *Iglesia* y la *Vida del Alma* fueron para él el canto del cisne.

Sucinta reseña es la hecha del movimiento intelectual en Alemania, y debemos agregar además los ilustres nombres de muchos otros que se han distinguido, como el célebre naturalista Humboldt, los filósofos Fichete, Krause y Hegel, y los ilustres Garve, Engel, Gotter Baggsen, Koerner, Thumel, Lichtemberg, Klinger, Voss, y el apreciable autor del *Intermezzo* y del *Capitan Negro*, el poeta Heine, cuya *vis aristofanesca* es la caricajada homérica que lanza al siglo el espíritu de análisis del pueblo alemán.

JOSÉ MARÍA PRELLEZO.

## EL PROLOGO DE UN DRAMA.

Lo había oído decir, pero no lo quise dar crédito; hay algo en el hombre que se resiste á creer en la infamia de sus semejantes; algo que parece movernos á ver la humanidad revestida de bellos colores, bañada por el rayo de la virtud. Y, sin embargo, la duda no es posible ya; anoche lo comprendí todo; anoche el viento frío de la realidad arrancó una hoja más al árbol bendito de las ilusiones de mi alma. Yo lo he visto; yo lo he visto, y he sentido subir por mis mejillas las oleadas de la vergüenza, y por mi pecho las oleadas de la cólera; y sin poderme contener, he levantado los ojos al cielo para buscar en él respuesta á la pregunta que barboteaba en mis labios, como un grito de suprema indignación; pero el cielo ha permanecido mudo, porque la palabra que yo busco no está escrita en la mansion sin nubes del espíritu, sino en el fango de la carne.

Ella es hermosa y joven, la suerte la halaga, la mima, y el áura de la fortuna juega con sus cabellos de oro y seda. La casualidad pintó su rostro con los tintes de la inocencia, porque la casualidad tiene horribles sarcasmos en la vida. Vedla por primera vez, y os sentireis atraído hácia ella por su aire cándido y bondadoso, por la limpidez de su mirada, por la pureza de su sonrisa. Parece que en torno de ella se extiende esa auréola que rodea la frente de la mujer immaculada.

Casada hace pocos años, diríase que aún no ha terminado ese primer período en que el matrimonio tiene aún algo del idilio y semeja un vasto paisaje iluminado todavía por el astro de la ilusión. El cielo ha bendecido su casamiento, y unos hijos, hermosos como esos ángeles divinos que entrevían los místicos en sus éxtasis arrobadores, juegan á sus piés balbuceando frases cortadas de una lengua divina, como charlan los pajarillos entre las ramas doradas por el primer rayo de luz.

Todo parece sonreír en la vida de esa mujer, semejante á un prado sin abrojos, á un espacio sin nubes... Pero, bajo las flores de ese prado, tienen las víboras su nido; en esa atmósfera serena palpitan los efluvios de la tempestad.

Su esposo es mi amigo; es noble, franco, tiene talento, riquezas, y de todas sus buenas cualidades ha hecho un ramo y lo ha puesto á los piés de la mujer querida, ébrio de alegría al sentir pagados sus afanes con un beso. Trabaja mucho para que su mujer tenga cubiertas todas sus necesidades y satisfaga todos sus caprichos. Decidle que dude de Dios á quien respeta, de la naturaleza á quien ama, de sus ideas á cuyo triunfo consagra su vida, y os sonreirá compasivamente; decidle que su mujer le engaña y os matará.

¡Su mujer! ¡Sus hijos! Pedazos todos de su corazón! emanaciones de su alma; alfa y omega de su vida; alcázar misterioso de sus sueños que él puebla de visiones hermosas como el amor y la felicidad... Demonio, mito del mal, sierpe que duermes enroscada en la sombra, y de repente levantas tu cabeza y mueves tus ojos iluminados por el fuego abrasador de la concupiscencia, ¡duerme, no te despiertes to-

¿Qué soplo del infierno ha pasado sobre tí, y te ha hecho salir de tu letargo? Ángel hermoso de la Guarda; ficción delicada y pura de la más férvida creencia, ¿por qué cubres tu rostro teñido de púrpura con tus leves alas de rosa?

Y el otro? — porque falta un tercero en el conjunto, — el otro, ¿quién es? Uno de tantos necios á quienes la sociedad soporta cuando debiera arrojarlos de sí con su desprecio soberano. Un imbécil que va contando á todas partes los triunfos que consigue, cada uno de los cuales lleva tras sí un girón de honra. Es ignorante, vanidoso, y, sin embargo, á los ojos de esa mujer vale más, brilla más que su marido...

Siempre sucede así! Frente al esposo confiado, digno, bueno, el amante corrompido, cobarde, imbécil, cual si el mal le marcara con su sello. Si la hora del remordimiento suena para esa mujer en el reloj del porvenir, ¿qué dirá en sus oídos, cerrados hoy por la maldad, la acusadora voz de su conciencia? Porque la conciencia tiene también sus horas de reposo, horas malditas en que duerme, pero cuando el remordimiento la despierta, se erige en juez supremo, y entonces, ¡cuán terribles son sus leyes! ¡cuán horrosas las visiones que dá al espíritu! ¡cuán amargas las lágrimas que arranca á lo más hondo, á lo más hondo del corazón!

Pero el cielo no vuelve á serenarse; enturbadas las aguas del arroyo, corre turbio hasta el río, cuyas ondas enlucían también; sólo el mar lava todo, y deja el fango en el fondo, reflejando el sol en su superficie. Y el mar, para nosotros, es la muerte, claro espejo en que ríela el sol de la verdad.

Por lo mismo que conozco á los tres, creía yo calumnioso el rumor que llegara á mis oídos como arrastrado por un aura maléfica con la mezcla con miasmas repugnantes.

Y rechacé con indignación la especie que yo juzgaba ofensiva para la esposa de mi amigo, y al ver mi obcecación: — ¡Mira si tienes ojos! — me dijeron, y miré... y en efecto, ví...

Hubiera sido preciso no querer ver para no advertir el suceso. La infamia se mostraba en toda su despreciable desnudez, pantano impuro del que la vista tendía á separarse con horror. Miré, y ví, y me llevé la mano al corazón, porque algo se rompía en él. De la corona que tiene en mi alma la santa imagen de la fé, acababa de caer al suelo una perla.

Era de noche y estábamos en el teatro. La gente llenaba todas las localidades. Se hablaba, se reía. La música jugueteaba de la música francesa vibraba en todos los oídos envolviendo la fantasía en el ligero torbellino de sus notas que semejaban un concierto en el bosque, con susurro de fuentes y gorgoros de pájaros y murmullo de arroyos, y zumbido de insectos que despliegan sus alas á la luz.

De pronto giró la puerta de un palco, y ella, hermosa como siempre, apareció en él con un ramo de flores que dejó sobre el antepecho, llevando de la mano á su hijo, de cinco años de edad, á quien sentó á su lado. Tras ella, mi amigo, alegre, sintiéndose feliz y satisfecho, sin deseos y sin aspiraciones, contento con la dicha de que disfruta y que quisiera comunicar á todo el mundo.

Apenas los ví, los saludé afectuosamente, como tengo por costumbre; pero algo extraño debía haber en mi mirada porque ella me contestó con frialdad. Decidido á convencerme por mí mismo de la verdad de lo que yo temía, por calumnia, me propuse no perder de vista durante la noche el rostro de aquella mujer, muda esfinge á quien yo quería arrancar uno por uno todos sus secretos.

— ¡Es imposible! — decía para mí entretanto. — Este aire candoroso no se finge; no se fingen esas pequeñas atenciones que guarda á su marido; no se fingen esas caricias que hace á su hijo...

Pero de repente, algo como un latigazo me hirió el alma. Los ojos de aquella mujer habían tomado una dirección determinada, los seguí... y en el lugar á donde se dirigieron estaba el otro... Desde entonces, el hielo del disimulo se rompió, se estableció entre los dos palcos una comunicación muda, una corriente de fuerza desconocida, puente tendido por el mal para que por él pasasen la desvergüenza y la impudicia.

Era verdad, era verdad, y sin embargo, áun lo dudaba. Veía á mi amigo tan confiado, tan feliz, que no podía acostumbrarme á la idea de su desgracia.

— No puede ser, — decía yo, — soy juguete, sin duda, de una ilusión que me muestra en falso mirage el espectáculo bochornoso, imaginado por la envidia y la calumnia de consuno...

Y sin embargo, durante toda la noche los ojos de aquella mujer no se separaron del lugar maldito á que parecía llamarlos una atracción poderosa. Yo lo veía, y sus miradas me parecían palpitaciones del monstruo que se agitaba, que tomaba forma; creía oír el son de los anillos de la serpiente, levantando su chata cabeza y su ojos estúpidos para infundir al alma un terror pánico.

No fué esto solo.

— Fíjate, — me habían dicho, — cuando él saque un pañuelo no pierdas de vista á esa mujer.

Y en medio de la representación él sacó un pañuelo y se lo llevó á sus labios, y ella imitó con el suyo este movimiento, y entonces fué cuando invadió mi rostro la vergüenza.

Mi amigo, en tanto, no veía nada. En estos casos, Dios, quizá misericordioso, quizá impío, pone una venda sobre los ojos del marido. ¿Es esto un bien? ¿Es un mal? ¿Debe el hombre vivir sin honra en la ignorancia, ó vivir desdichado en la conciencia de su situación?

¡Qué terribles, qué pavorosos problemas no resueltos por nadie todavía! En ese laberinto inexplicable en que se sumerge el hombre, no se sabe aún cuál es la salida. ¿Es el asesinato? ¿Es el suicidio? ¿Es el desprecio? ¡Quién lo sabe!

De cuando en cuando mi amigo se volvía á su mujer, que le miraba sonriente, y tornaba en seguida la vista al otro palco, sin que la sonrisa hubiera desaparecido. La misma sonrisa servía ya para los dos.

Hubo un momento en que creí que no podía contenerme. Caía el telón entre una salva de aplausos, y el niño con esa media lengua de la infancia, tan encantadora por lo que dice y por lo que deja adivinar, dijo no sé qué á su madre. Entonces ella cogió la rubia cabeza de su hijo, la atrajo contra su pecho y la besó en la frente. Después levantó la vista hácia el palco de su amante, y ni un sólo músculo de su rostro se contrajo...

Y yo, que veo por todas partes muchas cosas que no existen y por todas partes también oigo rumores que no suenan, ví aparecer sobre la frente de aquella mujer un letrero acusador, escrito con relámpagos de la conciencia. ¡Adúltera! decía; y una voz sólo oída por mí parecía repetir en derredor: ¡Adúltera!!!

La obra había terminado y el público se levantaba ya de sus asientos. Mi amigo ayudaba á su mujer á ponerse el abrigo, y ella abrigaba cuidadosamente á su hijo, lanzando una última mirada al punto del teatro que había sido su objetivo durante toda la función.

Al salir, en uno de los corredores, cuando estaba yo como si realmente fuese algo más que espectador en el drama que empezaba á desarrollarse, una voz alegre y chillona me gritó al oído:

— Mi fortuna es completa. ¿Te has convencido ya de la verdad de mis palabras?

Era el amante. Le miré con desprecio, sin contestarle, y me alejé de él sin estrechar la mano que me tendía. Al salir respiré con fuerza. El aire puro de la calle refrescó mis pulmones, oprimidos por la pesada atmósfera del salón.

Desde entonces acá, mi cerebro ha estado en actividad completa. Girones de sombra han pasado incesantemente por mis ojos, y muy difícil me sería la tarea si tratase de reunir mis pensamientos de esta noche.

La desgracia de mi amigo me ha afectado de tal manera que no puedo apartar de mi imaginación su recuerdo. Hoy lo sé yo; mañana lo sabrán otros, despues todo el mundo... y la sociedad, que es tan mala, echará sobre la cabeza de ese hombre la responsabilidad de una falta que no es suya; y la maledicencia se cebará en él, y la envidia, gozosa porque le puede morder, se cebará en su honra inmaculada...

¿Qué razón tenía Ferrari al decir que el matrimonio es el fin de una comedia y el prólogo de un drama?

De un drama, sí, de un drama terrible que á veces se desenlaza con sangre.

He asistido al prólogo de este drama: tengo miedo de presenciar también su desenlace.

La mujer, el amante... ¡infames!

¡Qué negra debe ser la noche de su conciencia!

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

## CRÓNICA CIENTÍFICA.

EL TÚNEL DE LA MANCHA. — La preocupación que se había apoderado de los ingleses al anunciarse la perforación del túnel submarino, parecía haberse desvanecido algo; pero repentinamente, y á instigación de algunos galafobos del Parlamento, se ha prohibido á Mr. Walkins, ingeniero de las obras por la parte inglesa, el continuar la apertura de las galerías. No es posible, ni por un instante, creer que se trata de una decisión seria.

Las obras que se ejecutan en este momento en ambos lados del canal de la Mancha, no son más que trabajos preparatorios. Los geólogos han asegurado que se podía seguir, desde una orilla á otra, una capa idéntica, impermeable, y los ingenieros se aseguran de la certeza de este dato, que no es más que una simple hipótesis. Numerosos sondeos han permitido comprobar el hecho, y hasta ahora todo parece absolutamente conforme con sus previsiones.

Los geólogos nos enseñan, en efecto, que en una época relativamente reciente estaban unidas Inglaterra y Francia por unas fajas de tierra, cuya desaparición constituye hoy día el canal de la Mancha. Hasta el fin del período jurásico se extendía una tierra desde Londres hácia Calais, Douai y el Ardéne. Al Oeste se extendía otra barrera de rocas, desde el Contentin hasta el país de Cornouailles. Estos dos istmos eran muy diferentes en su composición: el del Oeste, enorme, formado de masas duras y compactas, granito y pórfiro; el del Este, constituido por capas blandas y fácilmente disgregables de terrenos extratíficos.

M. Hebert dice que las violentas sacudidas que sufrió la corteza terrestre en la época cuaternaria produjeron la dislocación de estos istmos. Algunos geólogos admiten la hipótesis de una convulsión geológica por la penetración de las aguas del Atlántico, pero creen más bien en una corrosión lenta, análoga á la que se produce aun todos los días y cuyos progresos anuales se notan en los acantilados de la Mancha.

Cualquiera que sea la causa de la apertura de los istmos, es curioso comparar los acantilados que se extienden entre Calais y Wissant con los altos acantilados del Kent. Es la misma composición, la misma capa de terreno, separado, escavado por una acción lenta de las aguas.

¿Se extiende esta semejanza de capas á las profundidades del lecho de la Mancha? ¿Tienen estas

capas, aun así, una continuidad perfecta, sin fisuras de una á otra? Tal es la cuestión que se proponen resolver los ingenieros por los trabajos actuales de galerías subterráneas.

Si se examinan los mapas geológicos de la cuenca de la Mancha, se vé que las capas se presentan en el orden de superposición siguiente: Debajo de los aluviones se extiende la arcilla de Londres desde la costa de Essex hasta las costas de la Flandes francesa, en una línea que vá desde Saint-Osyth á Dunkerque. Esta capa sería la más favorable para la perforación de un túnel; el *Tower Subway*, bajo el Tamesis, está abierto en este terreno, y aunque no está más que á 6 metros del lecho del río, en 400 metros de longitud, no ha habido jamás la menor fisura. Para seguir esta capa sería preciso partir de Dunkerque y perforar una galería de 129 kilómetros, en lo que no hay que pensar.

Debajo de la arcilla se hallan las capas del terciario inferior, demasiado delgadas y permeables; sigue despues la capa cretácea, cuyo espesor llega hasta 310 metros, como se ha visto al perforar un pozo artesiano en Calais. Bastante quebrada en la parte superior, se hace esta capa más densa y compacta á cierta profundidad.

Hasta ahora, las sabias investigaciones de Lavalley, Larousse, Potier y Lapparent, consignadas en su Memoria de 1877, se han confirmado plenamente. Los estudios por la parte francesa, han hecho descubrir una ligera ondulación de las capas cretáceas, elegidas por los promotores del túnel, en el sitio llamado los Quennoacs. Estas ondulaciones hacen que su inclinación, que en el estrecho se dirige hácia el Nord nordeste, gira hácia el Sudeste, á lo largo del acantilado del Blanc-Nez, modificando sensiblemente la pendiente. Podía temerse que hubiera una modificación en el espesor ó en la disposición de los bancos que forman la base de la cresta de Rouen.

Con el objeto de estudiar este importante punto, se han perforado los pozos y la galería de la costa francesa. A una corta distancia de Sangatte se han escavado dos pozos de una profundidad de 86 metros, encontrándose arcilla firme á 59 metros bajo el cero hidrográfico, es decir, debajo de las más bajas mareas de Calais. En un principio todo hacia suponer que la creta no podría servir para el establecimiento de una galería; á cada golpe de zapapico brotaban manantiales, y hubo momento en que se tuvo que luchar con una verdadera manga artesiana que daba 7.500 litros por minuto.

El túnel era absolutamente imposible á aquel nivel, pero avanzando más en aquella capa inferior, se reconoció que las infiltraciones eran cada vez más raras: en los bancos inferiores de aquella creta de Rouen, la capa es firme, compacta, y contiene poco agua. En ella deberá perforarse el túnel, porque la capa parece, en efecto, continuar sin fractura alguna hasta Inglaterra. La galería que parte de estos pozos está aun poco adelantada, pero la del lado inglés llega hoy á más de 1.800 metros, de ellos 1.400 debajo de alta mar. El túnel no será rectilíneo, pues será preciso, para seguir la capa, inclinarse por una curva bastante pronunciada hácia el Este.

El pozo perforado entre Folkestone y Douvres, en Shakespeare-Cliff, no desciende más que á 47 metros. A esta profundidad es la creta absolutamente impermeable. Todo lo mas que se encuentra son insignificantes infiltraciones de agua que es fácil obtener, bien por medio de un mastic de minio, bien más fácilmente por medio de un obturador de fundición de segmentos anulares. La colocación de este aparato se ha hecho muy sencilla por el sistema de perforación debido á la ingeniosa máquina del coronel Beaumont.

Esta máquina, en vez de proceder por percusión y por medio de barrenos, como se hacia hasta ahora en los grandes túneles, escava de una sola vez una galería de más de dos metros de diámetro, perfectamente cilíndrica. Se la puede comparar á un gigantesco berbiquí, que figura una T, cuya rama horizontal tiene una serie de cuchillos rascadores. El árbol recibe un movimiento de rotación y por una serie de engranajes y un pistón hidráulicos, análogo al de los ascensores, se dá un movimiento de progresión ó de retroceso.

La perforadora da una vuelta ó vuelta y media de rotación por minuto. Las rocas quedan cortadas con una precisión mecánica, y los escombros caen al suelo de la galería, de donde son recogidos por unos cucharones que los arrojan sobre un tablero sin fin. La máquina puede funcionar por el agua ó por el aire comprimido. Este último agente es el que se empleará en las galerías de Sangatte. El movimiento está calculado para producir un avance de 12 á 18 milímetros por minuto, y en estas condiciones se hará una perforación de un metro por hora, por término medio. En la costa inglesa, con los procedimientos usados hasta ahora, se ha obtenido un avance de 15 metros por veinticuatro horas, ó sean próximamente 60 centímetros por hora.

La máquina que debe emplearse en la parte francesa ha tenido numerosos perfeccionamientos. No es aplicable más que á los terrenos de roca blanca; pero la escavación que da es de una regularidad tal, que, como anteriormente se ha dicho, se pueden obtener en muy poco tiempo las infiltraciones. Los anillos de fundición se ajustan sobre la fisura, y su colocación no exige más de media hora.

Gracias á esta máquina, no es necesario servir-

se de materias explosivas, que producen dislocaciones algunas veces muy extensas, y vician una atmósfera difícil de ventilar por la mezcla de gases deletéreos. Los ingenieros ingleses han suprimido otra causa que vicia el aire y eleva la temperatura, al suprimir las lámparas usadas habitualmente. Una serie de lámparas eléctricas de incandescencia dispuesta al nivel del frente de ataque y a lo largo de la galería, proporcionan un alumbrado suficiente, sin calor y sin humo.

Los resultados obtenidos hasta el día, hacen esperar que la perforación del túnel se hará en condiciones relativamente fáciles y rápidas.

**LAS AURORAS BOREALES.**—En una población reciente, el profesor W. Grylles Adams propone la teoría siguiente para explicar la formación de las auroras boreales. Supone que el sol es un imán en cuyo magnetismo se producen cambios que afectan el magnetismo terrestre; y mientras que la tierra verifica su revolución, el sol y la luna atrayendo hacia ellos la atmósfera pueden producir un rozamiento entre el aire y la tierra y al mismo tiempo una evaporación, produciendo de este modo electricidad positiva al aire y negativa a la tierra.

«Estas mareas en la atmósfera, dice el profesor, hacen que la masa de ella no siga el movimiento del globo terrestre y que a una altura de 30 a 40 millas haya una capa de aire que será comparativamente un buen conductor de la electricidad. Tenemos, pues, no un imán que queda detrás del conductor, sino un conductor situado detrás de un imán; y de aquí puede resultar, según las leyes de Faraday, una corriente ó una acumulación gradual de electricidad en el aire en la dirección opuesta a la corteza terrestre.»

Así las mareas regulares de la atmósfera serían la causa de la traslación gradual de la electricidad positiva de los polos al Ecuador, sea como corriente, sea como masa de aire cargada estáticamente. Cuando el aire está suficientemente cargado, pueden ocurrir descargas súbitas, tales como la aurora en el aire y la corriente terrestre en la tierra; y puesto que la capa de aire conductora se aproxima más a la tierra en las frías regiones polares, es decir, a unas 20 millas de su superficie, puede suceder que se desarrolle la aurora de la tierra al aire por un eflujo gradual y lento, favorecido por el estado de humedad del aire, por el cambio de temperatura y por otras causas.

**UN NUEVO AEROSTATO.**—El profesor Baranowski, aeronauta ruso, acaba de construir un aparato de navegación aérea cuya forma es completamente análoga a la de un ave. Este aparato consiste en un cilindro con el espacio necesario para instalar una máquina de vapor y hacer cómodamente el servicio; dos personas caben en él con holgura. El aparato tiene dos ruedas en los costados y una detrás, semejantes a las aspas de un molino de viento; su rotación rápida es la que determina el movimiento del aerostato, sea vertical ó horizontalmente. En una de las estremidades del cilindro se halla una prolongación que tiene la forma de un remo, y desempeña el papel de timón para asegurar la dirección del sistema. Dos alas, colocadas a cada lado del cilindro, baten el aire vigorosamente, cuyo objeto es determinar primero un movimiento ascensional y mantener después todo el aparato en el aire. A fin de economizar el combustible de la máquina de vapor, se puede también emplear una vela.

Para que este aerostato pueda elevarse, es preciso que corra primero por el suelo durante cierto espacio de tiempo; por este motivo está provisto de ruedas, que se dejan en tierra en el momento de ascender. La cabeza móvil del pájaro, está organizada de manera que regule la entrada del aire necesario a la respiración de los hombres y a la combustión en el hogar que asegura la función del motor de vapor. El principio de este nuevo aerostato tiene mucha analogía con el del aparato de M. Baumgarten, recientemente ensayado en Charlottenbourg.

Los experimentos hechos con un modelo pequeño, construido con arreglo al sistema del profesor Baranowski, han dado excelentes resultados.

**EL POLO SUR.**—Las regiones cercanas al polo ártico van siendo muy conocidas, pero no sucede lo mismo con las que rodean al polo antártico, ese otro rey de los hielos, que puede estar orgulloso de ser todavía menos accesible que su colega boreal. Hé aquí las últimas observaciones hechas en las regiones del polo Sur:

A los 66° 43' de latitud austral, inmensas islas flotantes de hielo ofrecen a los navegantes un espectáculo maravilloso. Las montañas de hielo afectan formas muy variadas. Las hay que ofrecen el aspecto de una esfinge, otras parecen cornisas gigantescas, otras catedrales góticas con sus entradas ojivales y sus torres. Estos edificios arquitectónicos creados por la naturaleza, podría decirse que eran de zafir engastado en plata.

El calor del día en verano hace licuar la nieve que cubre la superficie de los témpanos; pero durante la noche, la nieve derretida se hiela y forma delicados y finos recortes que adornan las aristas exteriores de las montañas. Los icebergs antárticos nacen en un terreno llano y rodeado de fondos de poca profundidad. Cuando una montaña de hielo se eleva a 300 piés de altura sobre el

nivel del mar, generalmente llega dentro del agua a una profundidad de 1.200 piés.

Aunque en el estado actual de nuestros conocimientos no se puede, sin temeridad, formular una idea de la región que se extiende más allá de los 70° de latitud austral, hay indicios muy aprovechables. Nada prueba que esta extensión de cuatro millones quinientas mil millas cuadradas, igual próximamente al doble de la Australia, constituya un continente; lo más probable es que sea una serie de islas más ó menos grandes, ligadas entre sí por espesas capas de hielo.

Varias fracciones de la tierra antártica son hoy conocidas de una manera positiva. Muy rara es la que, comprendiendo la escasa especie de hielo que las cubre, se eleva a más de 2 ó 3 000 piés sobre el nivel del mar. Son excepciones de esta regla los magníficos volcanes de Ross, que tienen una altura de 15 000 piés; las islas de Pedro el Grande y de Alejandro, descubiertas en 1824; la sierra de Graham y la isla Adelaida, encontradas en 1832; y por último, la tierra de Luis Felipe, reconocida por Dumont de Urville en 1838.

La estructura geológica de las tierras antárticas apenas es conocida. Urville encontró rocas de gneis en Adelia; Weker descubrió en un sciberg capas de piedra, arena y arcilla engastadas en hielo. Había además grandes fragmentos de asperón rojo y de basalto.

Las regiones australes no están templadas por un *gulf-stream* como el que habitualmente eleva calor hasta la tierra del Salvador y el Spitzberg. Existe sin embargo en el Océano austral una corriente de agua templada procedente del Ecuador; pero no baña las playas de ninguna costa, y el único resultado de su aparición es el de hacer la mar libre en cierta espacio que se extiende bastante lejos en dirección al Sur.

A favor de esta corriente pudo atreverse a llegar Rossen hasta el 78° 41' de latitud austral. Los expedicionarios del *Challenger* hace pocos años que se encontraron en la misma corriente y con ayuda del termómetro pudieron comprobar el calor comparativo de las aguas que la forman. Esta temperatura era en más de medio grado superior al punto de congelación. A medida que subían al Norte, el calor del agua aumentaba. Estaba, pues, fuera de duda el origen ecuatorial de la corriente.

Los vientos que soplan de ordinario a la altura del círculo polar antártico, proceden del Sudeste. Es probable que la tierra antártica se aproxime al polo austral mucho más de lo admitido hasta aquí.

¿Se llegará alguna vez hasta el polo antártico? Los navegantes más intrépidos solo se atreven a contestar a esta pregunta diciendo: En todo caso será más fácil llegar al polo Norte que al polo Sur.

**COMUNICACION ENTRE LOS PLANETAS.**—Camilo Flammarion, el célebre sabio, en una reciente conferencia que ha dado en el teatro de Argenton demostró que el planeta Marte se halla habitado por seres inteligentes; los canales rectilíneos que unen los mares de ese planeta vecino nuestro son una prueba de ello según Flammarion. De nosotros depende exclusivamente ponernos en comunicación con esos habitantes. El problema, aunque no deja de presentar dificultades, es soluble.

Hé aquí según el ilustre autor de la *Astronomía Popular*, de qué manera puede ser resuelto. Marte estará en oposición con la tierra hacia mediados de Febrero de 1884. Supongamos que el 1.º de Enero de ese año, los astrónomos de la tierra se reunieran en una región favorable a propósito para la realización del proyecto y construyeran un vasto triángulo equilátero de sesenta leguas de lado, establecieran sobre todo el perímetro del triángulo, fuegos intensos y mantuvieran esos fuegos durante varios días. ¿Qué sucederá? Los astrónomos de Marte que tienen una civilización muy adelantada como demuestran los canales que se ven, que tendrán sin duda instrumentos de óptica muy perfeccionados verán necesariamente el triángulo hecho en la tierra.

Y en efecto: si admitimos que tengan telescopios que aumenten los objetos dos mil veces, verán la tierra a 14 000 leguas de distancia, y cada lado del triángulo que hemos mencionado será observado bajo un ángulo de cerca de quince minutos, próximamente el medio diámetro del sol. El experimento es, pues, muy factible.

Los astrónomos de Marte podrán entonces hacer un triángulo que tenga dimensiones análogas a la de la tierra, porque la geometría, presenta, allí como por todas partes, las mismas propiedades de unidad y de sencillez, porque esa ciencia se somete a las mismas reglas en todo el universo.

Cuando los astrónomos de la tierra hayan observado el triángulo de Marte podrán construir antes del 12 de Febrero un cuadrado que tenga otras sesenta leguas de lado, cada lado se verá entonces desde Marte bajo un ángulo de diez y ocho minutos, porque la distancia entre los dos planetas será entonces solamente de veinte millones de leguas.

Como los habitantes de Marte habrán sido testigos del cambio sobrevenido en nuestro planeta podrán a su vez formar un cuadrado visible para nosotros con telescopios de igual fuerza.

Podremos describir en seguida otra tercera figura geométrica, y si podemos observar otro anillo en Marte, el problema de comunicación habrá quedado resuelto.

Ahora bien: ¿quién podrá impedir que de aquí

á un siglo se construyan instrumentos ópticos más poderosos que los actuales? Entonces tendremos realmente relaciones con nuestros vecinos interplanetarios que no dejarán de ser agradables para todos.

La astronomía, tanto tiempo desdeñada, ocupará entonces el lugar precedente en el corazón humano y se mostrará tal como es, la más grandiosa y magnífica de todas las ciencias.

Tenemos firme esperanza, convicción profunda que en un porvenir poco lejano relativamente podremos entrar igualmente en relaciones periódicas con los habitantes de la *Luna*, de *Venus* y aun de *Mercurio*.

En cuanto á Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno no hay para qué pensar en ello, porque se encuentran á enorme distancia de nosotros; para ellos la tierra no es más que un puntito negro que se proyecta sobre el sol en el momento de las oposiciones, y aun así no puede descubrirse sin el auxilio del anteojo.

**CURABILIDAD DE LA HIDROFOBIA.**—La Academia de medicina de París lleva empleadas sus últimas sesiones en el desarrollo de este tema, provocado por una comunicación de M. Dionisio Dumont, en que dicho doctor participa á sus colegas la curación de un caso de rabia, sometiéndoles su tratamiento. Este hecho aislado ¿significa la posesión de un remedio ó un método de curación para la rabia? Todavía no, por desgracia. Habrá que hacer experimentos repetidos en individuos de diferentes sexos, de diversas edades, de temperamentos y constituciones desemejantes, antes de poder formular una opinión formal y seria.

Hé aquí el caso. En Abril último, un perro, cuyo estado hidrófobo se comprobó posteriormente, mordió á tres personas, un pastor, una mujer y una niña, en Faugetrolles, cercanías de Caen.

El pastor cauteriza su herida con un líquido corrosivo (una disolución de nitrato de plata): la llaga se cura y se cicatriza rápidamente. Ninguna alteración se opera en la salud de este hombre; pero el 20 de Mayo, treinta y seis días después del accidente, sabe la muerte de la mujer que fué mordida al tiempo que él: la noticia le emociona. Se inquieta, tórñase sombrío su carácter, y empieza á tener fiebre.

Una observación, antes de seguir adelante: es hoy un hecho establecido, que á veces la rabia sale de su período, muy variable, de incubación, por consecuencia de una excitación psíquica, ó si se quiere cerebral. Mr. Mauricio Persin refería ante la Academia el año último la historia de un artillero mordido hacia siete años por un perro rabioso; este hombre vió sucumbir á uno de sus camaradas, que fué mordido por el mismo animal, y él, sin embargo, no sufrió ataque alguno hasta que después de tan largo intervalo de siete años y bajo el peso de una viva contrariedad, fué presa de un mal inexplicable, y murió en el hospital de Val de Grace, presentando todos los síntomas característicos de la terrible enfermedad.

Grillé (nombre del pastor), no durmió durante la noche del 21 al 22 de Mayo; atacado de una sed ardiente, con opresión á la garganta, se levantó á beber varias veces, dejó su casa muy temprano y se fué al campo, entrando al paso en casa de varios amigos y en los cafés, tratando inútilmente de apagar la sed que le devoraba. Sufrió una gran dificultad para tragar todo líquido; apenas introducía en la boca una corteza de limón la escupía con violencia. Una gran ansiedad precordial le atormentaba, sentía un peso insuportable y dolores en el epigastrio; en el brazo izquierdo, donde tenia la mordedura del perro, se le declaró una picazón que pronto se convirtió en un verdadero tormento. Por fin estalló la crisis. De pronto se le vió abandonar la sala del café en que se encontraba, salir á la calle, tirarse al suelo, morder las piedras, los palos que le presentaban, morderse á sí mismo. Exhalaba grandes gritos, prohibiendo que nadie se le acercase, y anunciando que si alguien lo hacia no podría contenerse y le mordería. Le ataron, se calmó un poco, y al otro día fué conducido al *Hotel Dieu* de Caen.

Hé aquí el resultado del exámen de que fué objeto. El enfermo se queja de vivos dolores en el epigastrio, y ansiedad precordial; desespera de curarse y pide que le maten; la deglución es punto ménos que imposible. Sufre grandes crisis características; se le vá la cabeza, la respiración se hace fatigosa, las mandíbulas se agitan, los dientes rechinan, los brazos adquieren rigidez, las piernas sufren estremecimientos convulsivos, la cara se enrojece, la pupila se dilata, el enfermo suda; privado de sentido, mientras dura la crisis, recobra el conocimiento apenas la crisis pasa; exhala gritos roncos que parecen aullidos. Este enronquecimiento de la voz es un síntoma muy característico. Detalle digno de mención: la llaga cicatrizada, huella de la mordedura del perro rabioso, ha vuelto á abrirse; es de un rojo vivo, deja escapar una serosidad viscosa; presenta un aspecto lívido particular, y está rodeada de una zona violácea.

El Dr. Dionisio Dumont prescribe bromuro de potasa con jarabe de codeína, pero no obtiene resultado; las crisis se suceden, se repiten con menos intervalo, se agravan; la estrechez de la laringe se acentúa; la deglución se hace imposible. El desenlace fatal parecía inevitable. Si Grillé hubiera muerto al día siguiente ó á los dos días de su

entrada en el Hotel Dieu, á nadie se le hubiera ocurrido achacar su muerte á otra causa que á la hidrofobia.

Entonces Mr. Dionisio Dumont tuvo la feliz idea de favorecer el sudor y la salivacion del enfermo. Al hacerlo así seguía una indicacion de la naturaleza, considerando estos fenómenos como esfuerzos hechos por el organismo para eliminar el veneno rábico; ¿no podía excitarse por un medio poderoso esta actividad médica de las glándulas bucales y las glándulas sudoríferas?

El nitrato de pilocarpina proporciona este medio. En el intervalo de un día, se le hicieron al enfermo tres inyecciones sub-cutáneas de un centímetro de pilocarpina cada una. El efecto fué inmediato; los sudores abundantes, la salivacion intensa aparecieron. La medicacion se continuó cuatro ó cinco días. Durante este tiempo las crisis se debilitaron, se hicieron menos frecuentes, y, finalmente, desaparecieron. Grillé estaba curado.

Pero, ¿era la rabia, lo que se acababa de curar? M. Dionisio Dumont responde á esta pregunta, primero con los hechos de la observacion clínica: el cuadro de las crisis sufridas por Grillé concuerda punto por punto con el de las crisis rábicas, el dolor al epigastrio, la ansiedad precordial, la salivacion, la tendencia á morder invencible, el enrojecimiento de la voz son rasgos perfectamente característicos. Responde despues con los hechos establecidos por la informacion que ha llevado á cabo.

Despues de haber analizado todas las circunstancias de este caso tan interesante, dice M. Dionisio Dumont:

«Resumamos en pocas palabras. Tenemos:

- 1.º La mordedura de un perro rabioso.
- 2.º El período de incubacion ordinaria, despues la inoculacion ordinaria, despues la inoculacion del virus, treinta y seis días.
- 3.º La agitación irresistible; las idas y venidas sin motivo.
- 4.º Ese malestar especial con la picazon que parte del antebrazo donde está la llaga y que precede al primer acceso sin que luego se vuelva á repetir.
- 5.º Una sed intensa, un dolor vivo en la garganta, una contraccion espasmódica á cada tentativa de deglucion.
- 6.º La repulsion de los líquidos en general más pronunciada por algunos.
- 7.º Los accesos provocados en seguida por ciertas excitaciones, sobre todo por el rechinar de los dientes.
- 8.º La vuelta casi instantánea al conocimiento, una vez pasada la crisis.
- 9.º Las convulsiones que no afectaban más un lado que otro.
- 10.º La tendencia á morder y las mordeduras que el enfermo se hacia á sí mismo.
- 11.º La sensacion de un peso extremadamente penoso en el pecho con ansiedad precordial.
- 12.º Esa voz ronca que acompañaba los accesos.
- 13.º y último. Las modificaciones tan curiosas y tan características de la llaga.»

Parece que nada falta á estos síntomas; pero, sin embargo, la Academia de Medicina nombró una comision especial para que emitiese dictámenes sobre la Memoria de Mr. Dionisio Dumont. Esta comision nombró ponente á Mr. Bruley, cuyo informe es en extremo interesantísimo. Pregúntase, ante todo, si realmente el enfermo curado por la pilocarpina estaba atacado de hidrofobia.

Si el enfermo hubiera muerto, nadie hubiera hecho tal pregunta; es verdad que se han manifestado en él los síntomas de la rabia, pero Mr. Bruley hace observar que un pastor conoce bien estos síntomas, que el mal no se ha declarado hasta que Grillé supo la muerte de una persona mordida por el mismo perro que le habia mordido á él; puede, pues, sostenerse que quizá los síntomas derivaban, no de la excitacion rábica, sino de la imaginacion del enfermo, sobreescitada por el terror.

«Pero, —dice Mr. Bouley en su dictámen,—si esta interpretacion es aceptable para los síntomas de cierto orden, hay otros á los cuales no se adoptan tan fácilmente, tales como la picazon cerca de la herida rábica, la irradiacion de esta sensacion en todo el cuerpo, la hiperestesia generalizada; y por último, la inflamacion de la llaga, cerrada hacia ya tiempo. Todo esto, que pertenece á la sintomatología de la rabia, no puede ser imitado. ni es tampoco de las cosas que son de notoriedad comun. Bajo este punto de vista, la observacion de Mr. Dionisio Dumont tiene un carácter particular, que la diferencia de aquellas otras en que los síntomas de apariencia rábica proceden exclusivamente de la imaginacion de los enfermos.»

El análisis de estas difíciles cuestiones lleva á Mr. Bouley á preguntarse si la rabia es una simple neurosis, es decir, una enfermedad sin lesion del sistema nervioso, ó bien si vá acompañada de una lesion. El año último, Mr. Pasteur y sus colaboradores dieron la demostracion experimental del estado de virulencia del sistema nervioso central.

«La prueba—dice Mr. Bouley—de la presencia real de un elemento de contagio en el sistema nervioso central, es que la sustancia de este sistema es inoculable. Inocúlese á un perro la saliva virulenta de la rabia, sea por la lanceta,

»sea por una inyeccion subcutánea, ó intra-venosa, y si contrae la enfermedad, la prueba de la inoculacion hecha con la sustancia de su sistema nervioso central demostrará su estado de virulencia. Este sistema es como un aparato condensador del elemento rábico; ó, para expresar las cosas de modo que estén más en relacion con su naturaleza, la sustancia nerviosa es para la partícula viviente de que procede la rabia, el medio más favorable á su pululacion.

Si en lugar de hacer la inoculacion por la piel y el tejido celular, se inocula directamente la superficie del cerebro, recurriendo á la trepanacion y empleando la sustancia cerebral de un perro hidrófobo, la rabia se produce muy rápidamente. Parece, pues, que la partícula viviente depositada en la superficie del cerebro encuentra en la sustancia nerviosa el medio más favorable posible.

«Esto —añade Mr. Bouley—abre una nueva vía á la anatomía patológica. Por medio de la inoculacion puede hacerse patente la presencia del elemento invisible de una lesion —naturalmente en el caso de que este elemento es el de una virulencia—y de su presencia en una enfermedad considerada hasta ahora como una neurosis, puede inducirse que las manifestaciones sintomáticas de lo que se llama neurosis, se relaciona, como las de la neurosis rábica, con una condicion material que todavia escapa á los medios de exploracion que tenemos á nuestro alcance.»

Los experimentos hechos en el laboratorio de la Escuela Normal, hicieron conocer dos nuevos hechos: el estado de virulencia del sistema nervioso central, y la rapidez con que se trasmite la rabia al perro cuando se le inocula directamente por el cerebro.

No insistiremos, por ahora, sobre los grandes bienes que resultan de estos hechos, bajo el punto de vista de la atenuacion del virus rábico, y la posibilidad de producir un dia un preservativo contra la hidrofobia. Volvamos á la observacion del enfermo del hospital de Caen. Si M. Dionisio Dumont hubiera podido probar que la saliva de su enfermo era virulenta el caso no ofrecería duda alguna.

Ahora bien, ¿estaba rabioso el enfermo?

«No puede contestarse á esta pregunta,—dice M. Bouley,—por que desgraciadamente M. Dionisio Dumont no ha aprovechado la ocasion que se le presentaba de comprobar—inoculándose á un perro por medio de la trepanacion,—las propiedades que podia tener la saliva de su enfermo. ¿Qué solucion más definitiva si el perro hubiera rabiado! A falta de esta prueba es imposible decir nada sobre la naturaleza de la enfermedad y afirmar que constituye un ejemplo auténtico de curacion de la rabia.

«Pero si queda el ánimo indeciso acerca de la naturaleza de esta enfermedad, un hecho cierto resulta de la observacion que se presentaba con caracteres de gravedad excepcional y que ha cedido tan rápidamente bajo la influencia de la medicacion señalada por M. Dionisio Dumont, que es preciso atribuir á esta medicacion el mérito del resultado. Esto es algo, por que, despues de todo, la rabia que se puede llamar imaginaria tiene también sus peligros.»

P. RUIZ ALBISTUR.

#### LA MÚSICA ÁRABE-PERSA.

Los antiguos Persas no gustaban de la música; la consideraban como un arte peligroso y como una de las principales causas de la relajacion. Sólo en algunas ocasiones solemnes cantaban himnos en los templos de sus dioses ó en los salones de sus reyes. Tenían la misma opinion del baile y lo creían nocivo á las buenas costumbres. El desprecio que tenían por esas dos artes y que reflejaba necesariamente sobre los músicos y bailarines, fué legado á sus descendientes. Chardín, en su obra «Viaje á Persia, vol. V, pág. 66, dice, hablando de los Persas modernos: «Cantan ordinariamente acompañados del laúd y la viola; los hombres poseen las más hermosas voces, pero no hay quienes sepan cantar, porque tanto el canto como la danza pasan por deshonrosos en Persia.»

Las supersticiones nacionales y las impresiones que un pueblo ha recibido desde su infancia, tienen tanto poder, que siglos enteros no bastan á borrarlos, sobre todo, cuando la causa de su duracion se encuentra en las leyes, en el clima y en la religion.

Los persas septentrionales, es decir, los habitantes de esa cadena de montes que hoy se llama Apasín, son de naturaleza seria, de un humor bélico y poco amigos de las artes. Sin embargo, el gusto para el canto es comun en ellos. El mismo Chardín dice: «A pesar de todo, el pueblo tiene tal tendencia para el canto, que en las horas que dedican á los trabajos profesionales, para animarse y poder al mismo tiempo soportar las fatigas, las pasan cantando.» Y sería verdaderamente extraño que un pueblo que ama tanto la poesía, fuera del todo insensible á los encantos de la música tan inherentes al corazón del hombre y ligado de una manera tan íntima á sus pasiones.

La aurora de la civilizacion, teniendo por cortejo las artes, pasó de la Media á la Persia. Los persas no eran más que groseros pastores que habitaban montes inaccesibles, cuando ya la Media

estaba ocupada por un pueblo civilizado que conocia todas las artes que inventó el lujo. Los medas fueron subyugados por los persas; pero comunicaron á la nacion victoriosa sus artes, sus leyes, sus costumbres y su lengua.

Luego los persas aprendieron de sus maestros en civilizacion, la música y los otras artes análogas. Los placeres de la mesa se aumentaron con los encantos de la música. Los monarcas mismos quisieron hacer tomar parte en esos gozes á todos aquellos que podían animar los festines, particularmente el baile. Los persas olvidaron pronto las costumbres de sus antepasados y se convirtieron en un pueblo civilizado y amigo de la música, pues ese arte era la ocupacion favorita de los medas. Y hasta parece que en esa época hicieron grandes progresos en la música, puesto que no la ejercitaron como un arte auxiliar, subordinado á la poesía y á la mímica, sino como un arte independiente y absoluto; en ese período encontramos ya algunos *intermedios, fantasías y preludios* que se disputaban con el canto la atencion del auditorio.

Poseían muchos instrumentos musicales de diferentes especies, que comparándolos á los instrumentos de los Persas modernos, descritos por Kamfer, se puede creer que son los mismos que empleaban en la antigüedad. Por otra parte, sabido es que los Chinos, los Judíos y la mayor parte de los pueblos orientales, no han mejorado en el sistema musical que tuvieron primitivamente, ni sus instrumentos. La música de los Medas fué enseñada también á las mujeres persas; hubo cantatrices y tocadores de lira, formando parte del cortejo ó más bien del harem de sus reyes, costumbre que, segun refiere Chardín, existe todavia en nuestros días.

La instruccion de la música de los Griegos en Persia, bajo Alejandro y sus sucesores, hubiera podido tener una saludable influencia, si se hubiera procurado aplicar sus reglas á los cantos nacionales; en vez de esto, los Persas preferían el estudio de la Acústica á los encantos de la modulacion, y consideraban la música, no como una de las bellas artes, sino como una ciencia especulativa. No se sabe de una manera cierta si el sistema musical de los indios era, en esa época, conocido por los Persas, ó si lo fué más tarde; se puede, sin embargo, conjeturar segun las investigaciones históricas hechas recientemente por la Sociedad literaria de Calcuta, y segun diversos pasajes de *Ouseley's orient collections*, que antiguamente existían relaciones entre los dos pueblos, puesto que los reyes persas de la tribu de Pishdad conquistaron en diversas épocas algunas partes de la India, y que los monarcas del Indostán hicieron frecuentes irrupciones sobre Iran. Si reflexionamos que el Indostán fué siempre considerado como la vertiente más antigua de las ciencias y visitado por hombres de todos los países, que venían á recoger en sus libros la *sabiduría*, debemos creer que si los pueblos vecinos no han tomado sus conocimientos musicales de la Judea, los han á lo menos enriquecido y corregido sobre ese modelo. Esto explica lo que dice Jones, en su *Tratado sobre la música indiana*; que se encuentran las escuelas persas en los libros escritos sobre la música en lengua sanscrita, y la teoría musical de los Indios en los libros persas que tratan de la música.

Una nueva época para la música comenzó en Persia con los árabes. Cuando el califa Omar destruyó ese reino y plantó sobre sus escombros la bandera del islamismo, la lucha fué terrible; los primeros años que siguieron á esta revolucion fueron de crímenes, de sangre y de desolacion; pero la Persia ganó bajo algunos puntos de vista. El pueblo vencedor estaba dotado de una organizacion más delicada; era amigo de las artes y de la sociedad; esa mezcla de espíritus diferentes, produjo un efecto saludable á las dos naciones. La lengua árabe, uniéndose á la lengua persa, la hizo más dulce y sonora; la música y la poesía de los persas se convirtieron en hijas queridas de las de los árabes. Este pueblo, que siente de una manera tan viva y sublime, que aprecia tanto sus tradiciones y su poesía, no pudo quedar insensible á los encantos de la música.

Desde los tiempos más remotos, la música y la poesía eran muy estimadas por los árabes, aunque sus modulaciones y sus instrumentos musicales fueron tan sencillos como pueden imaginarse en un pueblo nómada. Toda su música se limitaba á cantar sus idilios y sus elegías, sin que por eso se sirviese de notas musicales ó de un sistema cualquiera. Tal era la música de los árabes desde su origen; pero, cuando ese pueblo abandonó el desierto y conquistó muchos países, las imágenes de su poesía tomaron un vuelo más elevado, se enriquecieron más y la misma mejora se operó en la música. Los modos menores y las modulaciones de la música de los medas, se mezclaron á los modos y modulaciones de los árabes; y bajo los Califas que sucedieron á Omar y á Osman comenzó el siglo de oro de la música persa.

Harum al Raschid el grande tomó por amigo y confidente al más famoso tocador de laúd de la Arabia.

Las canciones compuestas por Abou-Giafar, de la raza de los Abasidas, hacen todavia las delicias de los árabes.

El califa Abou-Nasar-Maomet-al-Jarabi que era á la vez poeta, filósofo, filólogo y físico, supo encontrar en la composicion de obras musicales efec-

los tan maravillosos que le valieron el título de *Orfeo de los árabes*.

El ejemplo de los soberanos, su amor á las ciencias, las recompensas y distinciones que acordaban á los artistas, hicieron brotar las luces en todos los ramos del saber humano.

Si es verdad que la música de los persas fué perfeccionada por los árabes, estos no desconocieron la fuente de donde habían tomado las primeras nociones de ese arte y formaron su sistema musical en lengua persa y hasta llegaron á dar á sus escalas los nombres de las principales provincias y ciudades persas.

Los árabes y los orientales modernos, en general, no pasan nunca de un intervalo á otro sin hacer oír todos los intervalos intermediarios. Esa manera de hacer resbalar la voz, que á nosotros nos es imposible, constituye para ellos la gracia de la música.

Los árabes modernos no conocen la armonía, y en su música todas las partes cantan al unísono ó á la octava.

Sin embargo, la canción nacional de los árabes, de cuyo autor no se conserva la tradición, es un trozo sumamente triste y hasta llega á lo sublime... Cada vez que lo toco, me parece ver á uno de esos jefes árabes sentado sobre los escombros de su antigua patria, meditando sobre el pasado y llorando su pérdida grandeza...

GIOVANNI ABERLE.

## HISTORIA DE TRES SECUESTROS.

—Un padre siempre es un padre.  
—Te digo que ese padre es el que asesina á su hijo con su tacañería, porque nosotros no somos más que la cuchilla; él es el verdugo.

—Yo soy mandado, respondió Rodrigo, y cumplo con referir lo que se me dice. ¿Qué respuesta llevo?

—Ninguna, pues ya verá ese mal padre lo que le aguarda.

—¿No tiene usted más que mandarme?

—Sí, respondió el *Maruso*; desde aquí tomas el camino de Pruna, y después sigues hacia Villanueva.

—Está muy bien, haré lo que usted manda.

—En el camino te encontrarás otros compañeros y ellos te dirán lo que has de hacer.

Rodrigo permaneció callado algunos momentos, y rascándose detrás de la oreja, con ademán profundamente pensativo.

Luego preguntó:

—¿Y diga usted, nuestramo, ¿qué piensa usted que harán conmigo esos compañeros, si les doy el mismo recado?

Los bandidos quedaron mirando á Rodrigo, con una expresión equívoca é indefinible; pero que no era malévola, porque en su interior no había dejado de hacerles gracia la pregunta.

Sin embargo, el *Maruso*, afectando enojo, le respondió:

—En cuanto les des el recado, te despanzurran de seguro.

—Pues entonces, si le parece á usted, les diré que ya usted sabe lo que pasa. ¿No es eso?

—Largo de aquí pronto, tío *Camándulas*, que tienes tantas escamas como el que te envía.

—Pues, ea, con Dios, y tengan ustedes lástima del chico, que no tiene culpa de nada. ¡Pobrecillo!

—¡Anda véte con dos mil demonios de á caballo que te lleven! exclamaron furiosos los bandidos.

—¡Arre, corcail! gritó Rodrigo, espoleando su mula hacia el camino que le habían señalado.

El *Maruso* y su compañero agujaron sus caballos en dirección opuesta, y muy pronto desaparecieron al galope entre las revueltas de un ancho sendero, que serpenteaba por aquellos matorrales.

## CAPITULO VII.

### DEL COLOQUIO HABIDO ENTRE EL GUARDIAN Y EL PRISIONERO.

La noche había tendido su manto de estrellas sobre el horizonte; al calor sofocante del día siguió la brisa más respirable, pero sin que dejara de sentirse una temperatura siempre alta en demasía.

El canto monótono de las cigarras se confundía á intervalos con el agorero grito de la vidivora corneja; y más lejos, en una frondosa alameda, se escuchaban los melodiosos trinos del amante ruiseñor, que hacían singular contraste con los gemidos lúgubres del buho, con la voz compasada del cucullito, con el sonante aletéo y grito del mochuelo, y con el canto interminable del grillo, alegría del hogar y regocijo de la infancia.

Y toda la naturaleza parecía recobrar á esta hora su dominio sobre sí misma, y su voz magnífica y múltiple, compuesta de infinitos ruidos que se exhalaban de los montes, de los valles, de los arroyos y de los vientos, como el himno eterno de gratitud de la creación á su creador.

A esta hora también el corazón y la mente de los mortales parece recobrar su frescura y espontaneidad nativa, después de los ardores fatigantes del sol abrasador de los días de Julio en Andalucía.

Así sucedió al infeliz secuestrado y á su constante guardian, que habían permanecido durante el día tendidos boca abajo, jadeantes y poco menos que asfixiados por el calor, sin cambiar entre sí ni una palabra, y sin tener la actividad suficiente para formular un pensamiento.

Pero cuando vino la noche y la refrigerante brisa, experimentaron una sensación tan grata y vivificante como si resucitasen.

En tal estado, sintieron también la necesidad de comunicarse, porque el hombre está formado de manera, que el instinto de la sociabilidad es tan enérgico, por lo menos, como el de la inteligencia.

En efecto, el hombre no puede ser indiferente y mudo en presencia del hombre, cuya opinión desea conocer, cuyo juicio le interesa, cuya aprobación irresistiblemente solicita, cuyos pensamientos enriquecen su conciencia, y cuya voz y manifestaciones, por impulso natural, le agrajan.

Así, pues, incorporándose en el suelo el cautivo y el guardian, convidados de la soledad en que se hallaban y por la apacibilidad de la tranquila noche, entablaron el diálogo siguiente:

—¿Y andaremos así mucho tiempo? preguntó el joven cautivo.

—Ya ves la mala vida que traemos, porque hoy creí que nos ahogábamos de calor durante la siesta; pero todo depende de tu padre, contestó el bandido.

—Yo creo que ya estaríamos libres de pasar tantos trabajos, si se le hubiera pedido menos dinero á mi padre.

—¿Crees tú que no tiene diez mil duros?

—Me parece que no tiene disponible tanta cantidad.

—¿Y cómo sabes tú el dinero que tiene tu padre, que por cierto es muy eucarrón y muy reservado?

—Hombre, yo le he visto guardar dinero, y aun cuando yo no pueda calcular lo que tiene, me parece que hubiera podido dar con más ó menos fatigas tres ó cuatro mil duros; pero la cantidad que le han pedido, es seguro que no la tiene.

—¿Y qué sabes tú, muchacho?

—Yo me fundo en que un padre siempre quiere á su hijo, y que no estaría yo aquí pasando tantas penalidades, si mi padre hubiera podido libertarme en seguida.

—Los viejos son muy tnanates, y muy cazarros y muy avaros, y nada tiene de particular en que se haga el muerto y el pobretón, aunque tenga la cantidad necesaria para sacarte de nuestras manos.

—Desde luego le digo á usted que mi padre no es capaz de eso.

—Tú no conoces el mundo todavía, y no sabes lo que es un viejo apegado á sus onzas.

—Usted dirá lo que quiera; pero yo estoy firmemente persuadido de que si le hubieran reclamado la cantidad que he dicho, no estaría yo aquí pasando tan malos ratos, porque un padre podrá querer mucho su dinero, sobre todo cuando le cuesta mucho trabajo y grandes fatigas el ganarlo; pero siempre quiere más á un hijo.

—De todo tiene la viña del Señor, porque hay hombres que prefieren guardar su gato, á que le degüellen toda su familia.

—Yo no niego que haya hombres así; pero de fijo que mi padre no pertenece á ese número que usted dice.

Aquí llegaban nuestros dos interlocutores, cuando el guardian, tomando la actitud de escuchar atentamente, después de algunos momentos, dijo:

—¿Alguien viene! ¿No has oído?

—Me parece que suenan pisadas de caballos, aunque muy lejanas.

—Esa es la fija; probablemente serán los compañeros.

El ruido de los caballos se aproximaba cada vez más, y muy pronto el guardian conoció que al venir á campo travieso y por entre los matorrales, no podían ser otros que sus camaradas.

En esta inteligencia, permaneció tranquilo, y reanudando el diálogo interrumpido con el prisionero, le preguntó:

—¿Con que tú crees que tu padre hubiera podido dar desde luego tres ó cuatro mil duros?

—Sí, señor.

—Pues más valiera haberlo hecho así desde el principio, y no estaríamos aquí sudando la gota gorda y mudando el pellejo.

—Claro está; pero cuando se piden imposibles, esto es lo que pasa.

—Tienes razón, muchacho.

Ya en esto, llegaron los jinetes tan cerca, que fácilmente reconoció el guardian al *Maruso* y su compañero, que traían un caballo del diestro.

Inmediatamente se desató la faja, y después de registrar si el cautivo tenía el pañuelo, que le cubría los ojos, bien puesto, salió con presteza al encuentro de sus amigos.

—¡Hola, perillan! ¿Ha ocurrido por aquí algo de nuevo? preguntó el *Maruso*.

—Nada de particular, sino que los pájaros se frien de calor—respondió el guardian.

—¿Y quién le teme al sol?

—Eso está muy bueno para el que anda de acá para allá; pero el que desde que amanece hasta que anochece está aquí parado y aguantando el pujo, tiene razón para temer que los sesos se le derritan. Como sigamos mucho tiempo así, el mejor día nos vá á encontrar ahogados; pero gracias á Dios, esto se acabará pronto, dijo el guardian, aludiendo al buen resultado que él suponía hubiese tenido la entrevista con el emisario del padre del prisionero.

—Sí, sí; trazas lleva el negocio de acabarse pronto—replió el *Maruso* con una entonación particular de ira y despecho.

Estas palabras pusieron de mal humor y llenaron de confusión al guardian, quien desde luego comprendió que nuevas y enojosas dificultades habían sobrevenido.

—¿Pues qué ha pasado? preguntó.

—Ahora te lo diremos.

Los dos bandidos echaron pié á tierra, y el *Maruso*, alargando la bota al guardian, le dijo:

—Toma, y ya que tienes tanto calor, échate un buen trozo para apagar la sed.

No dijo tal el *Maruso* á sordo ni á manco, porque el guardian, dando tregua á su curiosidad, empuñó la bota, y abrazado con ella, quedóse mirando al cielo un valiente rato, abriendo en toda su extensión el pasa-pan, que durante más de tres credos se convirtió en pasa-vino.

Viendo el *Maruso* el prolongado éxtasis del guardian, le dijo al hoyoso de viruelas:

—Me parece que éste va á contar todas las estrellas del cielo.

—¿Cuánta sed debía tener el pobrecito!

—Me parece que va á dejar la bota tirando.

Cuando el guardian acabó de consumir, exclamó:

—¡Buen caldo! De Montilla y con tres años de madera. —Se conoce que lo entiendes, mosquito—dijo el hoyoso de viruelas—y por ahora te habrás apagado la sed por un rato.

—No lo niego; y en cuanto á paladar, no se pueden poner conmigo todos los catadores de Jerez.

En seguida, los recién llegados y el guardian se apartaron algunos pasos de donde yacía tendido el cautivo, y después de ponerle su apéa á cada caballo, sentáronse á comer como gentes que tenían además que hablar muy despacio y de asuntos para ellos harto importantes.

## CAPITULO VIII.

### DE CÓMO LOS SECUESTRADORES NO ENCUENTRAN YA DE QUIEN FIARSE.

En vista de las indicaciones de mal agüero que había hecho el *Maruso*, y después de haber medio devorado un buen tasajo de carne fiambre, no se le cocía el pan en el horno, como suele decirse, al guardador del cautivo, y, por lo tanto, ansioso de saber cuanto antes el resultado de la expedición de sus compañeros, se apresuró á preguntar:

—¿Y qué hay de bueno?

—De bueno, nada; respondió el *Maruso*.

—¿Qué ha contestado ese hombre?

—Cuando pienso en la contestación, me dan ganas de dejar ahí atado á ese muchacho y que se lo coman los lobos.

—O darle un tiro en la frente y satarle la tapa de los sesos—añadió el hoyoso de viruelas.

—¡Demonio! exclamó el guardian. Y yo que creí que veniais tan contentos.

—Como si nos arrancasen las muelas—respondió el *Maruso*. No parece sino que todos los demonios del infierno se han desencadenado contra nosotros.

—Pero, vamos á ver, ¿qué ha sucedido? preguntó el guardian.

—Ni siquiera te lo puedes imaginar. Ese tío tano, perro y tacaño ha contestado que no tiene dinero, y que si lo soltamos, todo lo que puede dar son seis mil reales.

—¡De veras! ¡Ay que tío pilló! Y eso que el muchacho me ha estado diciendo hace poco, que no creía que su padre pudiera tener diez mil duros; pero que sí podría dar muy bien tres ó cuatro mil.

—Ese mozalvete es un lila y no conoce á su padre.

—Eso mismo le he dicho yo. ¡Vaya una salida de gallo inglés! ¡Cuidado con ofrecer seis mil reales, como si nosotros fuéramos algunos raterillos de pañuelos!

—Pues no hay más sino lo que te he dicho.

—¡Calla, hombre que me has dejado hecho una estatua! ¿Y qué pensais que hagamos?

—Yo no veo más remedio que escribirle otra carta al alma, diciéndole que vamos á degollar al hijo, sin que lo salve Jesucristo.

—No sólo decirlo, sino hacerlo; añadió el hoyoso de viruelas.

—¡Pues claro está! respondió el *Maruso*.

—Pero entonces esto se prolonga mucho, respondió el guardian; y yo supongo que ya habreis visto al *Tío Martin*, para que lo tenga, porque así, á campo raso, no podemos estar más tiempo.

—Cuando te digo que todo viene mal, yo sé lo que me digo; respondió el *Maruso*. Después de hablar con el hombre que envió don Manuel Rubio, fuimos á ver al *Tío Martin*, pero échale un galgo.

—Pues qué, ¿no estaba en la huerta?

—Ni por soñazon. La casa estaba cerrada, un hijo suyo está preso en Archidona, y se conoce que el hombre anda también amontado.

—¿Cuánto contratiempo! Pero el *Tío Martin* tiene muy buenas aldabas, porque ha sido y es todavía muy arriscado y mujeriego, pues ya recordarás las aventuras que nos contaba con ciertas señoras que él camcló en otro tiempo, y que siempre han continuado protegiéndole.

—Sí, él se jactaba de que no habían sido solos *Castilleja* y *Pacheco* los que habían tenido relaciones con señoras encoquetadas, porque esas madamas son muy caprichosas, como todas las mujeres, y les gustan los hombres de nombradía y de pelo en pecho; pero se conoce que la cosa anda muy mala y que la Guardia civil aprieta de lo lindo, porque lo cierto es que el viejo, con toda su experiencia y á pesar de todos sus padrinos y madrinhas, ha abandonado su nido.

—Pues entonces conviene trasponer á este muchacho á los montes de San Miguel, porque allí lo metemos en cualquiera de aquellas cuevas y Dios no *Julna* el fregado.

—Parece que no te haces cargo de cómo andan estos negocios. Figúrate tú lo que pasará por aquella tierra, cuando hasta el *Niño* de Benamejí y toda su gente, han tenido que hacerse noche y salir á una de caballo.

—Pero ¿qué demonios ha pasado?

—Nada, que el gobernador y la Guardia civil de Córdoba no dejan parar á nadie en aquel territorio.

—¿Y no hay quien le pegue un tiro á ese gobernador?—dijo el hoyoso de viruelas.

—Por hoy, más nos convenia que le abrasasen los hígados al gobernador de esta provincia, que también aprieta más que un dolor, respondió el *Maruso*.

—Pero... ¡esto es una epidemia!—exclamó el guardian.

—Sí, empezó por Córdoba y se va extendiendo por toda Andalucía.

—¿Y en dónde vamos á encerrar á ese pájaro?

—En ninguna parte; no hay más remedio que vivir al raso y mudando lugares.

—Mira que eso no se puede resistir.

—Ahora descansarás unos días, y mientras te relevará éste,—dijo el *Maruso*, señalando al otro compañero.

—No creas tú tampoco que estamos así tan seguros, porque en el campo, además de los pastores, guardas y mucha gente pasajera que pueden vernos, no deja también de vigilar la Guardia civil, y en un instante puede suceder una diablura.

—Ya sabemos que en todo hay inconvenientes; pero en estos casos, es menester elegir lo menos malo, y claro está que es mejor andar á salto de mata, porque al menos aquí

no tenemos que fiarnos de nadie que nos pueda vender por una propina; pero ¿qué es eso? ¿Habeis oído?

La voz humana, que es tan consoladora y simpática para los hombres de bien, así en la soledad de los campos, como en el tumulto de las ciudades, suele ser, por el contrario, para las gentes de mal vivir un motivo harto fundado de temor y alarma.

En efecto, el *Maruso* había oído á lo lejos algunos gritos, y aplicando el oído á tierra, añadió:

—Alguna gente á caballo se acerca.

En seguida se levantó rápidamente y dijo:

—Anda, vete al lado de ese muchacho, y si ves que alguien se acerca...

—¿Le doy un tiro?

—No, porque el tiro suena; pero le das una puñalada que le partas el corazón, y en seguida te echas á gatas por entre el monte y vas á buscarnos á ese barranco, á donde nos vamos éste y yo con los caballos.

El guardian, con no vista presteza, plantóse de un salto junto al cautivo, con su puñal desnudo en la mano, mientras que sus compañeros llevaron los caballos á una hondonada próxima, en la cual no era posible verlos entre la mancha general del monte.

Mientras que tales precauciones tomaban los bandidos, acercábase á más andar el ruido de las voces y el tropel de una porción de bestias que hacía retremblar la tierra.

La inquietud y el susto de los malhechores llegó á su colmo, imaginándose que á tiro hecho y sin topar en rama, se acercaba un regimiento de caballería al sitio en donde se hallaban ocultos.

Al mismo paso y compás que el alarmante rumor y estrépito se acercaba, crecía en los malhechores el temor de ser sorprendidos; pues que llegaron á creer que D. Manuel Rubio, valiéndose de espías, con mucha reserva, tal vez había conseguido averiguar su paradero, dando parte á la autoridad para que procediese á su prision y castigo.

Esta creencia llegó á apoderarse de tal modo del ánimo de los malhechores, que el guardian con el puñal levantado en alto, aguardaba el momento crítico de que alguien se acercase al rancho, para descargar sobre el pecho del cautivo el golpe mortal, que el *Maruso* le había ordenado.

El infeliz Enrique, si bien es cierto que sentía junto á sí la presencia de su perpetuo vigilante, se hallaba muy lejos de pensar el inminente peligro que corría, supuesto que la venda que le tapaba los ojos le impedía ver la actitud terriblemente amenazadora del bandido.

Entre tanto, el ruido de las voces y el galope de los caballos se oía cada vez más claro, más distinto y más cercano, si bien el estrépito sonaba en la llanura, á campo travieso y á poca distancia de la mancha y espesura del monte.

Esta circunstancia tranquilizó á los bandidos, que en sus respectivos puestos miraban atentamente por entre las jaras y coscojas hacia el sitio en que sonaba el tropel, y entonces pudieron convencerse de que todo aquel ruido de voces de hombres, pisadas de caballos y sonantes cencerros, provenía de muchedumbre de vaqueros que conducían de una dehesa á otra, una torada.

Cuando los secuestradores se hubieron convencido de la verdadera causa de su temor y susto, volvieron rápidamente á reunirse, reanudando el interrumpido curso de su merienda ó cena, burlándose de sí mismos, con mucho donaire y chiste, y celebrando el dichoso desenlace, con sendos tragos del montillano.

—Pues no hay más remedio que andar á la intemperie y no fiarse de nadie —dijo el *Maruso*.

—Sí, pero no conviene permanecer mucho tiempo en el mismo sitio —replicó el guardian.

—Por eso mismo nos vamos á ir ahora á otro rancho.

—¿Cuántas fatigas para reunir cuatro cuartos, mientras que otros se hacen ricos, sentados! exclamó el hoyoso de viuelas.

—¿Qué quieres? Los ladrones de bufete roban más y con menos trabajo y peligros, respondió el *Maruso*.

—Lo cual no quita que luego la echen de hombres de bien, y nos llamen á nosotros trastornadores de la sociedad, y esas otras cosas que dicen de los pobres que roban, exponiendo su pellejo, y no escribiendo y perdiendo infelices —replicó el pícoso de viuelas.

—Eso va en el seno de las criaturas, —dijo el guardian.

—Pues ahora es menester que ese mozo escriba una carta que arda en un candil —indicó el *Maruso*.

—¿Traéis avíos? —preguntó el guardian.

—Sí, pero es mejor que la escriba en el otro rancho.

En efecto, una vez terminada la comida, los bandidos subieron al secuestrado á las ancas del caballo de *Maruso*, y montando ellos despues en sus cabalgaduras, emprendieron su marcha por entre matorrales y barrancos á favor de las tinieblas de la noche.

CAPITULO IX.

PARALELISMO ENTRE EL ALMA Y LA NATURALEZA.

Los bandidos caminaron con el secuestrado algunas horas, hasta llegar al sitio que de antemano habían elegido para su nueva mansion entre la espesura del monte.

Cuando los caminantes se apearon en su nuevo rancho, ya la rosada aurora cubria de mágicos arbores los dilatados espacios del Oriente, y el canto matinal de las aves saludaba la venida del próximo dia.

Bello es, sin duda, el espectáculo que la naturaleza ofrece á la contemplación humana en semejantes horas; pero aquellos infelices malhechores, abrumados bajo el peso de la tosca animalidad y del repugnante crimen, permanecían de todo punto insensibles é indiferentes á tales maravillas y bellezas.

Existe un paralelismo inevitable entre el estado de la conciencia y la impresion que la naturaleza produce en el alma del hombre.

La tranquila noche, llena á un mismo tiempo de majestad sublime y dulce melancolía, es la imagen de una conciencia inocente, serena y límpida, como la superficie del lago que no riza ni el más leve soplo de las áuroras, y que en sus transparentes cristales refleja el azulado espejo de los cielos. Pero esa misma noche tan augusta y tan solemne, ya

resplandeciente de estrellas, ya magestuosa de tinieblas, léjos de evocar profundos y morales pensamientos en el espíritu del malvado, solamente la encuentra útil como encubridora de sus crímenes; y cuando el esplendente sol lanza á torrentes de su vívido seno la luminosa belleza del dia, solo se imagina ver en la luz, el ojo escrutador de la sociedad indignada, que con razon le persigue como á su más implacable y mortal enemigo.

Así, el estado de la conciencia exparece sobre el mundo exterior un velo de luz y de colores ó un manto de sangrientas sombras, segun el alma vive y se goza en las purísimas regiones de la verdad, de la belleza y de la virtud, ó se agita y sumerge en las hondas tinieblas del error, de la deformidad y del crimen; de suerte que el espíritu del hombre en las recónditas interioridades de su sér, lleva consigo segun el uso que hace de su propia libertad, un paraíso de inefables delicias, ó un infierno de tremendas torturas.

Esta luz interna, este cielo, esta fuente de agua viva y fecunda se encuentra tan al alcance de cada sér humano, que le basta sólo querer, para conseguir la propia redencion y la felicidad asequible sobre la tierra.

Desdichadamente la injusticia de los hombres, por un lado, y su obcecación é ignorancia por otro, desconciertan de la manera más lastimosa la vida de innumerables millones de individuos, apartando así las almas de su centro luminoso y de su benéfica finalidad, en su tránsito por las regiones del tiempo y del espacio.

No hay, pues, un absurdo, una blasfemia, una desventura y un horror comparables al que excitan en un hombre, dotado de rectitud y honradez, esas desviaciones, esas monstruosidades, esos precipicios tenebrosos de las conciencias deformes y pervertidas, que solo miran en la tranquila noche, en el resplandeciente dia, en el respetuoso bosque, en la fértil llanura, en el alto monte, en la escarpada roca, en el florido valle, en el espumoso torrente, en el fecundante río, en la fresca gruta y en todas las magnificencias de la naturaleza, otros tantos medios de perpetrar delitos y ocultarlos.

Estas desventuradas gentes se hallan tan distantes de la verdadera humanidad, que en vez de admirar y sentir la hermosa infinita de la naturaleza, se afanan sólo, en medio de su espantosa perturbación moral, por hacerla cómplice y depositaria de sus criminales atentados.

Así, pues, los bandidos saludaron gozosos la espléndida luz del sol, porque ésta les proporcionaba la facilidad de escribir, sin pérdida de tiempo, la exigente y amenazadora carta, cuyo aterrador contenido habían ya entre sí concertado durante la cena.

Tan luego como hubieron dejado tendido al infeliz cautivo, siempre con los ojos cubiertos con un pañuelo, sacó el *Maruso* de las alforjas un tintero de cuerno, papel y una pluma de acero, y extendiendo en el suelo una manta, echóse boca abajo, y en esta forma púsose á escribir la terrible carta que pensaba enviar á don Manuel Rubio, es decir, al padre del secuestrado.

Cuando terminó su tarea, llamó á sus compañeros para leerles la epístola, cuyo contenido aprobaron estos desde la cruz á la fecha.

En seguida, el *Maruso* dijo:

—Ahora es menester que el muchacho escriba tambien á continuacion lo que yo le diga.

—Antes convendrá que le demos un bocadillo; dijo el alto de los ojos azules, ó sea el guardian.

—Despues que escriba comerá; replicó bruscamente el *Maruso*. Acércalo aquí para que escriba, como yo lo he hecho.

El guardian condujo á Enrique junto á la manta, y haciéndole hincar de rodillas sobre ella, el *Maruso* le dijo:

—Yo he escrito aquí, boca abajo, y de la misma manera vas á escribir tú, diciéndole á tu padre lo que hace al caso.

—Está muy bien; contestó con doliente acento el joven Enrique.

—Aquí tienes la carta que yo he escrito, y al pié de ella irás escribiendo lo que yo te mande.

Y dirigiéndose al guardian, el *Maruso* añadió:

—Quitale por detrás la venda, saca tu puñal, y clavámelo ahí, si vuelve la *fla*.

El guardian le aflojó el pañuelo, empujándole para que cayese de bruces, y despues se lo quitó, permaneciendo todos los bandidos á espaldas del secuestrado, que cubrióse los ojos con ambas manos á causa de la viva y aun dolorosa impresion que la luz le produjo.

—¿Qué es eso? preguntó el *Maruso*.

—Que no veo nada.

—Dentro de un rato, verás bien. No te apures.

El secuestrado exhaló un suspiro, restregándose los ojos y creyendo que tal vez se había quedado ciego.

Los bandidos continuaron un rato hablando entre sí, mientras que el joven se habituaba á la luz y se hallaba en estado de hacer lo que se le exigía.

Al fin, Enrique dijo:

—Me parece que ya podré escribir.

—Pues vamos allá.

Y el *Maruso* comenzó á dictarle la carta más feroz y afictiva para un padre, que pudiera escribir un hijo en aquellas circunstancias, y anunciándole que probablemente ya no veria más letra suya.

Terminada la carta del secuestrado, volvieron á venderle los ojos, le dieron de almorzar y lo dejaron en el mismo sitio que antes lo tenían.

Pocos momentos despues, el *Maruso* y el de los ojos azules montaron á caballo y partieron, llevándose el otro caballo de reata, y dejando por guardian del cautivo al otro compañero.

El joven Enrique no se apereibió al pronto de aquel relevo; pero muy luego conoció, por su desdicha, que había perdido bastante en el cambio.

CAPITULO X.

INCERTIDUMBRE.

Por más que el secuestrado y su guardian parecían estar completamente solos en los diferentes lugares que habían recorrido, estaba muy lejos de suceder así; pues que los

bandidos buscaban siempre sitios á propósito para mantener constante comunicacion con los demás cómplices y con el cautivo y el que lo guardaba, ya para estar al tanto de cualquier impensado accidente que pudiera sobrevenir, ya tambien para abastecerlos de las provisiones indispensables.

Así, pues, siempre cuidaban de tener disimuladamente algunos de los compañeros no muy lejos del rancho en que se ocultaban el secuestrado y el guardian, con el fin de prestar á éste auxilio en caso necesario, y ya se ha visto en alguna ocasion llegar hasta el mismo rancho á otros individuos de la partida mandada por el *Maruso*.

Sucedió, pues, que antes de haber andado media legua el jefe y su compañero, salieron al encuentro dos jinetes, con los cuales cambiaron algunas palabras, entregándoles despues el caballo que los dos primeros conducían del diestro.

Apartáronse en seguida, y cuando ya habían caminado un buen trecho, al trote y en silencio, el de los ojos azules preguntó al *Maruso*:

—¿Y con quién piensas mandar esa carta?

—Por el correo.

—¿Luego vamos á un pueblo?

—Sí, vamos á Campillos, que allí tengo yo puerto seguro; pero como la cosa se vá poniendo tan mala, daremos de camino un vistazo para saber cómo andan aquellos amigos.

—Me parece buena idea, porque en último caso, el señorito nos dará luz y abrigo si lo necesitamos.

—Tambien convendrá dar un paseo por Sierra de Yegua, y ver al otro padrino, que es un mozo rubio que caza muy largo.

—En las circunstancias que nos rodean, está bien pensada esa revista, por si se ofrece ocupar á esos compañeros.

—Además, el pueblo de Campillos es el más á propósito para echar esta carta y que la gente no *julne* de dónde vá el golpe.

—Te digo que cavilas más que un escribano, y que sabes más que un libro.

—Pues ahora lo que hay que hacer es tragarse el camino por los vientos.

—Tienes razon.

Y los dos bandidos espolcaron sus caballos, lanzándose al galope.

En resolucion, diré que el *Maruso* y su compañero llegaron á Campillos, pusieron la carta en el correo, visitaron á sus camaradas, y allí supieron que ya el *Tío Martin* se hallaba preso, y que se había descubierto la guarida de la huerta, y el uso á que frecuentemente la destinaban.

Bajo este aspecto salieron fallidas las esperanzas de los dos bandidos, relativamente á encontrar un asilo en Campillos ó Sierra de Yegua, supuesto que por allí tambien había llegado la inquietud, la alarma y el espanto.

Dos dias despues de haber echado el *Maruso* la carta en el correo de Campillos, hallábase Rodrigo en casa de don Manuel Rubio, en el Arahál, departiendo mano á mano con el afligido padre, á quien ya dias antes le había dado cuenta con toda prolijidad y eficacia de su difícil y doloroso encargo.

Rodrigo, en efecto, siguió el camino indicado por los bandidos, es decir, que se dirigió á Pruna y Villanueva, esperando á cada instante encontrar á los otros compañeros de los secuestradores, segun le habían anunciado; pero no habiendo visto á nadie, continuó su ruta hacia el Arahál, donde llegó con las nuevas que ya el lector conoce.

La circunstancia de no haber encontrado Rodrigo á los compañeros, que le anunciaron le saldrian al camino, fué la que más conturbó al desgraciado padre, porque era indicio seguro de que los bandidos no querian avenencia, ni contestar nada, siendo muy de temer, por lo tanto, el que se atreviesen á realizar sus amenazas y bárbaro intento.

Excusado parece decir la tristeza y consternacion que con este motivo había en el pueblo y en la familia de don Manuel Rubio, y cuyos hijos todos lloraban ya por muerto á su desdichado hermano.

La hija mayor del señor Rubio, llamada Encarnacion, y que había hecho veces de madre para con sus hermanos, estaba inconsolable y no dejaba de preguntar dia y noche á su padre y á Rodrigo si habían recibido algunas noticias de su querido Enrique.

En el momento en que he presentado á Rodrigo hablando con el señor Rubio, éste le manifestaba su inquietud y desesperacion por no haber recibido en tantos dias respuesta alguna de los secuestradores, cuyo silencio interpretaba de la manera más cruel y como de muy mal agüero.

—¿Crees tú, Rodrigo, que habrán sido capaces esos malvados de cumplir sus amenazas? preguntó don Manuel.

—En cuanto á capaces... ¿qué quiere usted que yo le diga?... ¡Es muy mala gente!

—¿Y dices que se enojaron mucho?

—Yo creí que me mataban cuando les solté lo de los seis mil reales.

—¿Y de dónde querian que yo sacára diez mil duros? ¡En qué angustias ponen á un pobre padre!

Rubio, levantando los ojos al cielo, con increíble amargura y fuerza, exclamó:

—¡Permita Dios que si alguno de ellos tiene hijos, se vea en la misma afliccion y angustia en que yo me veo!

—Yo todavia no tengo perdida la esperanza; dijo Rodrigo.

—Tambien yo creia al principio que esos hombres, haciéndose cargo de mi situacion, contestarian pidiendo una cantidad más conforme con mis medios; pero ya no lo creo.

—La verdad es, nuestro, que el recado fué bastante seco, y por más que yo lo remojé como supe, lo cierto es que decir de golpe y zumbido que no se dan más que seis mil reales, es echar la cerradera muy de sopetón. Yo siento aflijirlo á usted, diciéndole estas cosas; pero á mí no me gusta sino decir la verdad.

—Haces bien, Rodrigo; pero ¿por qué no me hiciste esas reflexiones cuando te dí el encargo?

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

# ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

**SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.**

Salidas: de Barcelona los dias 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros. Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañia, Barcelona.—A. Lopez y Compañia, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañia, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES DE <b>JULIAN MORENO</b> CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE, Y OFICIO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE	A. LOPEZ Y COMP.ª MADRID.—ALCALÁ, 28.  PALACIOS Y GOYOAGA SASTRES. 3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3
--	---

EDMUNDO DE AMICIS

## MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

**JOSÉ MUÑOZ CARRO**

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMON DE CAMPOAMOR  
(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

## DOLORAS Y CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

## EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS  
POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

**DON JULIAN DE ZUGASTI**

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO  
Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES. Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES

DE

## TOLEDO

POR

**EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.**

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresión y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañia, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

## BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripción á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

### Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Londres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edición está próxima á agotarse.

OBRAS EN PRENSA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.  
LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.

Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles.

## BANCO DE ESPAÑA.

Situación del mismo en 31 de Julio de 1882.

### ACTIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Efectivo metálico.....	36.447.119	54
Pastas de oro.....	6.330.725	40
Idem de plata.....	3.201.661	01
Caja. Casa de Moneda, pastas de plata.....	4.199.061	04
Efectos á cobrar hoy.....	9.980.992	
Efectivo en las sucursales.....	58.130.206	71
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero.....	7.651.653	46
Idem en poder de conductores.....	2.056.070	40
Cartera de Madrid.....	127.997.489	56
Idem de las sucursales.....	591.844.578	91
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	105.703.522	53
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	384.638	71
Deuda amortizable al 4 por 100, para cumplir el Convenio de 10 de Diciembre 1881.....	7.187.063	18
	104.196.750	
	937.314.042	89

### PASIVO.

	Pesetas.	Céntimos.
Capital.....	100.000.000	
Fondo de reserva.....	10.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.....	165.956.800	
Idem id. en sucursales.....	155.499.175	
Depósitos en efectivo en Madrid.....	321.455.975	
Idem en id. en las sucursales.....	28.260.382	97
Cuentas corrientes en Madrid.....	17.365.261	16
Idem id. en las sucursales.....	121.846.964	50
Créditos concedidos sobre efectos públicos.....	62.761.327	60
Dividendos.....	11.361.194	37
Ganancias y Realizadas.....	5.924.142	28
pérdidas.) No realizadas.....	18.290.417	29
Amortización é intereses de billetes hipotecarios.....	953.845	02
Amortización é intereses de obligaciones Banco y Tesoro, series interior y exterior, sobre la renta de Aduanas y bonos del Tesoro.....	19.244.262	31
Amortización é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	1.081.637	65
Tesoro público: por amortización é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.....	2.067.555	15
Idem id., por intereses de la renta perpetua al 4 por 100.....	4.777.405	
Idem id., su cuenta por resultados de la emision de Deuda al 4 por 100.....	2.620.831	57
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100.....	2.650.635	75
Contrato de crédito en el extranjero de 30 de Mayo de 1882.....	71.350.986	48
Diversos.....	104.007.929	49
	43.404.160	66
	7.133.390	95
	937.314.042	89

Madrid 31 de Julio de 1882.—El Interventor general, Benito Fariña.  
—V.º B.º—El Gobernador, Antonio Romero Ortiz.

## BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 hábiles.—En la contestación se le de su valor, exceptuando los olivares, prevendrá lo que ha de hacer para

vinas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortización varia segun la duracion del préstamo.

### ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envía una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestación inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos

de su valor, exceptuando los olivares, prevendrá lo que ha de hacer para

completar su titulación en caso de que fuere necesario.

Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés

## BANCO DE ESPAÑA.

El Banco de España abre un concurso entre los arquitectos españoles, para la presentación de planos con destino al nuevo edificio que se proyecta construir para la instalación de sus oficinas en el solar de la calle de Alcalá, núm. 74, con vuelta al paseo del Prado.

Los proyectos se han de presentar en la secretaría del Banco, á las horas de oficina, hasta el dia 1.º de Diciembre del corriente año, señalados con un lema igual al que lleve el pliego cerrado en que conste el nombre del autor y su domicilio.

El Consejo de gobierno del Banco, con sus arquitectos y otros dos nombrados por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, adjudicará á los proyectos que considere dignos de ello, un premio de 300.000 pesetas y un accésit de 15.000 pesetas, adquiriendo por esta suma los trabajos premiados; los que no lo sean, se devolverán con el pliego que contenga el nombre del autor.

Las demás bases y el programa del concurso con el plano del solar y emplazamiento de las construcciones, se facilitarán en la misma secretaría del Banco.

Madrid 31 de Julio de 1882.—El secretario, Juan de Morales y Servano.

## OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazón que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecía que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposición. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los pliegos sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

## VIDA DE LORD BYRON, POR

Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª  
Caños, 1.